

Fernando Aramburu

AÑOS LENTOS



Lectulandia

A finales de la década de los 60, el protagonista, un niño de ocho años, se va a San Sebastián a vivir con sus tíos. Allí es testigo de cómo transcurren los días en la familia y el barrio, y de cómo su taciturno primo Julen es adoctrinado por el cura de la parroquia para acabar enrolado en una incipiente ETA. El destino de todos ellos sufrirá, años después, un quiebro.

La novela se adentra en un territorio conocido para los lectores de Aramburu, porque aquí está, de fondo, la ETA de sus primeros años, ese movimiento que en vida de Franco se presentaba como un grupo casi romántico que luchaba contra el tirano, y la mayoría estaba muy lejos de adivinar en qué se convertiría pasada una década.

Lectulandia

Fernando Aramburu

Años lentos

ePub r1.3

Ariblack 08.11.14

Título original: *Años lentos*

Fernando Aramburu, 2012

Editor digital: Ariblack

Corrección de erratas: r1.3 sibelius

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera cena

YO, señor Aramburu, por las razones que usted conoce, siendo niño pasé nueve años con unos parientes míos de San Sebastián. Y fue de esta manera: que mi pobre madre, desamparada por aquel mal hombre que fue su esposo, al cual me niego a nombrar en este escrito, no podía mantenernos ni a mí ni a mis hermanos; buscó ayuda en el pueblo, no la encontró y en consecuencia no tuvo más remedio que darnos a la Casa de Misericordia de Pamplona.

Decía llorando que por unos meses, pero nosotros sospechamos que mentía para hacernos la reclusión más llevadera. Movidos por el cariño que le profesábamos, fingimos creer que dentro de poco tiempo estaríamos de vuelta en casa. Ya que no es esta la historia que a usted le conviene para su novela, la acortaré diciendo simplemente cómo mi madre tenía una hermana que se había ido a trabajar de joven a una fábrica de boinas de San Sebastián. Fue también criada en casa de unos franceses y no sé qué más.

Allí conoció a mi tío Vicente Barriola, que era originario de la ciudad, más conocido por el apodo de Visentico. Se casaron y tuvieron dos hijos, chico y chica. Esta tía carnal nuestra, María del Puy Aranzábal, para nosotros tía Maripuy, le ofreció a mi madre acoger a uno de sus hijos, en modo alguno a los tres, pero sí a uno como le digo porque para todos no había espacio en su casa.

Yo era el más joven, todavía un niño, y tenía fama de modoso, de forma que por dichas causas fui el favorecido. En cuanto a mis hermanos, desarrollaron a partir de entonces una especie de comunión afectuosa que todavía les dura y de la que yo por desgracia he quedado excluido, aunque me entiendo bien con los dos, mejor si los encuentro por separado que cuando estamos los tres juntos.

Con esta declaración pongo fin al preámbulo familiar que usted no necesita para su novela. No obstante, lo tenía que escribir para no privar de sentido a lo que sigue y porque, acordándome de lo que usted me dijo, he considerado preferible que la narración de mis recuerdos tenga un comienzo a que no tenga ninguno. Usted mismo me animó a expresarme como me diera la gana, con precisión pero sin cuidado de la estructura ni del estilo, que eso es cosa suya como escritor que es.

Pues bien, llegué a San Sebastián en un autobús que llaman la Roncalesa una tarde de principios de 1968. Acababa de cumplir ocho años. Un vecino del pueblo nos llevó a mi madre y a mí en su coche a Pamplona. En Pamplona, donde lucía el sol, no vi más agua que la que le salía a mi madre de los ojos. En San Sebastián el cielo estaba encapotado. Caía esa lluvia fina que parece que no moja, pero moja igual que todas las lluvias, conocida popularmente con el nombre de sirimiri. Viendo, dentro de una misma tarde, aquella diferencia en el aspecto del cielo, tuve la impresión de que me había ido a vivir muy lejos.

Mi primo Julen acudió a recibirme obligado por su madre. En su cara adiviné el

disgusto que le producía cumplir el cometido. Llegó tarde a la parada del autobús y me dispensó una acogida por demás hostil, hasta el punto de hacerme pensar que mis hermanos se equivocaban al considerarme un niño afortunado.

Yo estaba sobre aviso de que algún pariente iría a recogerme. Menos mal, ya que sin ayuda no habría podido orientarme en una ciudad que había visitado antes una sola vez, a la edad de dos, quizá tres años, con motivo de una celebración familiar de la que nada más tenía noticia por los pocos pormenores que me había contado mi madre al respecto.

Bajé del autobús, recogí mi equipaje, los viajeros se dispersaron y yo me vi solo en la acera. Estuve esperando, sin saber a quién, durante más de media hora bajo el tejadillo de un escaparate. En mi pueblo no había por entonces nada parecido. Bueno, teníamos la carnicería de Ceferino Arrastia, con una ventana baja por la que se podían ver las piezas de carne colgadas en el interior.

Empezaban a apretarme las ganas de pedir ayuda a un guardia cuando apareció mi primo Julen tapándose con un paraguas. Tenía un cigarrillo pinzado entre los dientes. Me hizo un gran desprecio. Y fue que entró en un bar cinco o seis metros antes de llegar a mi lado.

Lo primero que dijo al verme fue:

—¿Cómo tú por aquí, navarro de los cojones?

Y a continuación, a manera de saludo, me amagó un puñetazo desde su altura de mozo fornido.

Echamos a caminar bajo la lluvia por calles desconocidas para mí. Julen era andarín y montañero, y enseguida me lo hizo sentir. Dijo que iríamos a pie, de donde yo deduje ingenuamente que no hacía falta usar el transporte público por ser corta la distancia que debíamos recorrer. No tardaron mis piernas en comprobar el error. Por la noche supe que mi tía había dado dinero a mi primo para el trolebús. Él excusó el gasto, supongo que por haberle puesto precio al trabajo de acompañarme a su casa.

Julen iba delante con sus zancadas, su paraguas negro y una mano en el bolsillo de los pantalones; yo, detrás, cargado con un maletón de los de entonces, o sea, sin ruedas, y la caja de cartón donde mi madre había metido dos gallinas vivas de regalo para nuestros parientes.

El peso me impedía caminar a la par de mi primo. Espoleado por el miedo a perderme, trataba de acortar la ventaja corriendo a la poca velocidad que los bultos me permitían, pese a lo cual, apenas lograba el propósito, volvía a retrasarme.

Llegamos de esta manera, tan mojado yo por el sudor como por la lluvia, al bello paseo que bordea la bahía. El mar, entonces crecido, apenas dejaba al descubierto una estrecha franja de arena. En algunas partes las olas golpeaban de lleno contra el muro. De vez en cuando un roci6n salía disparado hasta más arriba de la barandilla.

A Julen no le pasó inadvertido mi gesto de asombro. Esperó a que llegase a su lado y, socarr6n, me dijo con estas o parecidas palabras:

—Ahí está el mar que los navarros nos quisieron robar a los vascos cuando la

guerra. Cada uno venía con dos baldes y entre todos se llevaron la tira de agua.

Me preguntó si yo sabía dónde habían escondido mis paisanos el agua robada. Creyendo que hablaba en serio le aseguré que no podía estar en mi pueblo, donde ni siquiera teníamos río, pero que a lo mejor habían llenado con ella el pantano de Alloz.

Dijo él por rematar la burla:

—Te habrás acordado de traer un par de litros de vuelta, ¿eh?

—No.

—¡Qué mala gente sois los navarros!

Aún tuvo tiempo de infligirme por el camino otra humillación. Y fue que, atravesando el barrio de El Antiguo, me mandó que lo esperase junto a una farola alta que se divisaba al fondo de la calle. Yo así lo hice, refugiándome del persistente sirimiri a la entrada de una farmacia, y él, mientras tanto, entró en dos o tres bares antes de reunirse conmigo.

Caminamos algo menos de una hora desde la parada del autobús hasta los mismos bordes de la ciudad, donde ya empezaba el campo. Allí, en una explanada entre colinas, se apiñaban unas casas blancas, de hasta tres pisos las más grandes, que respondían al nombre de grupo Zumalacárregui y formaban parte del barrio de Ibaeta. Eran viviendas de gente proletaria construidas años atrás bajo los auspicios de la Obra Sindical del Hogar y Arquitectura. Cosa del régimen de Franco, pues, como lo confirmaba una placa de cemento a la entrada del barrio, donde campeaba el símbolo del yugo y las flechas, y como usted sabe de sobra, señor Aramburu, por cuanto vivió largos años en el número 4 de aquel arrabal, suburbio o lo que fuera. Doy por seguro que dicha circunstancia me exime de describir el sitio.

Pero a lo que iba. Julen y yo llegamos de atardecida al portal de mis tíos. En esto, mi primo depositó el paraguas en el suelo y, pidiéndome que lo cogiera, me arrancó de las manos el maletón y la caja con las gallinas para dar a entender a sus familiares que me había venido ayudando por el camino.

Lanzó de pronto un silbido descomunal por el hueco de la escalera, de forma que su madre, en el tercer piso, y no otros vecinos a quienes no estaba destinada la señal, abrió la puerta cuando nosotros apenas habíamos alcanzado el rellano del entresuelo.

Me recibieron mis parientes con bastante poca efusión, no así mi tía Maripuy, que me estrujó entre sus brazos como a cosa suya que no deseaba compartir con nadie.

A continuación me regañó por llegar con la ropa mojada y criticó a mi madre por el dispendio de las gallinas. Repitió la crítica cuando saqué del maletón un paquete de higos un tanto aplastados y un cuarto de gorrín envuelto en papel de estraza.

Cenamos los cinco en la cocina, todos sentados a una mesa menos mi tía Maripuy, que, atareada junto al fogón, comió de pie.

Me produjo extrañeza lo poco que hablaban mis parientes entre sí. Miraba cada cual su plato como si escudriñase el contenido. No habiendo conversación que acallase los ruidos de las bocas, se les oía sorber y masticar un poco como a los

cerdos, quiero decir sin los disimulos impuestos por los buenos modales, entremezclados los sonidos de su voracidad con el tintineo de los cubiertos al chocar contra la loza.

Tan sólo en el momento de sentarnos a la mesa me hicieron algunas preguntas sobre el viaje y sobre mi madre y mis hermanos; luego ya no se habló más como no fueran unos rudimentos de conversación que a menudo les bastaban para comunicarse.

—¿Pan?

—Ahí.

Después de servida la sopa, mi tío dijo:

—Quema.

Y mi tía, sin volver hacia él la mirada, replicó:

—Sopla.

En el curso de aquella primera cena, Julen me hizo un favor con que mostré tenerme menos fila de lo que yo suponía. Y fue de este modo: que mi tía, excelente cocinera, aunque no siempre de manjares de mi gusto, preparó aquella noche, con intención de contentarme, una cazuela de congrio en salsa con rodajas de patata, almejas y perejil.

Nunca antes me había sido dado probar aquella clase de pescado. En el pueblo no se comía por entonces otro que el que traía para vender los viernes un gitano: sardinas, verdeses, barbos, o sea, peces comunes de mar o de río, jamás congrio y raras veces marisco.

Total, que sólo la vista del pellejo negro bastó para que se me cerrara de golpe la boca del estómago. Mi tía, que me tenía por desnutrido y quería a toda costa aleccionar a su hermana en materia de alimentación de los hijos, me sirvió los dos cachos mayores de la cazuela, con abundancia de tropezones y un cucharón raso de salsa.

Al principio me entretuve mordisqueando los trozos de patata en la esperanza de ganar tiempo, no sé con qué finalidad, cosa de niños. Y aunque ninguno de mis parientes tenía la mirada puesta en mí, se me figura que todos se percataron de mi renuencia a comer.

Intervino, severa, mi tía Maripuy:

—¿No te gusta o qué?

—Es que no tengo hambre.

Mi tía no era mujer condescendiente ni diplomática.

—Come.

Corté un cachito de carne blanca de pescado, me lo llevé a la boca, sentí la textura viscosa y como de goma del congrio, y al punto me dio una arcada. Julen, sentado frente a mí, pinchó uno de mis trozos con su tenedor; despachado en cuatro bocados, pinchó el otro y, con la misma rapidez que el primero, lo hizo desaparecer en el interior de su robusta persona.

Tras la cena, madre e hija recogieron la cocina; mi tío se caló la chapela y bajó al bar Artola, el único del barrio; mi primo se fue en busca de sus amigos y yo le dije a mi tía que me sentía cansado y me quería acostar.

Por ser todavía pronto y oírse ruido de voces en la calle y en el edificio, no me era posible conciliar el sueño. Me dediqué entonces a llorar con la cara vuelta hacia la pared, pensando en mi madre, en mi pueblo, en la lluvia y en el congrio, y a veces me sosegaba, pero era sólo porque mis ojos se habían quedado secos y necesitaban un tiempo para producir nuevas lágrimas.

En algún momento de la noche entró mi primo Julen, con quien compartía habitación. Fingí que ya dormía, pero se conoce que él oyó mis gemidos en la oscuridad.

A mi primo le olían los pies. En San Sebastián, en el colegio al que fui enviado, en casa de mis tíos, me acostumbré a muchas cosas extrañas al principio para mí. Jamás me pude acostumbrar al suplicio de dormir cerca de los pies y el calzado de mi primo.

Desde su cama, mientras fumaba a oscuras el último cigarrillo del día, me dijo:

—Si fueras vasco no llorarías. ¿Tú has visto llorar al hierro? Pero, claro, siendo un navarro de mantequilla, pasa lo que pasa. Como eres blando y te has mojado, seguro que mañana te levantas enfermito.

Pasé la noche durmiendo a rachas, protegiéndome con la manta y la sábana sobre la cabeza de la pestilencia que desprendían sus calcetines y zapatos tirados en el suelo, entre las dos camas.

Apunte 1

TXOMIN Ezeizabarrena, cuarenta y seis años. Arregla un enchufe del comedor con ropa de calle. Trabaja de chispas en el taller de Ford del barrio de Gros (confirmar el dato). Alimenta cinco bocas y a la mujer, la pobre. Una parálisis le torció los labios después del último parto. De joven seguramente guapa. Con la boca así vocaliza mal. Apenas se le entiende. Conviene no explayarse demasiado en la descripción de los personajes secundarios. Ojo con los detalles truculentos. Alrededor del enchufe, en el papel de la pared, se advierte la mancha negra de una quemadura. Txomin da explicaciones como si le estuviera enseñando el oficio a Maripuy. Es parlanchín, simpático (mostrar esta cualidad con algún ejemplo) y bien apersonado. Se saca un sobresuelo haciendo chapuzas por las casas del barrio. Podían haber ardidado las cortinas, dice. Mohín de susto de Maripuy. La conjetura no deriva en conversación porque suena el timbre. Una vecina (¿preciso la identidad?) trae la urna con la Virgen. Breve inciso aclaratorio: se la pasan los vecinos unos a otros por turnos, etcétera. Los nombres figuran en una lista pegada en la parte trasera de la urna. Maripuy la coloca en el lugar de costumbre (ya decidiré dónde). Quizá no esté de más referir algún pormenor sobre la figurita de yeso. Txomin termina la faena. En cuclillas sigue con las explicaciones. Maripuy, a su lado, le ofrece un café. La falda hasta un poco más abajo de las rodillas. Buena planta, pechos voluminosos, cuarenta y tantos años. Txomin sube y baja la mirada sin disimulo por las piernas de ella. Casi es mejor que Maripuy no le ofrezca nada porque entonces parecerá que ella provoca la situación. ¿Qué te debo? Si quieres me puedes pagar en especie. (Esta expresión tal vez sea demasiado rebuscada para esta clase de personajes. Pensar en otra de menor relieve literario. En todo caso puedo preguntarle a mi madre. Si la conoce, la dejo). Maripuy no capta la indirecta. ¿Cómo en especie? Joé, chica, te haces la tonta (buscar un sinónimo menos trillado) o qué. Esto es un poco bruto. Resultarían más adecuadas algunas picardías que prolongasen con gracia el juego. Hay cosas (satisfacciones) que valen más que el dinero. Mejor todavía: Hay cosas (satisfacciones) que para un hombre valen más que el dinero. Ella empieza a entender (prefiero no dar la impresión de que es ingenua). Txomin, respétame, estoy casada, tengo dos hijos más un sobrino que desde hace unos días vive con nosotros. Maripuy, si me dejas ponerte las medias te regalo unas nuevas; con eso me conformo; no hace falta que me des lo otro y tampoco te cobro el arreglo del enchufe. Eres hombre casado. Bueno, si yo te contara... Tienes mujer para disfrutar en la cama. ¿Tú has visto a la Paquita cómo le ha quedado la cara? Dios me está viendo, no me voy a condenar, ¿cuánto te debo? Hembra estrecha, dame quince pesetas (comprobar si el precio es razonable para la época) y no llores, que se te afea mucho la cara cuando haces pucheros. Lloro si me da la gana, estoy en mi casa. Al salir de la vivienda él hace una alusión a la calidad de las medias que

pensaba regalarle. Tú te las pierdes. O bien le dirige una galantería, ya veré. Párrafo de transición. Llega Visentico del trabajo. Lo de siempre: come sin apetito, habla poco y a la siesta. Lleva más de veinte años de peón en la fábrica de jabones Lizarriturry y Rezola, en El Antiguo. Se levanta. Toma café en la cocina, fumando. Maripuy no aguanta un segundo más el rescoldo que le quema (cuidado, leísmo, la quema) por dentro. Eso me ha dicho: que si me dejaba poner las medias me compraría otras. Un faldero, un rijoso, etcétera. Párale los pies, Vicente; en cuanto lo veas le pides cuentas. Bueno, calma, tú ya le has hecho ver que no eres una mujer de esas. Maripuy le arranca la promesa de que hablará con Txomin. Visentico se da a partido, no tiene ganas de discutir. Ella: Es la última vez que el sinvergüenza viene a esta casa a arreglarnos nada. Visentico está de acuerdo. Que no venga más y así no habrá problemas. Tratar de un asunto de poca monta que sirva de transición. Visentico vuelve a la fábrica (en bici) a terminar la jornada laboral. Siete (o mejor ocho) de la tarde. Maripuy observa por un costado de los visillos la plazoleta que hay delante del bar Artola. Los hombres juegan a la toka (introducir una breve explicación para lectores no vascos, pero sin romper el hilo narrativo). Tintineo de las pesadas fichas cuando chocan contra la barra de hierro. Una dosis moderada de decoración costumbrista: caída de la tarde, olor a campo, el casero con el burro y la guadaña, niños que corretean y una piña de mujerucas chismosas sentadas junto a un portal. Txomin tira. Clinc, clinc, clinc. Es rápido y certero, uno de los mejores tokalaris del barrio. A menudo acierta con las seis fichas. No se juegan nada. Después, cuando oscurece, entran en el bar a jugarse uno o dos porrones a las cartas. Maripuy observa desde su casa con atención los movimientos de Txomin y de su marido. Si se dirigen la palabra, si se retiran a conversar donde no nos oigan los otros, esas cosas. Cuando le toca tirar a Visentico menudean las burlas en el corro. A Visentico nadie lo toma en serio. Tira como sentándose en una silla imaginaria, la mirada de tigre (imagen tópica, buscar otra) fija en la toka. Tras mantener unos instantes la mano quieta por detrás del cuerpo, traza con ella algo más de medio círculo impulsándola hacia abajo. La consecuencia: que las fichas se elevan excesivamente y él necesita varios intentos para que no caigan demasiado pronto o se le pierdan entre los hierbajos del terraplén, más allá del cajón. Cuando por fin atina a la toka, una vez cada cinco o seis tiradas, se forma el inevitable jolgorio a su alrededor. Cambio de foco narrativo. Descripción de la entrada de los hombres en el bar desde la ventana de Maripuy. Cavilaciones mientras prepara la cena. Y por la noche, cuando llega Visentico a casa (con el morro caliente, según dice ella de costumbre), Le pregunta (¿durante la cena, en la cama matrimonial?), sin que se enteren los hijos, si le ha cantado las cuarenta al granuja. ¿No pensarás tú que voy a armar un escándalo en el bar? Esas cosas hay que hablarlas a solas. Y además ya hemos dicho que si se vuelve a romper algo llamamos a otro electricista. Maripuy opina que un marido como Dios manda debe defender a su mujer. Visentico responde que con lo fuerte que tú eres te defiendes sola. Maripuy apaga la lámpara de su

mesilla. Visentico fuma un Celtas antes de apagar la suya. Al poco rato ya está roncando. Maripuy se imagina cómo debe de ser que a una le ponga las medias un hombre que no es el marido. Luego se ayuda de un dedo para tener unos temblorcillos. Luego pide en voz baja perdón a Dios. Se duerme. La despierta Julen, que llega a las tantas, quién sabe de dónde. Luego se vuelve a dormir.

El episodio de las nueces

MI prima Mari Nieves, por los tiempos de estos recuerdos míos, era una muchacha de diecisiete años, poco agraciada de rasgos, de cuerpo sano, bastante rollizo, aunque no tan hinchado como ahora; de carácter fuerte, tirando a mandón, en lo cual no ha cambiado y se parece a su madre, con quien disputaba a todas horas.

La naturaleza cometió la crueldad de imponerle un apetito sensual desapoderado. Le sobraban ocasiones y desenvoltura para saciarlo por las distintas vías de que el ser humano dispone para ello, no sólo la sexual. Sin embargo, me da a mí que ella sufría más que gozaba por causa de aquella ansiedad incesante, y sus parientes, con su madre a la cabeza, no digamos.

El dicho apetito o furor, que quizá no fuera tal, pero yo no sé expresarme de otro modo, determinaba sus actos, probablemente también sus pensamientos y sus sueños. Bien pudiera ocurrir, no obstante, que estas no sean sino figuraciones mías. Por si acaso no las tome usted demasiado en serio.

Para que me entienda, yo he visto a mi prima comer en la cocina de su casa, creyéndose a salvo de miradas, un racimo de moscatel con la delectación de quien se entrega a un placer erótico, lujurioso o como quiera usted llamarlo. Y fue así: que estando yo una tarde en el comedor me pareció de pronto que Mari Nieves tenía grandes dificultades para respirar y me alarmé pensando que se ahogaba, y cuando me hube llegado a ella con ánimo de ayudarla la sorprendí introduciéndose con los ojos en blanco un puñado de uva dentro de la boca.

Era por demás procaz. Sacó del cajón de la mesa las tijeras de cocina y, haciéndolas chiscar en el aire, me dijo con mal disimulada irritación, los labios húmedos de mosto:

—A que te corto la pilila.

Y a continuación, sonriendo al borde de la carcajada:

—No serías el primero.

Estas anécdotas que le cuento a usted por escrito tienen mucha densidad confidencial. Le ruego que trate con respeto a mi prima Mari Nieves en su novela y que, en cumplimiento de la promesa que me hizo, le asigne un nombre ficticio, no importa cuál con tal de que sus parientes, sus vecinos y ella misma no puedan identificar a la persona nombrada.

Iba para dos o tres semanas que me había instalado en casa de mis tíos cuando tuve la primera noticia de los devaneos que mantenía Mari Nieves con los chavales del barrio y, aunque al principio tenía yo poco desarrollada la malicia, no tardé en alimentar sospechas a partir de conjeturas, rumores y señales, y en penetrar el sentido de lo que por casualidad escuché decir a media voz al cura del barrio.

Y fue de esta manera: que los sábados por la tarde mi tía me mandaba acompañarla a un asilo de ancianos perteneciente a la fundación José Matía Calvo, al

otro lado de la carretera general. En el mismo edificio se albergaba la parroquia, como usted no ignora, por lo que evitaré excederme en los detalles.

La misa era oficiada casi toda en euskera debido al empeño que ponía don Victoriano en fomentar dicho idioma. Sobre este sacerdote yo podría contarle muchas cosas y algunas cosillas siempre que lo considerase usted útil para su novela. Es dudoso que pueda dejar de lado a tan singular personaje si, como me dijo, aspira a relatar con veracidad los hechos de una familia de Ibaeta por los tiempos de su niñez. Porque así como afirman los creyentes que a Dios pertenecen las almas humanas, yo afirmo sin temor a equivocarme que aquel cura era el propietario de las vidas privadas de muchas personas. Tampoco creo que haga falta encarecerle a usted la importancia de asignarle otro nombre a don Victoriano si se decide a sacarlo en su novela, ya que andan por ahí con vida algunos parientes suyos que podrían quejarse, no así él, pues tengo entendido que ya murió. De donde se deduce que si ha ido al cielo no habrá santo ni ángel que a estas horas no practique el euskera, todos y Dios con ellos temerosos de no aprobar el examen, y si cayó aquel cura en el infierno, como vaticinaba mi tía, estarán estudiando gramática vasca, por la cuenta que les trae, el demonio y todos los condenados.

Perdone la broma. Continúo. Ni mi tía ni yo entendíamos una palabra de euskera; pero ella, versada en el ritual, se las componía para aliñarse su liturgia castellana en la cabeza. Se me figura que habría seguido cumpliendo con el precepto el mismo día de la semana y a la misma hora si la misa hubiera sido dicha en ruso o japonés, puesto que lo que de verdad le interesaba, tanto como asegurarse una localidad de privilegio en la presencia del Señor, era que le quedase el domingo libre.

Yo recuerdo a don Victoriano vestido con casulla de color chillón, hierático el perfil, los ademanes pausados, los ojos transidos de santidad levantados hacia el techo y un rictus indescifrable en la boca como si, en medio de su fervorosa quietud, le costara trabajo ocultar algún dolor físico.

Llegaba el instante de la comunión. Don Victoriano bajaba la escalinata que precedía al altar y se detenía sobre el peldaño inferior, desde donde hacía un gesto de llamada hacia las filas de bancos reservados a las mujeres. Estas formaban una hilera silenciosa en el pasillo, delante de él; recogían el pan eucarístico en la bandejita rosada de sus lenguas y regresaban a sus asientos. Les tocaba después el turno a los varones, y allá iba cada quien llevado por su propia voluntad como no fuera yo, que lo hacía mayormente por la de mi tía Maripuy.

El segundo o tercer sábado me percaté de que, en el momento de comulgar, don Victoriano le dirigió la palabra en voz baja a mi tía, la cual le respondió con un claro gesto afirmativo.

Terminada la misa, mi tía me llamó a su lado para ordenarme que la esperara fuera porque tenía que hablar con el cura. Salí a la calle. Había empezado a oscurecer. Los fieles enfilaron el camino de vuelta al barrio. No tardé en quedarme solo. Para entretener la espera, me dediqué a contar las siluetas de ancianos que cruzaban tras

las ventanas encendidas, hasta que, contadas diez o doce, salieron el cura y mi tía, aquel vestido de calle. Como empezaba a faltar la luz y estaban los dos absortos en la conversación, no se percataron de mi llegada, de forma que parado junto a ellos oí que decían más o menos con estas palabras:

—Por el amor de Dios, Maripuy, la tienes que vigilar. Yo es lo único que te aconsejo y te pido.

—Pero si ya lo hago, padre.

—Hazme caso. La situación es grave. Es muy grave.

—Más severa que soy con ella no se puede ser.

—Se puede, Maripuy, ¡huy si se puede!

A este punto, don Victoriano reparó en mí y dijo:

—Supongo que este chavalín que nos está espionando es tu sobrino.

—Ya le conté que tenemos en casa al hijo menor de mi hermana. No da problemas. Es un pedazo de pan.

—Y un Aranzábal, ¿no es cierto?

—Sí, y de primero Mendioroz.

Escuchó mis apellidos con visible complacencia, pasándome la mano por la cabeza a la manera de quien acaricia el cogote de un perro. Acto seguido me dirigió una pregunta en euskera. Mi tía le contestó por mí:

—No habla el vasco, padre. Viene de Navarra.

—En Navarra también lo hablan.

—No en mi pueblo.

Don Victoriano retiró la mano con la misma prontitud que si hubiera sentido en ella una quemadura.

Mi tía fue todo el camino de vuelta a casa despotricando contra él. Y la razón de su malhumorado soliloquio, como supe más tarde, era que don Victoriano no respetaba el sigilo sacramental, sino que los pecados que algunos habían cometido en compañía de mi prima o, para ser más exactos, encima de ella, luego él se los había revelado a mi tía.

—¿Tanto le cuesta meterse la lengua en el culo? —le dijo a mi tío Vicente esa noche mientras esperaban a Mari Nieves para echarle una bronca que por lo visto haría temblar los tabiques—. Yo, en adelante, me confesaré en otro lado. ¿Quién me asegura que el Victoriano de marras no va contando por ahí lo que yo le cuento en el confesionario?

Mi tío se alarmó:

—De mí no le hablarás, ¿eh?

—Si me haces pecar...

—A mí déjame fuera de tus pecados y tus hostias.

Mari Nieves se retrasó. Cansado de esperarla, mi tío Vicente se bajó a echar la partida al bar Artola. Entonces mi tía tuvo que encargarse de remover ella sola los cimientos del edificio con sus gritos, tarea para la cual disponía de dotes y vocación

en abundancia.

A todo esto, Mari Nieves anunció su llegada desde las escaleras con un silbido similar al de su hermano. Mi tía se arrancó el delantal del cuerpo. «La mato», dijo para sí mordiendo las palabras. Yo, que ya me veía salpicado de sangre, salí de la cocina y me acosté. La cama me ofrecía el cobijo más seguro en aquella casa.

Dejé, con todo, la puerta entornada para no privarme de escuchar. Mi tía ni siquiera le dio tiempo a Mari Nieves a quitarse los zapatos, sino que según entraba por la puerta, tras preguntarle de dónde venía y responder la muchacha que de casa de Begoña, la llamó puta, perra, zorra, y le dedicó a voz en cuello otras lindezas por el estilo. Y como Mari Nieves hiciese amago de replicarle, se expandió por toda la casa el restallido de un bofetón.

No hubo más. Lloraba la hija en su habitación; lloraba la madre con similares gemidos en la cocina, y yo las oía a las dos acurrucadas en la cama, mientras empezaba a comprender la causa de tantos gritos y vituperios.

A este respecto me terminó de abrir los ojos días más tarde uno de los numerosos amigos que hice en el barrio, donde vivía, como usted sabe, por aquellos años propicios a la multiplicación de la especie humana, una muchedumbre de niños.

Y por no ser largo me limitaré a contarle que el referido amigo, muchacho de mi edad, estaba por un hermano suyo al corriente de las andanzas y atrevimientos de mi prima y su amiga Begoña. De vez en cuando, si el tiempo lo permitía, se reunían las dos y un puñado de chicos en el monte con achaque de merendar juntos, lo cual era verdad pero no toda la verdad.

Mi amigo me preguntó con un gesto prometedor de aventuras:

—¿Quieres que vayamos a verles el culo y las tetas?

No me negué y fuimos, después que él me garantizara que no nos descubrirían. Seguí a mi amigo por el camino del monte hasta el borde de una pendiente desde donde se divisaba, distante unos cincuenta metros, un arroyo a la sombra de una tupida arboleda. A la orilla de un remanso se abría un claro de hierba en la espesura.

Sentados en el suelo, los allí reunidos jugaban a dar vueltas a una botella. Y era de esta manera: que a quien señalaba el gollete cuando la botella se paraba debía despojarse de una prenda. Al poco rato terminaban todos riendo y en cueros. Se conoce que en otras ocasiones se distraían con otros regocijos, pero el resultado no variaba.

Toda la carne desnuda que vi aquella tarde desde nuestro escondite fue la espalda pálida de mi prima. Sentí que me apretaba la vergüenza, no quise ver más y me marché.

Sin que hubiera transcurrido mucho tiempo ya no tuve dudas sobre las aficiones y pecados de mi prima. Entendí por qué don Victoriano recomendaba que la metieran en cintura y la razón por la que su madre la castigaba cada dos por tres sin salir de casa. Mi tía atribuía el comportamiento de Mari Nieves a los malos influjos de su amiga Begoña, cuyos padres supongo que dirigían idéntico reproche a mi prima.

No quiero acabar este tramo de mis recuerdos sin referirle el episodio de las nueces, pues aunque ahora lo tengo por una chiquillada, y sin duda lo es, entonces me impresionó. Pero sobre todo porque conociendo la clase de libros que me han dicho que usted escribe, no me extrañaría que al leerlo sienta tentaciones de sacar provecho literario al suceso.

Y fue que por su demasiada afición a los chicos, cierta tarde de ya no recuerdo qué mes a Mari Nieves le prohibieron bajar a la calle. Ella aprendía por entonces su oficio actual en una peluquería del barrio de Gros, con no muchas ganas por cierto, pues lo que de veras le habría gustado era estudiar en una universidad y convertirse en persona de categoría; pero tropezó con la oposición de su madre, recelosa de que la muchacha se echase a perder lejos de casa, y supongo yo que con la falta de medios económicos de la familia.

Como siempre que le imponía el castigo de encierro, mi tía Maripuy salió a buscarla a la parada del trolebús para impedir que Mari Nieves, al volver del trabajo, se entretuviera por las calles del barrio. A media tarde llegaron la madre y la hija juntas a casa, y esta se retiró sin pérdida de tiempo a su habitación, cuya ventana se abría a un pequeño terreno de hierba lindante con el río, del cual lo separaba un seto con varios huecos por los que se podía acceder al talud. Perdone estas minucias descriptivas, pero ya va a ver como no carecen de sentido.

En el terreno había un banco donde gustaban de sentarse las vecinas los días de sol. Aquella tarde lo ocuparon Begoña y cinco chavales con los que Mari Nieves se comunicaba a escondidas de su madre desde la ventana. Yo los espíaaba subido a la taza del retrete, la cara oculta detrás de una maceta colocada en el alféizar del ventanuco. No podía ver a mi prima, pero sí escucharla a poca distancia. Y a los de abajo los podía ver y escuchar a mi salvo sin que me notaran.

Comían nueces de una caja de cartón, robadas en una tienda de ultramarinos. Ellos mismos lo proclamaban jactándose del hurto. Con las nueces hacían bromas y a mi prima le tiraron unas cuantas hasta su ventana del tercer piso. Mi prima empleaba las nueces para llevar a cabo no sé qué suerte de picardías; piense usted aquí lo que considere oportuno.

En cualquier caso, era de modo que los de abajo no paraban de reír y se disputaban las nueces como si lloviera dinero cuando Mari Nieves las arrojaba de vuelta a la calle. Quienes las cogían se las llevaban a la nariz y fingían desmayarse y hacían otras muchas gansadas y muecas sicalípticas. Supongo que usted me entiende.

En pleno jolgorio dobló la esquina mi tío, que venía de trabajar con su chapela, su fiamblera y su jersey sobre los hombros anudado por las mangas delante del pecho. No bien lo vio, uno de los chavales, subido al banco, le dijo:

—Visentico, ¿cuándo vas a dejar salir a la Mari Nieves?

—¿Quién, yo?

—Te damos diez nueces si le quitas el castigo.

Mi tío siguió su camino sin detenerse.

—¿Para qué quiero yo nueces?

—Están cojonudas y frescas porque las acabamos de robar.

A punto de meterse en el portal, volvieron a preguntarle:

—¿Qué, la dejas salir, sí o no?

—Hablar con la madre.

—¿No puedes hablar tú, que vas a casa?

—A mí dejarme de problemas.

Sucedió que cuando ya iba oscureciendo se les ocurrió a los chavales un juego que yo no comprendí, pero otro día lo supe todo y por eso lo puedo contar ahora como si lo hubiera comprendido desde el principio.

Y fue de esta manera: que cada uno de ellos, con el acuerdo de Mari Nieves, vació una nuez sin destrozar la cáscara, para lo cual se sirvieron de una navaja que iban pasando de mano en mano. No hubo conversación ni planes, sino que me parece a mí que estaban todos por demás puestos en la malicia.

Sacado el fruto, los chavales se fueron retirando de uno en uno al talud, detrás del seto, donde con la asistencia de Begoña llenaron las cáscaras con la lechada, según ellos llamaban al semen en su jerga particular; recomponían la nuez y con gomas del pelo de la muchacha la cerraban. Tras esto se las echaron a Mari Nieves. Alguna hubo que echarle dos o tres veces hasta que las cogió todas menos una que se estrelló contra la pared.

Yo tuve constancia del contenido de las nueces unos pocos días después. Y fue que como mi tía le prolongase el castigo a Mari Nieves, una tarde, volviendo del colegio, me salió al paso uno de los amigos de mi prima y me entregó un trozo de papel enrollado y una nuez envuelta en celofán, con encargo de que se lo diera a ella a escondidas. Yo le dije que sí y, para recompensarme, él me prometió un cigarrillo. No bien lo perdí de vista me venció la curiosidad. Desenrollé el papelito: «Me gusto tuyo, Joserra», ponía. Acto seguido cometí el error de abrir la nuez.

Apunte 2

MARIPUY enciende una vela a la Virgen de la urna. En realidad no es una vela, sino una mecha sujeta a una pieza de corcho como las que ponía mi madre, llevada de similar devoción, en un vaso con agua y aceite. ¿Candelilla, mariposa? Si no encuentro le mot juste en el diccionario dejo vela. (¿Quién se va a enterar?). La bolsa con la compra todavía en el suelo. Maripuy le refiere a la Virgen la discusión que acaba de mantener con Eulalia la de José Mari, vecina del 7 (u otro número, ya veré), en la calle.

La he puesto a parir y usted disculpe, pero una madre es una madre. A mí en el pueblo no me dieron educación, con nueve añicos me mandaban a trabajar al campo, que se me llenaban las manos de sabañones, así que hablo como me sale. Y eso que a mí no me tira soltar palabrotas ni blasfemias, si no me cree pregúntele a Dios, ya verá. Ahora, como me busquen las cosquillas soy capaz de hacerle a un toro un lazo con los cuernos.

No conviene interrumpir el hilo narrativo para explicar que Eulalia es la madre de Joserra. El posible lector deberá descubrirlo por su cuenta en algún recoveco del texto (y si no que le den morcilla).

Unas pocas características para singularizar a Eulalia la de José Mari: menuda de cuerpo, cejas tristes, le pega el marido y todo el mundo lo sabe en el barrio, algún rasgo más que acentúe su condición medrosa y para de contar, que esto no es una novela del siglo XIX. Maripuy se aprovecha de su superioridad física para arremeter contra Eulalia. La pobre señora contesta, con ánimo de defenderse, que se lo va a contar todo a su marido.

MARIPUY: Y yo al mío, anda tú. No quiero ver a Joserra detrás de mi hija. Que se olvide de ella o vamos a tener un disgusto. Y ay como me la deje preñada. Como me la deje preñada te acuerdas. Ya le puedes avisar a tu marido y a quien haga falta.

Eulalia ha replicado que Mari Nieves anda con un montón de chicos.

MARIPUY: El tuyo es el que anda detrás de ella como un perrito.

EULALIA: El mío y otros porque tu hija no para de provocar.

MARIPUY: ¿De dónde sacas tú esa mentira?

EULALIA: Me basta con tener oídos.

Y entonces, Virgen María, he puesto el grito en el cielo, mira que acusar a mi hija de ser una ligera de cascos, esto me ha faltado (se señala una uña) para sacudirle un bolsazo en el morro a la deslenguada, habrase visto, no me he podido contener, le he soltado un rapapolvo de aúpa, el que se merecía, ya andaban las fisgonas asomándose a las ventanas, supongo que he cometido dos docenas y media de pecados y a lo mejor me quedo corta. Pues yo, madre santísima, le digo a usted una cosa: de esto, a don Victoriano, ni palabra. Prefiero confesarme en capuchinos aunque me tenga que gastar cinco duros al mes en trolebuses.

Fin de la secuencia. Cambio brusco. Camino que une el barrio de Illarra-Berri con el de Ibaeta. Lluve o ha llovido, y el suelo está sembrado de charcos. Es noche avanzada. El camino está flanqueado de farolas. Entre una y otra se extienden trechos largos de oscuridad completa. Visentico Barriola viene de cenar en la sociedad gastronómica Aingeru Zaindaria, de la que es socio. Quizá aumentaría el interés de la escena si me abstuviese de revelar demasiado pronto la identidad del personaje. O sea: una figura borrosa (negra) viene haciendo eses por el camino encharcado, etcétera. A la entrada del barrio le sale al paso un hombre corpulento.

JOSÉ MARI: ¿Qué, borracho una vez más, eh?

VISENTICO (vibración de miedo en la voz): Huy, ¿qué pasa, pues?

Antes de contestarle, José Mari lo agarra de la pechera de la camisa. Habla entre dientes (nada, he salido a cazar desgraciados y a darles cuatro hostias) como para evitar que lo escuchen desde las ventanas más próximas.

VISENTICO (amilanado, en tono suplicante): ¿Qué pasa, qué tienes?

JOSÉ MARI: De sobra sabes lo que tengo.

VISENTICO: Te juro que no sé, si sabría te lo diría.

JOSÉ MARI: Tengo a la mujer llorando en casa por culpa de la boba (sinsorga o una palabra por el estilo) de la Maripuy.

VISENTICO: Pues ahora me entero.

JOSÉ MARI: Si tienes huevos repítame lo que tu mujer le ha dicho a la mía.

VISENTICO: Que no sé de qué hablas, José Mari, te lo juro, si yo casi no he estado en casa.

JOSÉ MARI: Hala, vete a dormir la mona, cobarde, que no eres más que un cobarde baboso.

Le arrea un empujón. Visentico pierde el equilibrio y la chapela, cae de espaldas (o quizá mejor de bruces) sobre un montón de tablones arrimados a una tapia. No puede levantarse.

Se lo cobras de mi parte a la cotorra de tu mujer, dice José Mari segundos antes de perderse en la noche. Relato en frases cortas de cómo Visentico se encamina trabajosamente hacia su portal. Lluvia, ruidos nocturnos, calle desierta. En la acera lo alcanza su hijo, que también vuelve a casa.

JULEN: Hostia, aítá, estás sangrando de la cabeza.

VISENTICO: Bah, no es nada.

JULEN: ¿Quién ha sido?

VISENTICO: He tropezado.

JULEN: ¿Quién ha sido el hijoputa que te ha puesto así? (O simplemente: ¿Quién te ha puesto así?)

VISENTICO: Que me he caído, coño. Ayúdame y calla, que vas a despertar a todo el vecindario.

Julen es más alto y más ancho que su padre. Se lo echa al hombro como si fuera un fardo ligero. Poco después lo recuesta con cuidado en la pared, ante la puerta de

casa. Le susurra al oído: Mejor que no me digas quién ha sido. Como hay Dios (¿dios?) que lo mato.

La cosa más sagrada

QUIZÁ no esté de más contarle que mi primo Julen no tardó en cobrarme ley, y aunque a menudo se aprovechaba de mi ingenuidad para poner en práctica su afición a las bromas, de muchas maneras me mostraba que no le causaba enojo compartir conmigo su habitación; antes al contrario, le agradaba sobremanera mi compañía, sobre todo por las noches, que era cuando más me hablaba.

Se acostumbró a referirme de cama a cama, mientras me mataba con la pestilencia de sus pies, aventuras y sucesos que le hubieran ocurrido durante el día. Era trasnochador y no se cuidaba poco ni mucho de mi descanso, sino que a horas intempestivas me sacaba del sueño para contarme cualquier menudencia, al tiempo que fumaba un cigarrillo antes de dormir.

Concluida la conversación, en la cual yo apenas intervenía, él apagaba la lámpara y muchas noches, a oscuras, se entregaba a unos rápidos meneos bajo la manta. Por esta razón solía guardar entre la pata de la mesilla y la de la cama un rollo de papel El Elefante, lijoso y nada absorbente, del cual arrancaba pedazos para enjugarse.

Tardé un tiempo en ponerme al cabo de aquella práctica; pero como él, a veces, daba en repetirla a las horas algo más claras del amanecer, terminé por comprender lo que todo muchacho, por muy torpe que sea, termina comprendiendo.

Sin que su madre se lo mandase ni yo se lo hubiera pedido, sino llevado de un arranque de generosidad, hizo un hueco espacioso para mis pertenencias en el ropero, apretando las suyas hacia un lado.

Con esta buena avenencia, unida al trato afectuoso, aunque sin extremos, que me dispensaba el resto de su familia, mi vida en casa de mis tíos transcurrió exenta de los infortunios y pesares que tan provechosos son de costumbre para la literatura novelesca, no así para la salud mental y física de quienes los padecen.

Por dicha causa pude echar pronto en el olvido el malvado recibimiento que me hizo Julen la tarde de mi llegada a San Sebastián y soportar mejor la pena de hallarme lejos de mi madre y mis hermanos.

Los primeros días Julen me miraba con ostensible menosprecio. Al pasar junto a mí gustaba de amagarme un puñetazo en la cara, lo cual no me causaba especial temor por tenerme acostumbrado a la misma broma mis hermanos y antes que ellos mi padre.

A cada rato me decía navarro puto o puto navarro, también delante de mis tíos, que se lo consentían. Hasta que una tarde, de vuelta de la fábrica de cerveza donde estaba empleado, viéndome jugar sobre las tablas del suelo a mi juego favorito, le entró capricho de sentarse a mi lado.

Jugamos, él con tanto ardor que se olvidó de acudir al encuentro de sus amigos; como perdiese, insistió en jugar de nuevo. Entonces perdí yo, y con esto y la diversión que tuvimos me tomó simpatía. Prueba de ello es que al punto me desputó,

quiero decir que me dejó en navarro a secas. Más adelante dio en llamarme Txiki y desde entonces no recuerdo que me nombrase de otra forma.

El juego en cuestión era el de los ciclistas de plástico. Yo tenía gran cantidad de ellos, lo menos cincuenta o sesenta en distintas posturas y colores. Mi padre solía comprármelos sueltos o en lotes de seis unidades cuando lo acompañaba a vender quesos a Estella. No guardo otro recuerdo bueno de él.

Los ciclistas fueron el único juguete que mi madre me permitió meter en la maleta antes de salir del pueblo. Pretendió que no llevase más de una docena, ya que mi tía Maripuy le había encarecido que yo no viajase con más trastos de los imprescindibles, pues andaban justos de espacio en la vivienda. Por el mismo motivo mi madre me impidió llevar otras cosas de mi gusto que luego estuve echando en falta.

Ningún ciclista quedó en el pueblo. Todos los repartí en diversos escondites dentro de la maleta. Unos cuantos, envueltos en papel, viajaron con las gallinas.

Por imitar la realidad pegué en el lomo de cada uno un número, así como, para mejor reconocerlos, encima de la base el nombre de cada corredor, todo ello recortado del periódico que traía a diario mi tío Vicente a la vuelta de la fábrica.

Los ciclistas avanzaban por turnos tantos pasos como determinase el dado. Los listones del suelo servían de carretera y con una regla apoyada en una pila de libros escolares simulaba las cuestas de montaña. El primer ciclista en atravesar la meta obtenía un punto, el segundo dos y así todos sucesivamente, de manera que el ciclista con menos puntos era quien encabezaba la clasificación.

En fin, perdone que me explaye en minucias que seguramente carecen de interés para su libro. Lo único que yo deseaba decirle, pero ya me callo, es que durante una época mi primo, tan grandullón, tan lleno el cuerpo de pelos por todas partes, se aficionó a jugar conmigo a los ciclistas. El juego nos acercó a tal punto que, sin darme apenas cuenta, gané su confianza.

Un día estaba un ciclista suyo a tiro de tres para cruzar la meta y, justo a su rueda, el más adelantado de los míos. Julen me dijo con aire retador, seguro de su victoria:

—Si gana tu *txirrundulari* te enseño una cosa que es la más sagrada del mundo.

Sacó, no sé, un cuatro o un cinco, y ganó; pero como me había revelado la existencia de la cosa aquella sagrada y de todos modos tenía hecho propósito de enseñármela, tras asegurarse de que nadie nos observaba, levantó el colchón de su cama. Debajo apareció, extendida sobre el somier, una bandera vasca, la primera que vi en mi vida.

No supe lo que era.

—Txiki, no me jodas. ¿En Navarra no tenéis *ikurriñas*?

Le respondí que no, como así era en verdad, que yo recuerde, por aquella época.

—Ya me doy cuenta de que tienes mucho que aprender. Pero no te preocupes, que aquí está tu primo para hacer de ti un patriota vasco.

Me explicó a continuación el sentido de aquella bandera.

—¿A que es bonita?

Me pareció que debía asentir y asentí sin titubeos.

—Llegará el día en que sea la única que ondee en los mástiles de Euskadi.
¿Cuánto te apuestas?

Le pregunté si también en los mástiles de Navarra.

—Eso será más difícil —resopló—. Es que, me cagüen Dios, os habéis dejado españolizar como corderitos.

De allí en adelante se me figura que compartimos la habitación entre tres. Se había sumado a nosotros don Victoriano, al que Julen mencionaba con tanta frecuencia en sus expansiones patrióticas que me parecía entrever a todas horas la sombra del cura al costado de mi cama.

Don Victoriano era quien metía aquellas ideas de la nación vasca en la cabeza de mi primo. También en la de otros chavales del barrio en cuyas meninges barruntaba el cura que germinaría con facilidad la semilla del patriotismo, y a mí me consta, porque tampoco él lo disimulaba, que nos tenía a todos los menores de edad de su parroquia divididos entre los que eran útiles a la causa y los que no, y según esto nos daba un trato frío o afectuoso.

Especial ahínco ponía en inducir a los chavales al aprendizaje del idioma vasco, persuadido de que este se moría sin remedio. Como usted recordará, por aquellos años, en el barrio de Ibaeta, no lo hablaban con soltura sino diez o doce entre ciento, y aun esos no más allá de la puerta de sus casas.

Mi primo Julen, la espalda recostada en la cabecera de la cama, repetía algunas noches para mí, con una voz que no parecía la suya, las prédicas clandestinas del cura.

—Don Victoriano dice: vasco es el que habla euskera. Los demás son medio vascos o directamente coreanos. A estos los manda el opresor a Euskadi para que nos roben el alma vasca. ¿Entiendes la jugada? Franco es muy listo. Por eso hay que reaccionar, Txiki. Dice don Victoriano: a este paso, como no reaccionemos, llegará el día en que todos bailaremos flamenco por las calles. ¿Te imaginas un desastre mayor?

Una noche le pregunté si yo también era coreano.

—¿Cómo te apellidas?

De sobra lo sabía, pero él tenía sus puntas de bromista. Le contesté.

—Lo tuyo —dijo formando un aro con el humo de su cigarrillo— puede que tenga solución. Porque, claro, no es lo mismo ser navarro que de más abajo. Yo en tu lugar aún no me haría ilusiones, ¿eh? Primero hay que hablar con don Victoriano.

No había en nuestra vecindad un piso donde no se hablase castellano y el de mis tíos no era una excepción. Buen castellano, a decir verdad, no sonaba en boca alguna, y sí muy defectuoso y, según los casos, con muchas palabras vascas entremetidas. En cuanto a mis parientes, el único que había hablado euskera alguna vez fue mi tío Vicente siendo niño.

Por lo que llegó a mis oídos, hasta los cuatro o cinco años no se expresó en otro

idioma. En las escuelas públicas del barrio de El Antiguo aprendió a leer y escribir en castellano. Luego vino la guerra. Su padre fue de los que no se quisieron rendir en Santoña; siguió con su batallón hacia Asturias y en algún lugar de los montes un avión rasante le segó la vida. Usted me dirá si quiere que otro día le amplíe la historia.

Sigo. Tras la guerra, la familia dejó de comunicarse en euskera incluso dentro de casa, de manera que mi tío Vicente y un hermano menor acabaron olvidando el idioma.

El mayor tuvo una vida ajetreada que le daría a usted para una novela de ochocientas páginas. Prisionero por haber sido militante de la CNT, fue condenado a muerte pero al final lo enrolaron en el Batallón de Trabajadores y fue uno de tantos forzados que construyó el Valle de los Caídos. También sé de él que, estando libre, lo metían en la cárcel de Ondarreta cada vez que venía Franco de vacaciones a San Sebastián, y como estaba harto y no podía prosperar emigró a Venezuela, en cuya selva murió, nunca se supo bien de qué. Decían que si del mal de los mosquitos.

A otro hermano, también mayor que mi tío, se lo llevaron las olas cuando pescaba con caña en las rocas de Mompás. Queda una hermana que se casó con un riojano, viajante de comercio; la cual se fue a vivir con el marido a Logroño y más tarde a Zaragoza, donde aún reside. En cuanto a la madre de mi tío, una casera de Hernialde que siendo joven se fue de sirvienta a San Sebastián, grande de cuerpo, de mucho carácter y pocas letras, tengo entendido que hablaba muy mal el castellano, pero así y todo, muerto el marido, fue lo que habló hasta el final de sus días.

A mí se me figura que Julen vivía como una humillación el no saber euskera, al modo de quien se siente incompleto y puede que hasta mutilado. Por dicho motivo, en sus parlamentos nocturnos lanzaba recriminaciones contra su padre, aunque yo nunca vi que discutiera con él a causa de este asunto. No lo llamaba padre ni aitá; decía «ese».

—La culpa es de ese —y señalaba con la barbilla un punto indeterminado de la pared.

Asistía dos tardes por semana a las clases de euskera que impartía una chica del barrio en el centro Ibai, adonde yo iba muchas veces a jugar con mis amigos, así como mi prima Mari Nieves a aprender guitarra y a juntarse con los chavales en los arbustos de la parte de atrás.

A Julen le gustaba que yo le tomase la lección. Con ese fin me despertaba en ocasiones a las doce, la una o las dos de la noche, cuando volvía de estar con la cuadrilla.

—De paso aprendes —decía.

Me entregaba la lista de vocabulario escrita con aquella letra suya grande y torpe, el papel arrugado, a veces sucio de manchas de aceite o de chorizo, y a la luz mortecina del flexo, muerto de sueño, yo le iba leyendo las palabras en castellano para que él las tradujera al euskera.

—Cliente.

—*Bezero*.

—Aogarse —así como se lo escribo, señor Aramburu, sin la hache intercalada.

—*Ito egin*.

Era feliz con los aciertos. La hora tardía no le impedía celebrarlos con patadas contra el aire, puñetazos a la almohada y gestos que traslucían un varonil y brutal alborozo, como de futbolista que acabara de meter un gol.

A veces, cuando no daba con la respuesta correcta, se impacientaba, se dirigía insultos, soltaba palabrotas. Supe por su madre que en la adolescencia había sido un pésimo colegial.

—Juez.

—Juez... Me caguen la puta, ¿cómo era? Venga, Txiki, dime la primera letra.

A menudo olvidaba palabras y locuciones que había sabido recientemente. Ponía mucho ardor en el aprendizaje, sin que sus frecuentes olvidos lo hicieran caer en el desánimo; antes bien, procuraba compensar la dureza de mollera con dientes apretados, mecágüenes en abundancia y tenacidad.

Sospecho que se llevaba las listas de vocabulario a la fábrica, donde al parecer sus tareas de obrero raso no le quitaban ocasión de memorizarlas. Yo al menos nunca se las vi repasar en casa.

Una de sus grandes pasiones era caminar con los amigos por los montes de Guipúzcoa (ahora se escribe con k, usted verá). Salían por la mañana temprano, y una vez al mes, en grupo selecto, lo hacían a la zaga de don Victoriano, quien para poder pastorear por las laderas a sus chavales favoritos dejaba las misas dominicales al cargo de un sustituto.

Durante aquellas excursiones campestres, el cura afianzaba en los jóvenes montañeros la idea de una patria vasca liberada, de paso que practicaba con ellos el fervor por el idioma, las costumbres y los paisajes de la tierra.

Cada vez que mi primo Julen iba al monte con el cura regresaba a casa poseído de viva exaltación.

Por la noche, fumando en la cama, me contaba dónde había estado, me daba detalles de la excursión y decía cosas parecidas a esta:

—Txiki, voy a pasar a la historia como el *gudari* que mató a Franco. Lo mataría a hostias; pero, claro, no me dejarán acercarme. Ya le he dicho esta mañana a don Victoriano: *apaiza*, el enano ese no muere en la cama. Yo me encargo. ¡Cómo se reía don Victoriano!

Más de una vez me preguntó si lo creía capaz de matar a Franco. En todas ellas le di la respuesta que esperaba.

—¿Y cómo lo mato, Txiki? Es que no te puedes acercar, ¿entiendes?

Yo, que a mi corta edad no sabía gran cosa de morir y mucho menos de matar, me encogía de hombros.

—Ya se me ocurrirá la manera. En verano, cuando el generalísimo de los huevos

venga de vacaciones. A ver, pues. A lo mejor me voy nadando desde la playa hasta el yate con mi tubo de buceo, subo sin que me vean y empujo a Franco al agua. Así de simple. Como está viejo, se ahoga seguro, seguro.

—¿Cómo te escapabas después? —le pregunté en cierta ocasión.

Me lanzó una mirada furiosa.

—¿Escapar? Un *gudari* no se escapa. He cumplido mi misión, he ayudado a mi pueblo, pues que me maten, ¡ahí va Dios! Prefiero eso a vivir oprimido. Que te lo diga don Victoriano.

Los domingos temprano me fascinaba verlo vestirse el atuendo de montañero, la camisa gruesa de cuadros, la chapela, las medias de lana sobre las perneras del pantalón y unas botas que solía untar con sebo.

A fin de complacerme me permitía arrollarle los cordones en torno a las cañas hasta tenerlos a punto de lazo. El nudo y el lazo, eso sí, por considerarlos tarea de experto, se los hacía él. Y cuando le tocaba el turno de custodiar la *ikurriña*, la sacaba de debajo del colchón para plegarla con mucho mimo, y besándola y dándomela a besar, la ocultaba en un doble fondo de la mochila, donde suponía que los guardias civiles no se la habrían de encontrar en caso de que procedieran a registrarlo, cosa que yo no sé si alguna vez le sucedió.

Mi tía, que se levantaba antes que él, ya le tenía preparado para entonces el almuerzo. Olía la casa entera, a las cinco de la mañana, a tortilla de patata. En la calle se iban juntando voces juveniles a las que no tardaba en agregarse la de mi primo. Y desde aquel momento hasta la tarde, yo me dedicaba a esperar su vuelta por cuanto siempre me traía algún regalo de los montes: un bastón tallado a navaja, por lo general de avellano, que él llamaba *makila*; puñados de cerezas, de nueces o castañas; guijarros de río brillantes y redondos, y un día un mochuelo por desgracia moribundo, pues lo atrapó de una pedrada y lo trajo a casa apretado en la mochila. De anochecida tratamos de revivirlo poniéndole unos cachitos de carne cruda cerca del pico; pero resultó que no tenía fuerzas para comerlos ni para abrir los ojos, y a la mañana siguiente amaneció muerto junto al rollo de papel El Elefante.

Apunte 3

FRENTE a la ermita de Larraitz, en el aparcamiento, se detiene la furgoneta (Fontanería Igarzábal Hnos.) y bajan el cura vestido como un montañero más y los once chavales que venían apretados en el interior, y no llueve pero está el suelo mojado y son, no sé, las seis o las siete de la mañana aproximadamente. No una hora justa. Y cuarto o menos cinco, a fin de apuntalar la verosimilitud.

Breve y fría descripción del Txindoki (¡nada de incurrir en la típica estampa rural-sentimentaloide) visto desde abajo:

La ladera se alarga hacia lo alto cada vez más escarpada, formando un plano triangular arbolado de color verde oscuro hasta la cima. Una cresta de rocas separa esta ladera de otra más ancha y clara, pelada de árboles, en cuya parte baja pasta un rebaño de ovejas. Hay al otro lado del monte, en dirección a la muga de Navarra, una tercera ladera (¡y dale con las laderas!) que no se ve desde Larraitz y que seguramente no es tan empinada porque detrás se prolonga en otras elevaciones de la sierra de Aralar. Los tres (¿No son cuatro?) planos confluyen en un pico de roca desnuda que se recorta en el cielo nublado de la mañana.

Estas pocas pinceladas de literatura convencional, convenientemente adobadas de prosa más o menos pinturera, serán suficientes.

A partir de una altura determinada el Txindoki presenta la forma de una pirámide. El problema literario que el puñetero monte me plantea es su carácter emblemático. Es demasiado conocido y por tanto previsible. Quizá lo cambie por otro. Ya veré.

Apunte 4

¿QUIÉN trae la ikurriña?

Julen Barriola, a la zaga del grupo, responde: yo.

Don Victoriano, voz dulce, mirada severa, corrige: nik.

Y el grupo, todo chavales, ninguna chica, entiende que a partir de la barrera tras la que arranca el sendero de subida ya no se habla ni una sílaba de castellano. Han entrado en tierra sagrada. El cura señala con ademán de explorador hacia la lejanía. Dice algo en tono solemne (ya me lo pensare) y nadie responde.

Echan a andar, el cura delante, en actitud de «yo soy la luz y el camino...», clavando el regatón de la makila en la tierra del sendero.

Olor a hierba húmeda y musgo. Los chavales son fornidos, respiran fuerte.

Apunte 5

HAN subido por la pista menos empinada, la que atraviesa la ladera oeste, cubierta de hierba. Llegan en fila india al collado de Egurrall, que tiene estas y las otras características. Allí se paran a echar un trago de agua (he leído por ahí que hay fuentes naturales en la zona) y luego, pisando el suelo pedregoso, suben hasta la cima del Txindoki.

Van despacio porque ninguno se atreve a adelantar a don Victoriano, cada vez más lento, más jadeante y congestionado bajo el peso de su mochila. El cura tiene complexión atlética, pero frisa en los cincuenta años.

Hay otros cuatro montañeros en las rocas cimeras (mirar las fotos que hice cuando estuve allí). El cura no se fía. Los saluda y se aparta, y la fila de chavales va detrás. Don Victoriano espera a que los desconocidos emprendan el descenso antes de llevar a cabo la ceremonia habitual.

El grupo se protege del viento detrás de un peñasco que forma un recoveco lo suficientemente espacioso para acogerlos a todos. Julen Barriola y Peio Garmendia, de pie al costado del corro sentado, sostienen la ikurriña cada uno de una punta.

Don Victoriano, también de pie, perora en euskera con la vista vuelta hacia los pueblos del valle y las cumbres del Goierri que se avistan hacia el norte, medio ocultas tras una gasa de niebla. Se emociona. Se le quiebra la voz. Guarda silencio, la barbilla hundida en el pecho. A los chavales se les pone un nudo en la garganta viendo llorar al cura.

De pronto uno de ellos desenfunda un chistu (¿quién es el loco que sube al Txindoki con un acordeón?) y se pone a tocar la melodía del Eusko gudariak. Otro se arranca a cantar, animoso, estentóreo. Los demás le hacen el coro, al principio un poco cortados, enseguida a voz en cuello. Don Victoriano los bendice de uno en uno, el gesto hierático, la mano lacia, y cuando acaba la canción manda a uno a cerciorarse de que no se acerca gente por ningún costado del monte.

Señala la inmensidad del paisaje. Euskadi. Nuestra tierra. La verde y hermosa tierra de los vascos. La que nos quieren arrebatarse, etcétera. Lanzan unos goras, alguien insulta a Franco y dice una cosa muy fea de España y los españoles, y luego todos almuerzan en cordial camaradería, pasándose de mano en mano la bota de vino.

Tras descansar obra de media hora proceden al traspaso de la ikurriña. Le toca guardarla a Peio Garmendia. ¿Otra vez? ¿Cómo que otra vez si no la tengo desde noviembre?

Don Victoriano intercede para que discutan en euskera. Resuelto el conflicto, les dice que ya hay que bajar. A las cinco le espera un compromiso en la parroquia.

Gritos en la bañera

TODOS los días laborables mi tío Vicente iba en bicicleta a la fábrica de jabones, aunque soplara un vendaval, aunque lloviera a cántaros. Como recordará usted seguramente, componía una estampa típica del barrio con su chapela, los bajos del pantalón recogidos con pinzas para protegerlos de la grasa de la cadena, la fiambarrera en la parrilla y a veces un carretón, a modo de remolque, acoplado por el extremo de la barra a un gancho que había hecho soldar al cuadro de la bicicleta en el taller de un carrocerero.

En el carretón solía traer a casa cada cierto tiempo, ocultos dentro de un costal, trozos de cocos de los de elaborar jabón, y como la mayoría de ellos había perdido la frescura estaban secos y amarillentos, y tenían por consiguiente un sabor rancio que producía un leve picor en la garganta.

La primera vez que los vi se me despertó la codicia de probarlos; pero no bien introduje uno en la boca los rechacé igual que los rechazaban mis parientes. Mi tía Maripuy acostumbraba dejarlos unos cuantos días en el frutero de la cocina y al final, en vista de que nadie les hacía aprecio, los tiraba al cubo de la basura.

Mi tío Vicente debía de olvidar que no nos gustaban, como, dicho sea de paso, tampoco le gustaban a él. Se conoce que, tocante a esta cuestión, también a mí me aquejaba la desmemoria, pues era el caso que, transcurrido un tiempo, les hincaba de nuevo el diente y volvía a experimentar la misma repulsión.

Cabe la posibilidad de que a mi tío, al no ver los trozos en el frutero por la mañana temprano, antes de salir a trabajar, se le figurase que los habíamos comido. Y así, por una razón o por otra, o simplemente impulsado a rachas por un instinto fuerte que tenía de alimentar a su familia, volvía de vez en cuando a casa con una nueva carga de cocos rotos.

El carretón le servía principalmente para transportar de la fábrica a casa y viceversa unas maletas de madera llenas de jaboncillos, así como los paquetes de envoltorios que a fin de obtener unos ingresos adicionales poníamos a los jaboncillos sobre la mesa del comedor. Tan sólo Julen se consideraba dispensado de dicha tarea puesto que, en su opinión, ya trabajaba suficientes horas a diario en la cervecería.

A mi tío y a Mari Nieves los vencía el mal humor siempre que tenían que envolver jaboncillos, lo cual ocurría una, dos y, según las épocas, hasta tres veces por mes. Mi tío no paraba de renegar, perdía la paciencia, rasgaba los envoltorios porque a veces venían pegados unos a otros en el paquete y él los extraía con rabia. Y así, refunfuñante y malhablado, daba rienda suelta a su insatisfacción en parte comprensible, puesto que su trabajo en casa se sumaba al de la fábrica, donde con frecuencia hacía horas extraordinarias, y también porque el dinero de los jaboncillos no le aprovechaba poco ni mucho debido a que mi tía se quedaba para los gastos familiares hasta el último centavo.

—Al infierno vas a ir con ese lenguaje —le decía ella.

—Mejor allí que en esta casa.

A vueltas con las quejas, al final mi tío Vicente conseguía que su mujer, perdida igualmente la paciencia, lo sacase de quicio con algún reproche de grueso calibre. Entonces se levantaba ofendido de la silla, haciendo gala de una autoridad, una resolución, una fortaleza de ánimo que distaba mucho de poseer; soltaba una potente blasfemia, se calaba la chapela y bajaba al bar.

Apenas había puesto un pie fuera de la vivienda, le tomaba Mari Nieves el relevo con las protestas. No tardaba en suscitarse la previsible discusión entre la madre y la hija. A todo esto mi tía, harta de quejas y malas caras, le prefijaba a Mari Nieves una cantidad de trabajo; despachada la cual, le permitía salir a la calle no sin antes motejarla de holgazana e imponerle con amenazas de castigo una hora para estar de vuelta en casa. Me faltan dedos en las manos para contar las veces que presencié escenas semejantes.

De anochecida mi tía se iba a la cocina a preparar la cena, y yo, que me acordaba de que mi madre me había encarecido que fuese dócil y ayudase en todo lo que pudiera para devolverles a mis parientes, aunque fuera en una pequeña proporción, el favor de tenerme acogido en su casa, me quedaba solo envolviendo jaboncillos hasta que venía mi tía al comedor y, compadecida de mí, me decía:

—Hala, sobrino, vete a jugar. Por hoy es suficiente.

Fuera porque yo rara vez abría la boca o porque en muchas ocasiones, por no haber sitio para mí a la mesa, me ponían a envolver jaboncillos aparte, en una banqueta y una silla que me servía de tablero, el caso es que a menudo mi presencia pasaba inadvertida a mis parientes. A tal punto que, olvidados de mí, hablaban sin recato de asuntos confidenciales y por esta vía entraban en mis oídos no pocas noticias de escándalos y desavenencias de vecinos, y algún que otro secreto de familia.

Llevaba yo cerca de diez meses viviendo en casa de mis parientes cuando supe que uno de dichos secretos afectaba a mi prima Mari Nieves, y era de modo que pasaban las semanas, no sé cuántas, pero más de las debidas, y la muchacha no menstruaba, cosa que a mi edad yo no terminaba de comprender, por lo que una noche le pregunté a mi primo Julen la razón de que su madre y su hermana se mostraran por aquellos días tan mustias y silenciosas.

Me daba a mí que de un tiempo a aquella parte nadie hablaba en la casa o lo hacía en susurros. Mi tío cenaba con la cabeza gacha; a mi tía le tomaban unos hipos y gemidos repentinos mientras fregaba o cocinaba; y, en fin, se respiraba en toda la vivienda un aire extraño, de una espesura triste, como cuando acaba de fallecer un ser querido. Y también le pregunté a mi primo con preocupación sincera si todo aquello pasaba porque yo hubiera dado algún motivo de disgusto; a lo cual respondió él desde su cama:

—Me huelo que la boba esa me va a hacer tío.

Vino mi madre del pueblo, llamada por su hermana para deliberar sobre lo que convenía hacer, y estuvo con nosotros, contagiada de la seriedad de nuestros parientes, dos días con su noche intermedia. Durmió en el suelo del comedor, sobre un colchón relleno de lana que le prestó una vecina.

Mi primo Julen no vio el colchón en la oscuridad cuando llegó a casa tarde como de costumbre y cayó con todo su corpachón encima de la dormida. Me despertó poco después muerto de risa. Acostado en su cama, se entretuvo en burlarse del acento y los navarrismos de mi madre, sin importarle que ella lo pudiera oír al otro lado de la puerta. Especial placer le producía pronunciar los números a la manera rural navarra: uno, dos, «ches», «cuacho» y así.

El día de su llegada, por la tarde, fui con mi madre a una churrería de la Parte Vieja, donde yo merendé y ella no, por moderar el gasto. Ni entonces ni cuando la despedí con mucha pena al día siguiente en la parada del autobús, que fueron las dos únicas veces en que tuvimos ocasión de hablar a solas, me reveló la razón verdadera de su venida a San Sebastián.

Dijo que le había dado de repente la cariñada de verme y abrazarme, y que quería regalarles a mis tíos una gallina viva en señal de agradecimiento, como en efecto hizo.

Pero andando los años me confesó el propósito principal de aquella visita inesperada, así como numerosos pormenores de su conversación con mi tía. Y fue de esta manera: que mi madre, al principio, era partidaria de respetar los mandamientos de la ley de Dios; lo cual, para mis tíos, supondría resignarse al regocijo malvado de los vecinos no bien la naturaleza anunciase su obra con innegable y abultada evidencia en la barriga de mi prima.

Mi tía lloraba, su hermana le pedía calma. Se calmaba mi tía y entonces era mi madre la que empezaba a llorar. Entretanto las dos se juramentaron para hallarle paliativo a la vergüenza que no tardaría en llamar a la puerta de los Barriola y, cuando no, retrasarla tanto como fuera posible.

Confiaban en que hasta el sexto o acaso el séptimo mes de embarazo la obesidad protegiera a la muchacha de comentarios y miradas recelosas, lo que alargaría notablemente el tiempo de buscar una solución a lo que ya no tenía remedio, y con dicho fin estaba mi tía dispuesta a cebar a Mari Nieves. Eran, como usted sabe, aquellos, otros tiempos.

Así las cosas, mi madre aconsejó a su hermana que revolviara Roma con Santiago para que Mari Nieves (o la tonta de Mari Nieves, como prefería llamarla mi tía por entonces) contrajese matrimonio, antes de dar a luz, con quienquiera que le hubiese encajado la criatura. De esta forma su preñez aparecería a los ojos del barrio como el descuido imprudente de una muchacha atolondrada y un novio fogoso, y no como la consecuencia natural de la conducta de una viciosa, perdida, desvergonzada, etcétera.

Ahora bien, si por hache o por be la boda no podía consumarse, mi madre ofreció nuestra casa del pueblo para esconder a Mari Nieves. Por lo visto a mi tía la opción

de la boda tan sólo le inspiraba dudas, más que nada porque aún no había logrado sonsacar a su hija (a la tonta de su hija) el nombre de quien la había preñado; en cambio, la idea de ir a parir al pueblo la rechazó de plano por antojársele inútil, ya que luego la muchacha tendría que volver a San Sebastián y a nadie le pasaría inadvertido el fruto de sus instintos pecaminosos.

A todo esto, mi prima, que se hallaba presente en la conversación, trató de manifestar no sé si su parecer, su disconformidad o algún deseo. No le dio tiempo de sacarse más allá de dos o tres palabras de la boca, pues mi tía la interrumpió con uno de los numerosos bofetones que sonaron en la casa por aquellos días, y la mandó a su habitación.

Tras lo cual las dos hermanas siguieron deliberando en la cocina y por fin acordaron que la muchacha se sometiera a ciertos remedios enderezados a sacarle el pecado del vientre, dicho sea esto a la manera como ellas se expresaban. Y mi madre, por lo que me habría de contar por extenso largo tiempo después, convino en la resolución de mi tía con grandísimo cargo de conciencia, resignada a tapar una culpa con otra por no agravar la pesadumbre de su hermana, que prefería tirarse por el balcón a atravesar las calles del barrio sin atreverse a levantar la mirada del suelo.

—Y si no —me dijo que le dijo—, te la llevas al pueblo, como era tu idea, y damos el muñeco a la inclusa.

Créame, los chapoteos en la bañera los oí, de eso estoy seguro, y no un día sino varios, siempre en compañía de voces y de mucha discusión entre la madre y la hija. Y quizá por causa del ruido que armaban recuerdo una cosa tan baladí, y también, claro está, porque no dejaba de ser extraño que mi tía se pusiera a bañar a su hija metida ya en los dieciocho años, y que esta pareciese resistirse al modo de una niña rebelde de corta edad.

Por eso, cuando mi madre me reveló lo que por mi cuenta yo nunca habría podido averiguar, me acordaba del ruido aquel del agua en el cuarto de baño de mis parientes y de los gritos a veces aterradores, se lo juro, de mi prima.

Los gritos ahora los entiendo. Eran debidos a que dentro de la bañera había agua recién hervida. Que, por cierto, también me acuerdo de mi tía y mi prima llevándola en cazuelas humeantes de vapor desde la cocina al cuarto de baño.

Al parecer, para que el agua caliente obrara el efecto pretendido, Mari Nieves debía sumergirse en ella hasta la cintura y dar saltos de rana. De ahí los chapoteos, mientras que los gritos hay que atribuirlos a que la muchacha se escaldaba. Ignoro el sentido de los saltos; pero doy por hecho que usted, si considera útil mencionarlos en su novela, les otorgará alguno.

Pues como le digo, recuerdo los chapoteos; en cambio, no tuve constancia de aguja ninguna hasta que oí hablar a mi madre al respecto. Me contó que era de las largas de hacer punto y que la desinfectaban con alcohol de farmacia, y no me describió el modo de usarla ni yo se lo pregunté por cuanto hay cosas en la vida que se entienden sin explicaciones, ¿no cree?

Muy grande debía de ser la desesperación de mi tía y mi prima a juzgar por los diversos y estrambóticos métodos empleados para poner fin al embarazo, de gran parte de los cuales fue mi madre informada. Me supo enumerar unos cuantos. Por ella me enteré, por ejemplo, de que Mari Nieves durmió algunas noches con el bajo vientre atiborrado de perejil.

Y parece que se aplicaba irrigaciones vaginales de agua con jabón, lejía o sal, de pacharán y otras bebidas alcohólicas, y de no sé cuántas sustancias más.

Ahora comprendo la razón de que algunas tardes anduviera con un cubo lleno de piedras en cada mano en torno a la mesa del comedor. Se lo pregunté en su día porque me picaba la curiosidad y me dijo que estaba haciendo ejercicio para adelgazar.

Todo lo cual, a la postre, no sirvió para detener los designios de la naturaleza, que terminó saliéndose con la suya.

De nuevo le pido por favor a usted que, cuando escriba sobre estos asuntos confidenciales, introduzca los cambios, retoques y disimulos necesarios para que mis parientes no se reconozcan ni sean reconocidos en el libro.

Si desea que me extienda en alguna de las cuestiones abordadas hágame saber.

Apunte 6

LLEGADA de Mari Nieves al centro Ibai. La guitarra en una funda. La profesora de música (aquí una breve descripción facial) no responde a su saludo. Seria: no hace falta que desenfundes la guitarra, don Victoriano te está esperando en la oficina. Toc, toc, toc. Pasa. Sentado a la mesa, el cura la recibe con dos expresiones distintas en la cara. A ver si me explico (cuidado con estropear la escena dándole un sesgo grotesco). De la nariz para abajo, dureza, severidad de labios apretados, etcétera. Quizá le ponga halitosis, ya veré. De la nariz para arriba, ojos líquidos, santidad dolida, surcos en la frente. Hay un crucifijo revestido de conchas y un calendario de taco del Sagrado Corazón encima de la mesa. Sé que has pecado. Sé lo que llevas en el vientre. Reza mucho, hija mía, porque lo vas a necesitar si no quieres terminar de perderte. No vuelvas más a las clases de guitarra. No podemos permitir que una manzana podrida corrompa a las otras. Esto es triste, muy triste, pero tú lo has querido así. Mejor conságrate a la salvación de tu alma. Pero... No hay peros, Mari Nieves. Procura no sulfurarme, haz el favor. Y agradece a Dios Todopoderoso que no vivamos en los viejos tiempos, cuando pecados mortales como el tuyo eran castigados en la plaza pública. ¿No te das cuenta de la ofensa que has cometido contra el Señor? Anda, vete a casa, consuela a tu madre, a tu pobre madre... Y cierra la puerta al salir.

Apunte 7

NO me jodas.

Vicentico Barriola fija la mirada en el plato de sopa que su mujer le acaba de servir. ¿Para qué me echas tanto? No tiene apetito. Mira los fideos y los trozos de puerro y zanahoria dentro del caldo. En la mano izquierda, un poco de pan. Sin pan no sabría comer. Lo usa para empujar la comida hacia la cuchara. Hasta con los macarrones come pan. Sensación de lentitud, de monotonía, de modorra. Así que frases cortas, palabras comunes.

No puede ser.

Pues lo es.

En los intervalos de silencio se oye el tictac del reloj. Me parece recordar que usé el verbo tictaquear en otra novela. Podría repetir, con la venia de la RAE. Y, si no, también, no te jode.

No me jodas.

Deja de joder. ¿No sabes decir otra cosa?

¿Qué quieres que diga?

Crepita de vez en cuando la cáscara de alguna de las castañas puestas a asar sobre la chapa del fogón. (Ojo con este detalle porque me obliga a situar la acción en otoño). Los fluorescentes emiten (más sencillo: dan) una luz que comunica una palidez mórbida a las caras y hace más visible las motas de polvo en la chapela de Vicentico Barriola.

Si no la dejarías tan suelta.

¿Quién, yo?

Tú eres la que está en casa.

¿O sea que yo tengo la culpa?

¿Y qué hostias quieres? ¿Que me la lleve a la fábrica y la ate a la máquina?

Tras el vidrio de la urna, la Virgen María pisa, con unos pies diminutos que asoman por los bajos de su túnica, una nube de yeso pintado a la que se enrosca una culebra. La Virgen sí que lo tuvo fácil, piensa Maripuy. Concebir sin aguantar el peso, el olor, los meneos bruscos de un hombre. Sin perder la reputación. Sin entregarse.

¿Y quién ha sido el sinvergüenza?

¿Por qué lo preguntas? ¿Le vas a pegar?

Algo habrá que hacer.

Muy bien, Vicente. Haz.

Apunte 8

MARI Nieves ha decidido matarse. Está en la cama, boca arriba, las manos sobre el vientre, a oscuras. Es muy tarde. Su hermano ha llegado hace un rato. Ese sí que tiene suerte, piensa. Va y viene como le da la gana. Ventajas de ser varón. Lo tiene decidido. Mañana me mato. No sé cómo, pero me mato. Una vez, de pequeña, tuvo lombrices intestinales. Ahora se siente igual, con el bicho ese en las entrañas. Hace recuento de las personas que están al corriente de lo suyo. Los de casa, por supuesto. Aunque ni su padre ni su hermano han dicho ni pío al respecto. ¿Quién más? El cabrón del cura. ¿Cómo se habrá enterado? Ese se entera de todo. Sin duda su madre se lo ha chivado por la rejilla del confesionario. Pudiera ser que la profesora de guitarra. Por la cara que me ha puesto la muy boba, seguro. Luego Begoña. Mari Nieves no quiere creer que su amiga se haya ido de la lengua en casa. La madre de Begoña es peor que la radio. Secreto que pesca, secreto que difunde. Barrio de cotillas. Me mato. Yo así no puedo vivir. Los chavales aún no lo saben. Hay por lo menos tres que podrían tener la culpa. No puede dormir. Todo el mundo la señalará con el dedo. Es una puta. Peor que una puta, ni siquiera cobra. Enciende la lámpara. Repasa la carta de despedida. La rompe. Escribe otra. A las cinco de la mañana oye a su padre levantarse. La última vez que lo oigo. Su padre es bueno. No la ha reñido. Su madre es mala. La ha reñido y le ha pegado una bofetada. Casi se la devuelvo. Nacer para esto. ¿Para qué nacemos? ¿Para pegar y que nos peguen? Estoy segura de que no existe Dios. Es un invento. Al rato oye bisbisear a su padre y a su hermano. Toda la vida madrugando. Obreros. El pueblo trabajador vasco, como dice Julen. Y así toda la vida, deslomándose para los ricos. Hasta que llega la muerte y te llevan en una caja al cementerio.

Apunte 9

OPCIÓN *Madame Bovary*: Mari Nieves se traga todas las pastillas que encuentre en la cómoda de sus padres. O se bebe la botella entera de lejía.

Opción *Anna Karénina*: Se tira al tren de vía estrecha de los Ferrocarriles Vascongados, que además pasa cerca de Ibaeta.

Opción *Virginia Woolf*: Se ahoga en el río con un cubo de piedras en cada mano. Como el riachuelo de Ibaeta cubre en sus trechos más hondos hasta las rodillas, va a la ciudad y se tira al Urumea desde el puente de... (Elegir uno que me permita cierto lucimiento en la descripción, dicho sea esto con la modestia que debería caracterizarme). Ahora bien, ¿cómo lleva la chavala las piedras hasta allí? ¿En el trolebús? Esto es ridículo. Oiga, señor escritor, un respeto a su personaje.

Opción *Sylvia Plath*: Los Barriola no tienen en su casa horno de gas. ¿Mete la muchacha la cabeza en el fogón? Horrenda quemadura. Ocurrencia desechada.

Opción *Alfonsina Storni*: Mari Nieves va a la playa de Ondarreta y se adentra en el mar hasta ahogarse. La acción resultaría más poética si la muchacha no fuera gorda.

¿O hago simplemente que se tire por el balcón? Esto da poco juego literario. El suicidio es un arte como otro cualquiera. De los pocos, sin embargo, cuya consumación no requiere ni un largo aprendizaje ni una dilatada experiencia.

Apunte 10

BEGOÑA: *¿Estás loca? Yo no te acompaño. Hazlo sola.*

MARI NIEVES: *¿Por qué?*

BEGOÑA: *No aguanto ver la sangre.*

MARI NIEVES: *No tienes que mirar. Sólo quiero que sepas dónde pongo la carta. Para que luego la encuentren los policías.*

BEGOÑA: *Me vas a meter en un lío. Pon la carta en casa, debajo de la almohada. Tu madre la encontrará.*

MARI NIEVES: *No me la nombres, que me pongo enferma.*

BEGOÑA: *¿Qué más te da si, total, vas a matarte?*

MARI NIEVES: *Pensaba que eras mi amiga.*

BEGOÑA: *Lo soy.*

MARI NIEVES: *No se nota. En un momento tan difícil me dejas tirada.*

BEGOÑA: *Bueno, te acompaño hasta la gasolinera, pero a las vías subes sin mí. Van. En el momento de separarse, al pie de la cuesta, se dan un beso en la mejilla sin decirse nada. Brillo de lágrimas en los ojos de Begoña, pero nada de frases solemnes ni patéticas.*

MARI NIEVES: *Dile a Joserra de mi parte que es un cerdo.*

El foco narrativo se detiene en la posición de Begoña. Como en las célebres secuencias de Hitchcock, el relato presenta a Mari Nieves por la espalda, haciéndose cada vez más pequeña a medida que se aleja, hasta que al final de la cuesta, a pocos pasos de las vías, se pierde de vista detrás de un seto, de unos arbustos o de algo por el estilo.

Aquí urge poner por obra un truco literario que mantenga al lector en la expectativa de que va a consumarse la previsible tragedia y, a la vez, le transmita una sensación de tiempo que pasa inexorablemente. Esto quizá pueda conseguirse mediante la descripción con frases sincopadas de un elemento trivial del paisaje, no importa cuál pero siempre el mismo, una y otra vez durante seis o siete renglones. De pronto, el pitido del tren a lo lejos. Otra vez el mismo elemento, como si Begoña, paralizada al pie de la cuesta, no le pudiera quitar los ojos de encima. El tren pasa a bastante velocidad (sin exagerar, porque los Vascongados de la época eran todo lo contrario de rápidos). Siguen unos pormenores que confirmen que la vida continúa alrededor del elemento descriptivo como hasta ahora: pájaros que vuelan, los ladridos de un perro, una moto ruidosa que circula por las cercanías. Detalles, pues, provistos de movimiento.

En esto, aparece la silueta rolliza de Mari Nieves en lo alto de la cuesta. Cambiar de sopetón el ritmo sintáctico. Begoña corre hacia su amiga.

BEGOÑA: *¿No te has matado?*

MARI NIEVES: *¡Qué va!*

BEGOÑA (con gesto de reproche): Oye, ¿no me habrás gastado una broma?

MARI NIEVES: Te juro que pensaba matarme.

BEGOÑA: No te creo. ¿Por qué sonrías?

MARI NIEVES: Ya estaba encima de las vías. Pero entonces he visto venir el tren. ¡Dios mío, qué grande y qué ruidoso! Me lo había imaginado distinto.

BEGOÑA: ¿Y qué has hecho?

MARI NIEVES: Me ha entrado un miedo terrible y me he echado a un lado.

Begoña se da la vuelta. Sin esperar a su amiga, emprende el camino de vuelta al barrio. Lo último que dice, visiblemente enojada, es:

BEGOÑA: Otro día no cuentas conmigo.

El comienzo de la partida

ME viene ahora a la memoria un lunes caluroso de septiembre, por la tarde, en que volviendo del dentista con mi tía nos llegamos a la calle de Hernani a ver pasar a Franco. Mucha gente se apretaba en las aceras, tanta que nos costó encontrar un hueco, y aun mi tía, que era muy discutidora, estuvo porfiando con un señor hasta que este se dignó hacernos sitio de mala gana a su costado.

Algunas personas sostenían pancartas de bienvenida, y a cada trecho podía verse un policía con gorra de plato y cara de pocos amigos, y también en las azoteas. Numerosos vecinos de los alrededores, atendiendo a la solicitud hecha pública de víspera por el alcalde, habían adornado ventanas y balcones con la bandera de España.

A mi tía lo que la molestaba de la visita anual de Franco era que las tiendas de ultramarinos subían los precios de sus productos y en casa había restricciones de agua, decían que porque la necesitaban para lavar los caballos de la escolta del Generalísimo, aunque yo aquel día sólo vi acompañamiento de motoristas.

Fuera de esos incordios, mi tía se dejaba contagiarse del fervor popular, porque es lo cierto que todos los veranos, por lo común en agosto, como usted no ignora, en cuanto fondeaba el yate *Azor* en la bahía la gente acudía en masa a aplaudir al viejo militar, cada año más decrepito.

Mi tía, cuando salimos de casa a primera hora de la tarde, me dijo que si me portaba bien en el consultorio del dentista, no llorando y esas cosas, me llevaría a merendar churros con chocolate. Y yo, por obtener el premio, resistí el miedo cerval que me daba el hombre de la bata blanca, a lo cual me ayudó una circunstancia, y es que en aquella ocasión no sentí dolor alguno. Al final el dentista ordenó que por espacio de dos horas yo no tomara comida ni bebida, y entonces mi tía, en sustitución de los churros, decidió llevarme a ver a Franco, que era en el fondo lo que ella estaba deseando.

Poco antes de las siete, sin necesidad de esperar mucho tiempo, vimos pasar a Franco en medio de vítores y aplausos, con uniforme blanco de la Marina y gafas oscuras, de pie en un coche negro, saludando poco a poco hacia un lado y poco a poco hacia el otro mediante insinuadas sacudidas de su mano blanda. En el asiento trasero, enjuta y sonriente con aquel rictus de calavera que tenía, iba sentada su señora, el vestido estampado y sobre el regazo un opulento ramo de flores, obsequio de la adulación local. Cerraba el séquito una larga fila de coches cargados con toda aquella gente encopetada que Franco arrastraba de costumbre tras de sí.

A nuestra llegada a casa, encontramos a Mari Nieves en el comedor. Vivíamos por entonces días de calma hogareña, previos al embarazo de la muchacha, y las disputas entre la madre y la hija, aunque frecuentes, se dirimían sin demasiado ruido.

En aquellos momentos mi prima se estaba atareando con los jaboncillos porque

deseaba salir a la calle. Al punto su madre le contó que habíamos visto a Franco. Mi prima no se exaltaba como ahora por las cuestiones políticas; conque sin mostrar aversión por la máxima autoridad del régimen, preguntó si en el coche oficial también viajaba Carmen Polo.

Cuando supo que sí, mostró interés por enterarse de cómo iba vestida y peinada la mujer de Franco, tras lo cual escuchó con viva atención la crónica entusiástica de su madre. Satisfecha mi tía por el número de jaboncillos que su hija había envuelto sin que nadie se lo hubiera ordenado, la dejó marchar.

Tengo asimismo presente la reacción de mi tío cuando al llegar a casa, procedente del bar, en busca de la cena que pensaba llevar más tarde a su sociedad gastronómica, mi tía se apresuró a revelarles que habíamos visto a Franco.

—¿Franco? ¿Quién es ese?

—El jefe de España.

—El jefe de España eres tú, Maripuy. Mandas más que Cristo.

Indiferente a la réplica, mi tía refirió por extenso su crónica particular del paso del Jefe del Estado por la calle de Hernani, y aunque en verdad no alcanzamos a verlo desde la acera sino durante una veintena de segundos, y quizá exagere, ella recordaba detalles como para llenar un libro.

Mi tío Vicente no parecía prestarle mayor atención, limitándose a esperar con gesto de aburrimiento, mientras se hurgaba los dientes con un palillo, a que ella terminara de prepararle la cena portátil.

En esto que suena el ruido de una llave en la cerradura. Entra Julen, que nunca besaba ni abrazaba a sus padres, sino tan sólo les preguntaba a modo de saludo: ¿qué hay?, y mi tía continúa como si tal cosa con el tema de Franco y habla de lo elegante que iba Carmen Polo, y Julen escucha y calla.

Pero de madrugada, tras despertarme como de costumbre, me pregunta con más retintín que reproche, mientras se desviste:

—¿Así que habéis ido a aplaudir al cabrón de los cabrones?

Se quedó mirándome desnudo, piloso de piernas, de pecho y genitales (esto no hace falta que usted lo escriba en su novela), sin que yo me atreviese, por miedo a ofenderlo, a abrir la boca.

—¿Cómo es? —me pregunta después de un rato. A esto sí le supe responder.

—Muy mayor.

Ya estaba él fumando en su cama, la vista clavada en el techo, pensativo.

—Llevaría mucha escolta, ¿no?

Asentí.

Por aquellos días, mi primo Julen había empezado a dejarse barba. Dijo, como hablándole al humo que expulsaba hacia el techo en largas bocanadas:

—Destruyó Gernika. Mató a mi *aitona*. Lleva treinta años oprimiendo al pueblo vasco. Yo nunca podría aplaudir a un tipo así.

Apagada la luz, me pregunta por qué no le he tirado a Franco una piedra o

cualquier cosa dura que le hubiese podido abrir una brecha en la cabeza.

—Es que no había piedras en la acera —me excuso.

—Txiki, menuda oportunidad has perdido. Si estoy yo allí... ¿No habrás gritado viva España, eh?

Negué.

—Que no me entere yo. Te vas a dormir a la escalera, fíjate lo que te digo.

—Pues tía Maripuy sí ha gritado.

Guardó silencio unos instantes.

—Es de Navarra —fue lo último que dijo, en el tono neutro de quien constata una trivialidad, antes de entregarse a sus meneos y dormir.

Créame que aunque casi todas las noches me refería sus hazañas de pelotari, así como pormenores relativos a sus amigos, sus juergas, sus excursiones por el monte y su trabajo en la cervecería, y aunque no se me ocultaba su ardiente patriotismo vasco, yo no tenía la menor idea de que por aquellas fechas mi primo Julen estaba metido hasta las orejas en la acción política clandestina.

Esta ignorancia la compartían conmigo sus padres y su hermana, a tal punto que, cuando corrió por el barrio la voz de que lo habían detenido, sus familiares y yo pensamos que, de admitir que hubiera cometido un delito, con toda seguridad lo habrían pillado robando. No nos cabía en la cabeza que existiera otra posibilidad.

Meses atrás, antes que ETA hubiese matado al temible jefe de la Brigada Social, Melitón Manzanos, fue detenido el hijo de un compañero de fábrica de mi tío Vicente, y al parecer el tal Manzanos y otros de su oficio y su calaña arrearon al chaval tantos golpes y le hicieron tantas atrocidades en un sótano del Gobierno Civil, que lo tuvieron que soltar por la noche en una calle oscura a fin de que, en caso de morir de sus heridas, nadie pudiera achacar rotundamente su fallecimiento a la policía. Y este pobre infeliz, de edad similar a la de mi primo, aunque con el tiempo logró recuperarse, quedó tan maltrecho de la cabeza y tan lleno de angustia y pesadillas que terminó ahorcándose en el balcón de su casa.

Hablando un día, durante la comida, del triste caso, mi tío Vicente le preguntó a Julen:

—Tú no te metes en líos políticos, ¿verdad?

Y mi primo le contestó:

—¿Yo? ¡Qué va!

Así que ya le digo a usted que su familia no sabía nada de sus actividades secretas en pro de la causa nacionalista vasca, y yo, que dormía cerca de él a diario, tampoco.

No obstante, a veces, desde su cama, hacía alusiones un tanto enigmáticas a sucesos de actualidad, como si lo apretase el deseo de hablarme a las claras pero no se atreviera o me considerara incapaz de guardar en el buche sus confidencias. Yo tomaba aquellas alusiones tuyas por simples comentarios parecidos a los de mi tío Vicente, quien a menudo, durante las comidas en familia, se arrancaba con alguna que otra mofa contra Franco y sus ministros.

En junio de aquel año, esto ya lo sabe usted, había muerto tiroteado un guardia civil mientras regulaba el tráfico en Villabona y a las pocas horas, por el mismo procedimiento, el que lo mató.

Yo tuve la primera noticia de ambas muertes por mi primo. No recuerdo con exactitud sus palabras de medianoche, pero fue más o menos esto lo que me dijo:

—¿Te has enterado, Txiki? Ayer cayeron dos, uno de ellos y uno de los nuestros. Empate a uno.

Y a continuación una frase que recuerdo literalmente:

—La partida ha comenzado.

Salvo la bandera debajo del colchón cuando le tocaba custodiarla, nunca vi en el armario ropero que compartíamos ni en parte alguna de la vivienda carteles, propaganda o revistas clandestinas que revelasen sus inclinaciones ideológicas.

Tampoco libros. Le aseguro que en casa de mis parientes sólo se leía el periódico. Allí no habría encontrado usted más libro que el devocionario de cubiertas raídas de mi tía Maripuy, mis manuales del colegio, el de euskera de mi primo y una especie de cuaderno de notas que usaba mi prima para practicar con la guitarra.

Julen era reacio a la letra impresa. En ocasiones (recelo que con el propósito de escucharse a sí mismo o de impresionarme), trataba de teorizar sobre sus inquietudes políticas; pero en ningún caso, créame, pasaba de la torpe repetición de lemas y frases oídas a otras personas.

Lo detuvieron un sábado, acabando septiembre, en una calle del barrio de Gros cercana a la plaza de toros. Y fue de esta manera: que andaba de chiquiteo con dos amigos, uno Peio Garmendia y el otro no lo sé, y de pronto, sin que se hubieran señalado con alguna mala acción, fueron interceptados por varios policías vestidos de civil. Los policías encañonaron con sus armas a los tres jóvenes, que venían de un bar de la zona y se dirigían a otro. Total, que sin darles explicación los metieron a viva fuerza en un vehículo y adiós muy buenas.

Ya sabe usted que a raíz del asesinato de Manzanos había sido decretado el estado de excepción en la provincia de Guipúzcoa y la policía no daba abasto para arrastrar a comisarías y cuarteles, y someter a golpes e interrogatorios, a cualquier ciudadano que despertase el menor atisbo de sospecha.

Se me figura que mi primo reunía sobradas condiciones para que le ocurriera aquella tarde lo que le ocurrió, aunque la patrulla policial no lo pillara cometiendo mayor delito que ser joven, andar por la calle luciendo unos asomos de barba y tener rasgos fisonómicos propios de los nativos del lugar, con la agravante, además, de que iba en compañía de dos chavales de parecida catadura.

Un rato antes, manos anónimas habían sembrado las aceras de Gros de octavillas en lengua vasca. A los agentes de la autoridad debió de parecerles que el trío corpulento podría estar implicado en el asunto y, cuando no, en trapacerías de rojos y separatistas, para averiguar lo cual la policía disponía de métodos infalibles.

La cosa, en principio, habría podido resolverse en breve tiempo, ya que sobre

ninguno de los tres detenidos pesaban antecedentes penales ni ellos olían a comunistas ni, como hoy sé, estaban todavía integrados en organización armada alguna, aunque no por falta de convicción ni de ganas. De forma que, hechas las comprobaciones de rigor, amilanados los tres con la inevitable ración de insultos y golpes, los habrían soltado al cabo de unas horas como soltaban a otros jóvenes detenidos igualmente al buen tuntún, no bien quedaba demostrado que no se les podía exprimir información de provecho.

Pero a Peio Garmendia le encontraron en la cartera una pequeña *ikurriña* adhesiva y aquello empeoró de manera sustancial la situación de los tres amigos, sobre todo la del dueño del papel, al que las fuerzas de orden público tuvieron retenido durante casi una semana.

La noticia de la detención de Julen llegó a casa de mis tíos al día siguiente. Mi tía Maripuy se levantó temprano para preparar la tortilla de patata que su hijo acostumbraba comer en el monte y, cuando la tuvo hecha, convencida de que a Julen, noctámbulo empedernido, se le habrían pegado las sábanas, entró en la habitación a despertarlo y sólo me encontró a mí.

Con eso y todo, que su hijo no hubiera venido a casa por la noche no podía extrañarle por cuanto Julen era poco amigo de someterse a compromisos y horarios familiares; antes bien gustaba de entrar y salir a su aire, y con frecuencia se quedaba a pernoctar en casas ajenas o simplemente pasaba la noche en blanco y se iba de la juerga al trabajo o de la juerga al monte sin pasar por la cama.

Mi tía se marchó de la habitación rezongando por haberse atareado inútilmente y volvió a la cama. No tardaron en llamar al timbre los compañeros de excursión de mi primo. Fue entonces cuando se supo que Garmendia tampoco estaba en su casa y a mi tía empezaron a inquietarla los malos augurios.

Mi tío no compartía su temor.

—Es joven —le oí decir—. Por ahí andará.

—Esos han robado un coche o algo por el estilo.

—Inventora.

—Lo sé, eso es todo.

—Tú sabes a tocino cuando te untan.

Hacia las nueve de la mañana sonaron varios timbrazos seguidos, tan frenéticos y ruidosos que alarmaron a todos los de la casa. Me costó un buen rato, se lo aseguro, reconocer la voz de don Victoriano a pesar de que el cura hablaba con bastante fuerza en el comedor. Su voz premiosa, extrañamente aguda, cortada por los jadeos, no se parecía nada a la otra reposada y solemne que usaba durante los oficios religiosos.

Lo primero que entendí es que había decidido suspender la excursión.

—Maripuy, ¿dónde guarda Julen sus cosas?

Mi tía lo condujo a la habitación. La puerta estaba entreabierta, yo en la cama todavía pues era domingo. El cura me miró con el semblante desencajado, sin saludarme. Al punto se puso a abrir cajones y a hurgar dentro del armario. Vestido

con atuendo y botas de montañero, nadie que no lo conociese habría adivinado su condición sacerdotal. Sentí, perdone que se lo cuente, un pinchazo de vergüenza cuando lo vi manosear mis calzoncillos. Mi tía quiso saber lo que buscaba.

—Papeles.

—Aquí papeles no hay.

Era verdad, no los había. Mi primo no tenía mucha cultura; pero a su manera era listo y cauteloso, y sabía de sobra que no andaban los tiempos como para incurrir en ciertas imprudencias.

—También busco una bandera —agregó el cura.

—¿Qué bandera?

Don Victoriano no estaba con ánimo de explicaciones. Se le notaba inquieto, por no decir temeroso. Era muy raro para mí ver a un cura asustado.

—Hay que encontrarla antes que esos vengan a registrar la casa.

A mi tía se le quebró la voz.

—¿Registrar? ¿Quién? Ay, padre, me está usted poniendo nerviosa.

Don Victoriano tendió una mirada de gato suspicaz en rededor. Sus ojos escrutaban las paredes, el suelo, los muebles, como tratando de perforarlos para atisbar lo que se escondía detrás. Viendo que paraba la mirada en mí, encogido de timidez le susurré señalando la cama de mi primo:

—Está debajo del colchón.

Lo alzó sin pérdida de tiempo, y con la misma rapidez dobló la *ikurriña* y la hizo desaparecer bajo su zamarra de montañero.

—Arregla la cama, Maripuy. Arréglala para que no se note nada. Pero sobre todo no digas a nadie que he estado aquí.

Y tan deprisa como había venido, se marchó a la calle.

Hacia las once de la mañana, quizá un poco antes, no me haga usted mucho caso, la paz dominical del barrio se vio de pronto alterada por la llegada de unos cuantos furgones de la policía. Las ventanas se llenaron de curiosidad, quizá usted se acuerde aunque era niño. Los furgones pararon en la plazoleta que había delante del bar Artola. Y, por lo que nos contaron más tarde, varios hombres uniformados pusieron patas arriba el piso de los Garmendia.

Mi tía, que esperaba la misma suerte en el suyo, pensando en despertar la clemencia de los policías reunió cuantos objetos de significación religiosa guardaba en la casa, que no eran pocos entre estampillas, crucifijos, un rosario de cuentas de nácar, figuras de yeso, medallas y demás, y cuando los tuvo reunidos fue repartiéndolos por aquí y por allá hasta formar una especie de museo de la devoción.

Me mandó entretanto que fuese corriendo a pedirle la Virgen de la urna a la señora Narcisa, a quien le tocaba el turno de custodiarla en su casa, con encargo de explicarle que mi tía la necesitaba para un caso de urgencia y sólo por unas horas. Y yo así lo hice y mi tía colocó la Virgen sobre el mueble de las galletas, que era como llamábamos, por razones que no preciso aclarar, a un viejo aparador.

Mi tío Vicente le preguntó para qué puñetas había colocado allí la Virgen, alumbrada además por una fila macabra de velas, y mi tía primero no le quiso responder, pero después le respondió que lo hacía para proteger la vajilla guardada dentro del mueble. Por lo visto estaba persuadida de que la presencia de imágenes religiosas induciría a los policías a registrar la casa con respeto.

Se vistió después, como para recibir visitas, las prendas más elegantes de su modesto vestuario, y con una bata que se echó por encima para no mancharse se puso a quitar el polvo de las lámparas y los muebles mientras bisbiseaba plegarias. Cada dos por tres hacía la señal de la cruz, al tiempo que decía: «Ay, santa Rita de Casia. Ay, patrona de los imposibles».

A mí me encargó poner orden y pasar la bayeta en mi habitación, y a Mari Nieves lo mismo en la suya.

Estuvimos los tres cerca de una hora afanándonos por darle a la casa el aspecto más decente posible, pues según la convicción de mi tía, si los policías se percataban de que vivíamos en la suciedad y el desorden nos tratarían igual o peor que a gitanos.

Durante las tareas de limpieza, mi tío Vicente permaneció cabizbajo en una silla del comedor, ajeno a todo lo que ocurría y se hablaba cerca de él, con aspecto de estar sumido en melancólicas cavilaciones.

Avisados por Mari Nieves, vimos a eso de la una, desde la ventana de la cocina, que los policías emprendían la retirada sin haber subido a nuestra casa. Tampoco lo hicieron por la tarde ni al día siguiente, no nos explicábamos por qué. A decir verdad, mi tía Maripuy parecía un poco decepcionada. Sin quitarse la bata corrió a casa de los Garmendia a informarse. Mi tío no la quiso acompañar.

A mi primo y al otro compañero de cuyo nombre no me acuerdo, si es que alguna vez lo he sabido, los soltaron el lunes por la mañana, y lo primero que hicieron fue dirigirse al bar más cercano para tomarse el vaso de vino que el sábado anterior no les habían dejado tomar.

Julen estaba muy irritable aquel día. No se le podía hablar, no quiso probar bocado, no quiso contar nada, sino que, profiriendo palabrotas, además de unos refunfuños que no había manera de comprender, se metió en la cama a las tres de la tarde.

Por la mañana temprano, mi tío Vicente antes de fichar en su fábrica había pasado por la de Julen, que estaba al lado, para explicar en las oficinas lo sucedido. Y parece que los jefes mostraron comprensión y le concedieron a mi primo ese día y el siguiente libres, aunque luego no se los pagaron.

Durante la cena nos sorprendió la visita de don Victoriano. El cura volvía a expresarse con el aplomo relamido de costumbre. Declinó la invitación a compartir con nosotros la sopa de ajo y el pescado frito que mi tía le ofreció. Tan sólo deseaba conversar con Julen. No sabemos lo que hablaron, encerrados los dos en la habitación de mi primo durante más de media hora.

En el momento de marcharse de la vivienda, el cura asomó la cara a la cocina

para decir:

—Enhorabuena por el hijo que tenéis.

Mi tío esperó a que se hubiera apagado el ruido de sus pasos por las escaleras para replicarle, sin levantar la mirada del plato:

—¡Qué coño sabrá ese de nuestro hijo!

Me acosté a la hora habitual, con el mayor sigilo posible para no molestar a mi primo. Ni siquiera encendí la luz. Él la encendió. De refilón vi que apretaba los dientes como sacudido por una ráfaga de dolor. Al parecer no encontraba postura dentro de la cama. Yo no me atrevía a entablar conversación. Fue él quien rompió el silencio después de un rato para decirme con estas o similares palabras:

—Txiki, eres un campeón.

Le costaba esfuerzo respirar.

—Ya me ha contado don Victoriano lo de la *ikurriña*. Tienes madera de *gudari*.

Más tarde, con la luz apagada:

—Como hay Dios que voy a devolver todos los golpes. No sé cuántos me han dado. No los he podido contar. Pero se los devolveré a esos cabrones. ¿Tú me crees capaz de devolverlos?

—Sí.

¿Qué otra cosa le podía responder?

—Al final ganaremos, Txiki. Ya lo verás.

Se pasó la noche entera dando vueltas en la cama. Se tumbaba boca arriba, boca abajo, de costado, y de vez en cuando mascullaba una palabrota, profería un quejido. Varios días después le descubrieron en el servicio de urgencias del hospital una costilla rota.

Apunte 11

NOMBRE. Julián Barriola Mendioroz. Edad. 19. Nombre de tu puta madre. María del Puy Aranzábal. Nombre del cabrón, miserable, hijo de la gran puta de tu repugnante padre. Vicente Barriola. Nacionalidad. Español. ¿Español o vasco? Español. Más alto. Español. A ver, di: ¡Arriba España! Arriba España. Te estás portando bien, chaval. Di: ¡Mueran los vascos! Mueran los vascos. Nos empiezas a caer bien, en serio.

Apunte 12

LE acercan un dado. Tíralo. Le dan un pescozón. Que lo tires, idiota. Lo tira. Un uno. Otro pescozón. Tíralo bien. Vuelve a tirar el dado. Un dos. Por última vez te lo digo, tira bien el dado. Esta vez lo hace rodar un poco más lejos sobre el tablero de la mesa. Un seis. Y el policía que está de pie a su lado dice: Por fin. Y a continuación le arrea seis bofetadas.

Apunte 13

SE abre de pronto la puerta del angosto recinto. Es un sótano. Luz macilenta. No hay ventanas. Entra un policía (breve descripción facial, también de la indumentaria, que será distinta de la de los otros). ¿No le estaréis pegando a este chaval? Que no me entere yo. Os meto un parte a cada uno. Este es bueno. ¡Si lo sabré yo! A ver, que le traigan un vaso de agua. El policía le pregunta a Julen si fuma. Julen, amedrentado, responde que no. Venga, hombre, fúmate uno, no seas maricón. El policía le tiende un cigarrillo y Julen no se atreve a rechazarlo. Le da una calada. ¿A que está bueno? Es rubio de contrabando. Y ahora háblame un poco de ese amigo tuyo de la nariz torcida. ¿Se mete en política?

Apunte 14

HAN transcurrido dos semanas (más o menos, ya veré). Don Victoriano ha citado en su despacho del centro Ibai a Peio Garmendia y a Julen Barriola. Al que iba con ellos no porque no es del barrio. A su llegada, se levanta de la silla y los abraza. Quizá, como medida de precaución, cierra primero la puerta. Luego: Nuestro pueblo necesita hombres como vosotros, etcétera. Los diálogos cortos, secos, nada literarios. Cuestiones esenciales: 1) El cura les anuncia con cara de penita que por ahora es mejor que no participen en las excursiones al monte. Es probable que los estén vigilando, que los sigan por la calle. Podrían poner en peligro a todo el grupo. Más adelante ya se verá. A Julen lo que más le duele, y así lo manifiesta, es no poder guardar de vez en cuando la bandera en su casa. El cura lo consuela. Los verdaderos patriotas llevan la bandera en el corazón. 2) Se están despidiendo, los tres de pie. De pronto don Victoriano hace como que recuerda de golpe una pregunta que se le había olvidado. Si en algún momento, durante los interrogatorios, salió su nombre, si hablaron de él. Peio Garmendia reconoce haber contado que los domingos suele ir al monte con amigos y a veces con el párroco de Ibaeta.

DON VICTORIANO: ¿Les dijiste cómo me llamo?

PEIO: No me acuerdo. Igual dije don Victoriano. Puede ser.

DON VICTORIANO: Pero ellos, ¿insistieron en saber detalles de mí?

PEIO: No mucho. Les dije que usted es un hombre bueno muy querido en el barrio.

DON VICTORIANO: ¿Nada más?

PEIO: Les interesaba sobre todo mi familia. Bueno, y también los amigos.

DON VICTORIANO: ¿Y tú, Julen?

PULEN: Ni idea. No sé ni lo que dije. Es que estaba muy ocupado contando las hostias, perdón, apaiza, los golpes que me pegaban. Para devolvérselos un día, ¿comprende?

DON VICTORIANO: En adelante mirad si os sigue alguien por la calle. Si veis algo raro me lo contáis, ¿eh? Pero no hace falta que vengáis personalmente. Julen, puedes mandarme a tu primo. Es un niño de fiar.

En busca de un yerno

TAMPOCO fui testigo de todos los hechos que me propongo relatarle en este tramo de recuerdos, sino que de algunos ocurridos sin que yo hubiese tenido ocasión de presenciarlos recibí noticia más tarde, oyendo a mis parientes hablar de ellos, tanto si me notaban a su lado como si no, ya que con frecuencia no se recataban de conversar sobre asuntos privados delante de mí.

Hace poco averigüé detalles nuevos de boca de mi madre, a quien mi tía Maripuy nunca dejó de mantener al tanto de sus cuitas. Se me hace que mi madre, sin salir del pueblo, conocía mejor que yo las intimidades de nuestros parientes.

Generosa como es, accedió a desvelarme numerosos secretos cuando le dije que tenía garantías del escritor a quien deseaba trasladarlos, de hacer irreconocibles y cambiarles los nombres a las personas trasuntadas. Para mayor seguridad, me pidió que lo persuadiera a usted a colocar la historia en Bilbao o en otro sitio que no fuera San Sebastián.

En fin, le escribo esto antes de entrar en materia para que se fíe usted de mí, señor Aramburu, pues nada de lo que pienso referirle a continuación es inventado, aunque quizá la verdad carezca de importancia cuando se escribe con propósito novelesco. Por eso, y por otras cosillas que no hacen al caso, a mí, que he leído tantos libros científicos y de mi especialidad, no me gusta mucho la literatura, ya lo sabe usted.

Como le referí en otro lugar, los diversos intentos por impedir que la naturaleza consumara su obra en el vientre de mi prima no condujeron al resultado apetecido. Hubo que poner freno a nuevas tentativas tan pronto como don Victoriano averiguó el mal paso de la muchacha. Mi tía Maripuy no se lo supo ocultar y después anduvo arrepentida, presintiendo con razón que el cura no dejaría escapar la oportunidad de inmiscuirse en vidas ajenas.

Celebramos unas fiestas navideñas de caras largas, de poca conversación y ninguna alegría, y por Nochevieja mi madre vino a San Sebastián a comer doce uvas con sabor a tristeza. Me trajo un obsequio de Reyes modesto y se pasó la mayor parte del tiempo echando lagrimitas mano a mano con su hermana, de paso que le ayudaba a limpiar a fondo el piso.

Tras la visita de mi madre, a mi tía Maripuy se le desvanecieron las pocas dudas que abrigaba acerca de la conveniencia de encontrar al fecundador de su hija. Había jurado delante de la Virgen de la urna que llevaría a toda velocidad «al espabilado y a la tonta» ante el altar más cercano, lo uno para que «el canalla» apechase con las consecuencias pecuniarias de su lascivia, lo otro para paliar tanto como fuera posible la vergüenza de un nieto nacido fuera de las convenciones sociales y religiosas de la época. Ya se habrá figurado usted que ella lo explicaba con palabras distintas, propias de su condición humilde.

Recuerdo que a veces estaba sola en la cocina, ocupada en sus tareas domésticas,

y yo, desde el comedor, la oía murmurar de repente para sí:

—¡Qué vergüenza!

Envolvíamos jaboncillos los dos en silencio, y a ella le salía por la boca, sin poderlo evitar, una punta sonora de sus cavilaciones:

—Me muero de vergüenza.

Con su hija apenas hablaba por aquellos días; pero se conoce que de vez en cuando no lograba contenerse y le decía al pasar, con lacrimosa y brusca amargura:

—Por tu culpa no salgo de casa.

En cierta ocasión me hallaba cenando en compañía de mi tío y de mi primo, y mientras sorbíamos la sopa, cada cual con la mirada fija en su plato, nos llegaron de la habitación de Mari Nieves las chillonas reconvenciones de su madre. En esto, percibimos el sonido inconfundible que emiten las caras humanas, sobre todo las carnosas, cuando son golpeadas con la palma de la mano.

Julen se encaró entonces con su padre.

—Joder, igual que la policía. Vete a pararla.

—¿Yo? Allá cuidados.

—Pues entonces voy yo.

—Vete.

Pero en lugar de acudir en socorro de su hermana, mi primo dijo algo entre dientes y siguió tomando cucharadas de sopa con buen apetito.

A principios del 69 aún no sabían mis parientes a quién atribuir la paternidad del futuro miembro de la familia, y mi tía vociferaba y amenazaba, o bien, sacudida por súbitas ráfagas de emoción, proponía tratos con voz endulzada y hacía promesas y solicitaba milagros con la cara vuelta hacia el techo, sin que Mari Nieves, encastillada en largo y despechado mutismo, harta de que su madre la llamara puta, se dignase pronunciar el nombre que le reclamaban. Creían todos erróneamente, yo también, que callaba por tozudez, hasta que supimos que callaba porque no tenía respuesta.

Una tarde de aquellas, estando yo en la calle con amigos de mi edad, vino a casa don Victoriano a ruego de mi tía. Lo vi entrar en el portal, vestido de negro con sotana y bonete, acaso para impresionar a la muchacha dándole a entender que la visitaba en cumplimiento de sus atribuciones eclesiásticas.

Ni yo ni mi madre sabemos qué le dijo ni qué le dejó de decir; pero es el caso que no le faltó a don Victoriano ingenio ni autoridad para sonsacarle a Mari Nieves los nombres de sus inseminadores, de forma que cuando mi tía se hubo enterado de que no eran menos de tres se desplomó y el propio cura la tuvo que socorrer acercándole la botella de vinagre a la nariz.

—Pues con uno de esos te has de casar —le dijo mi tía, el cuello tieso, la voz autoritaria, a su hija por la noche—. Me da igual con cuál. Por mí como si lo echas a los dados.

Y volviéndose hacia su marido:

—Vicente, díselo tú a esta pendona.

—¿Qué quieres que le diga?

—Lo que un padre debería decir a su hija en una desgracia como esta.

Entonces mi tío, con aire de cansancio, le dijo a Mari Nieves que preguntara a alguno de aquellos chavales, al que más le gustase, si haría el favor de casarse con ella.

Mari Nieves, tomada de un llanto violento, no pudo responder. Mi tío le acarició el dorso de una mano, casi a punto de llorar, y le dijo en conclusión, compadecido:

—Haz caso a tu madre y así acabamos antes.

Una semana de plazo le concedió mi tía a Mari Nieves para que eligiera marido. Transcurrida la cual, la muchacha contó que ninguno de los posibles padres de su futuro hijo aceptaba unirse a ella en matrimonio.

—¿Y eso?

—Dicen que por gorda y fea.

—Ya será —le replicó su madre— porque te arrimas a cualquiera y no se fían. Pero no te preocupes, que esto lo arreglo yo. Hoy mismo te traigo un marido.

Mi tía acudió con pasos enérgicos a casa de los tres chavales que habían gozado de la tonta, como ella decía. Y en las tres casas dio rienda suelta a su desesperación, hizo reclamaciones que fueron rechazadas, escuchó historias relativas a su hija que confirmaron sus peores recelos y al fin no logró sino malquistarse con unos y con otros y contribuir a que el barrio entero se enterara de que Mari Nieves Barriola estaba preñada de no se sabía quién. Malas lenguas echaron a volar el bulo de que había tenido tratos carnales con un gitano.

Agria por demás fue la discusión en casa de Joserra, cuyo padre, un hombre de malas pulgas y ofensivo vocabulario, se insolentó con mi tía. La cubrió de injurias y acusaciones, y faltó poco para que le sentara la mano. Mi madre no conoce por desgracia más detalles. Créame que lo siento.

Por aquellos días, mi tía le dijo a su marido en mi presencia, con mueca despectiva:

—¡Vaya hombre, que no protege a su mujer!

A lo que él, rascándose la cabeza por debajo de la chapela, no le quiso contestar; pero como ella insistiera, él, por último, le dijo:

—Tienes razón. Si yo *sería* hombre no me levantaría a las cinco de la mañana para ir a trabajar.

—Y entonces ¿qué ibas a hacer?

—Quedarme en la cama. Que para lo que visto y jamo no hace falta trabajar todos los días ocho ni diez horas.

Mi tía Maripuy no era mujer propensa al desánimo. Perseveró en la obstinación de procurarse un yerno a toda costa, y en esas idas y venidas contó con el visto bueno del cura, a quien logró convencer para que actuara en su nombre por las casas donde ella había fracasado.

Don Victoriano pulsó timbres. No me cuesta imaginar que repartió bendiciones,

abogó, expuso y peroró arguyendo con palabras untuosas, locuciones enfáticas y citas de la Biblia en favor del sacramento matrimonial.

Aunque dudo que nadie se atreviese a alzarle la voz o le amagara un tortazo como a mi tía, terminó la ronda de visitas sin obtener otro provecho que lo que le hubieran dado de comer o de beber en cada una de las tres viviendas.

Se lo oí susurrar un sábado a la salida de misa en estos o parecidos términos:

—Maripuy, comprende que tu hija es mal partido.

—Mi hija trabaja y está sana.

—Sí, pero dista mucho de parecerse a la Venus de Milo.

—Mire, padre, yo no sé quién es esa señora ni me importa. Pero ayúdeme, por lo que más quiera, a arreglar el estropicio. Hágalo por la criatura, para que no la apadrine el demonio, que la tonta ya se apañará.

—Uf, el demonio a quien se va a llevar es a Mari Nieves.

—Por mí, cuanto antes. Vamos, que si quiere se la envuelvo en papel de regalo.

—¡Por favor, Maripuy, para ya de ofender al Señor!

Mi tía no cejó en su propósito hasta conseguir la ansiada recompensa. Hubo, pues, novio, compromiso matrimonial y boda, y fue de esta manera (y usted trece como considere oportuno los hilos del relato): que cuando llegaba yo una tarde del colegio y subía las escaleras de la casa vi salir del piso de mis tíos a Txomin Ezeizabarrena, que como sabe usted era un electricista de automóviles, vecino del barrio, hombre alto y fornido, buen *tokalari*, padre de familia numerosa y casado con una pobre mujer a la que una parálisis facial le había dejado el morro, con perdón, torcido.

Y otro día en que llovía a cántaros y soplaba un ventarrón de cuidado, mi tía me apremió a que dejara de envolver jaboncillos y me fuera a jugar a la calle. Yo quise decirle que prefería quedarme en casa, pero no me dejó hablar.

Por ser pronto, el centro Ibai se hallaba cerrado. Conque corrí a refugiarme de la lluvia bajo el saliente de un balcón, y estando allí, solo y expuesto al frío, vi entrar a Txomin Ezeizabarrena en el portal de casa de mis parientes y salir de él al cabo de veinte o treinta minutos.

Que yo sepa, hubo por aquellos días una tercera visita de la misma naturaleza. En todas coincidió que mi tía estaba sola en casa y Txomin Ezeizabarrena la fue a ver sin su caja de herramientas. Piense usted lo que se le antoje, que es lo mismo que me dijo mi madre a mí cuando se lo conté.

Mi tío Vicente no debía de estar del todo ignorante de las conversaciones de su mujer con aquel vecino. Lo digo porque una noche, durante la cena, preguntó:

—¿Qué te ha dicho Txomin?

Y mi tía, sin mover una pestaña, le respondió:

—Está de acuerdo.

Este Txomin Ezeizabarrena tenía varios hijos, y uno de ellos, de la edad de mi primo, era de cortos alcances, por no decir directamente que padecía retraso

intelectual, aunque a primera vista no se le notara. Aprendía el oficio de electricista con su padre en un taller de coches. Se llamaba Anselmo, pero casi todo el mundo le decía Chacho. Me consta que no tenía imaginación ni para figurarse una mujer desnuda y desde luego, con mi prima, que lo detestaba como sólo se puede detestar a un animal repelente, no había intercambiado jamás una palabra. Chacho tenía las mejillas punteadas de acné, el labio inferior colgante, las orejas de soplillo, las uñas negras y el pelo ralo y grasiento, y cuando Mari Nieves se enteró de que la querían casar con aquel chaval poco agraciado del que muchos, en el barrio de Ibaeta, empezando por Julen, se burlaban, amenazó con escaparse de casa.

Mi tía se apresuró a mostrarle la puerta abierta.

—¡San Dios! —le dijo—. ¿A qué esperas?

La cosa estaba decidida, contaba con la aprobación del cura y de nada le valió a mi prima llorar y protestar. La vi un día de rodillas en la cocina, suplicándole a su madre, con los ojos arrasados en lágrimas:

—No me hagas esto, amá. Con cualquiera menos con Chacho. Que es muy feo, que la gente se va a reír de mí.

—¿Y tú eres guapa?

—Amá, que es medio tonto.

—Pues por eso. ¿O te crees que uno más listo habría de cargar con lo que llevas en la barriga?

Mi prima se puso de pie profiriendo tales gritos que debieron de oírse en toda la vecindad. Se tiraba con fuerza del pelo y dijo:

—Nunca seré feliz. ¡Nunca! ¿Es eso lo que quieres?

—Lo que yo quiero —le replicó mi tía con aspereza— es que seas decente.

Apunte 15

*T*RATAR de averiguar en qué portal vivía. Si no lo averiguo, omito el número, qué más da. El portal es buen escenario para un encuentro de estas características, a medias casual, a medias previsto. Dos o tres frases introductorias del episodio: media tarde, claridad, dos vecinas delante de la puerta. Las típicas chismosas.

—¿De verdad? Ay, chica, no me digas.

—Como lo oyes. Lo contaban esta mañana en la tienda. Es cosa segura, aunque difícil de creer.

—No deseo mal a nadie. Pero hay que reconocer que la Maripuy es una estirada.

—Pues ahí tiene su lección para que se le vayan bajando los humos.

Breve descripción de las dos. La una con rulos y bata, la otra de luto. Meter vasquismos y faltas gramaticales propias de la zona en la conversación, pero sin propasarse. No olvidemos que la novela deberá contener una historia poblada de gente humilde, con poca escuela. Humilde no equivale a miserable. Comíamos a diario y nos lavábamos (unos más que otros). Deberé adaptar el lenguaje a la condición social de los personajes. Esto es importante. Ojo sobre todo con las palabras y locuciones hoy corrientes pero que entonces aún no se habían inventado.

Apunte 16

CHACHO, en realidad, se llama Anselmo Ezeizabarrena Lopetegui. ¿Por qué lo llamarán con aquel apodo más apropiado para un perro? Misterios del arrabal. También lo llaman Anselmito. Su madre, cuando era pequeño, solía asomarse a la ventana para llamarlo a la manera de las madres de entonces: Anselmitoooo. Chacho baja ahora la cuesta, las manos en los bolsillos de sus pantalones (¿de mahón?), los pasos desgarrados, alpargatas. Obeso, fondón, va silbando una melodía popular. Pasa cerca de un gato. El gato se lo queda mirando con la habitual suspicacia de su especie. Es un gato de este o el otro color, salpicado de costras escamosas, con una oreja desgarrada. Un gato tiñoso, suburbial. El gato mira con fijeza a Chacho, pero Chacho no mira al gato. Desde una ventana, no se sabe cuál, una voz infantil grita en son de burla: ¡Chacho! Chacho saluda con la mano en la dirección del grito aunque no ve a nadie.

Apunte 17

CHACHO trata de entrar en el portal. Hábilmente, haciéndose la torpe, la vecina de la bata se interpone en su camino y le impide pasar.

VECINA DE LA BATA: Anselmito, majo, enhorabuena. Ya nos hemos enterado. Chacho sonrío bobalicón. Da las gracias.

VECINA DE LUTO: ¡Quién lo iba a decir, tan joven y ya comprometido! Estarás muy enamorado, ¿verdad?

CHACHO: Sí.

VECINA DE LA BATA: ¿Ya tenéis fecha para la boda?

CHACHO: No sé.

VECINA DE LUTO: Chica, ¡qué preguntas haces! Será en primavera, cuando haga buen tiempo, ¿verdad, Anselmito?

CHACHO: No sé. Preguntar a mi aitá.

VECINA DE LA BATA: ¿Tenéis nombre para la criatura?

CHACHO: Nombres hay, pero aún estamos pensando.

Desde uno de los pisos superiores se oye, a través del hueco de la escalera, la voz de una mujer con problemas para vocalizar.

VOZ: Oye, dejar al chico en paz.

MUJER DE LUTO: Tranquila, que no te lo vamos a comer.

VOZ: Sube a casa ahora mismo, Anselmo.

Chacho pasa entre las dos vecinas. Comienza a subir pesadamente los escalones. Antes de llegar al primer piso se pone de nuevo a silbar.

Dado azul

JUGÁBAMOS a fútbol en una hondonada que había junto al río. Eran partidos sin árbitro que enfrentaban durante varias horas a dos muchedumbres de chiquillos; partidos que se alargaban, perdida la cuenta de los goles, hasta que la oscuridad del anochecer hacía invisible la pelota o se consumaba una deserción masiva de jugadores llamados a cenar por sus madres asomadas a las ventanas.

Con frecuencia el balón caía al río y, para recuperarlo, había que llegarse hasta la trasera del centro Ibai, a unos cincuenta metros de distancia, donde el agua se remansaba detenida por un grueso tronco atravesado en la corriente.

Una tarde de aquellas me tocó ir a buscarlo porque decía el que lo había tirado que lo había tirado yo, y eso no era verdad, pero como lo repetían unos amigos suyos y, al fin, me pareció que había un interés general por que yo fuera a buscar el balón, fui.

De vuelta, entre los arbustos de la orilla, oí que me chistaban, y al alzar la vista vi que me llamaban por señas, desde lo alto del ribazo, dos chavales mayores, amigos de Julen; uno de los cuales, señalando un Seat 600 aparcado en una fila de automóviles, frente al portal de la casa de mis tíos, me dijo con mucho misterio:

—En aquel coche hay dos secretas. Dile a tu primo que lo andan vigilando.

Yo así lo hice por la noche, cuando Julen vino a dormir. No dio muestras de que el aviso lo inquietase; ni siquiera le interesó saber quién me había pedido que se lo transmitiera. Todo lo que dijo, degustando en la cama el último cigarrillo de la jornada, fue más o menos esto que a continuación transcribo:

—Será porque no respondo a una carta que me han mandado. Pero yo no voy a hacer la mili. A mí no me da la gana de ponerme firmes en el ejército de Franco. Si yo empuño un arma será por Euskadi, la única patria que reconozco.

La presencia del 600 se prolongó durante varias tardes seguidas. No estaba claro que tuviera que ver directamente con mi primo, ya que a veces los dos hombres sentados en su interior se apostaban cerca de otros portales.

Una noche, cenábamos todos juntos, mi tío le dijo de pronto a Julen:

—Tú no andarás en política otra vez, ¿eh? Que no me entere yo.

—Y si te enteras, ¿qué?

—Bueno, tú no te metas.

A comienzos del año 69 aún regía en la provincia de Guipúzcoa el estado de excepción, pronto extendido a toda España. Hasta mis oídos habían llegado en repetidas ocasiones aquellas palabras cuyo significado exacto desconocía. No obstante, uno de los frailes del colegio, preguntado por los alumnos, nos proporcionó ciertas explicaciones no del todo adaptadas al entendimiento infantil, de las que yo tan sólo había sacado en claro una conclusión: que había que tener cuidado con la policía.

Mi tío Vicente me lo confirmó por la noche en casa:

—Mira, sobrino, eso es que la policía puede hacer lo que le salga de los cojones. O sea, como siempre pero aún más.

Por entonces ponía intranquilos a mis parientes la posibilidad de que Julen volviera a ser detenido. En todas partes se hablaba de registros domiciliarios, de redadas, de palizas en los sótanos de las comisarías. No sé usted, pero a mí me entraba un estremecimiento de miedo cuando veía pasar por las calles de San Sebastián hileras de vehículos de la Guardia Civil o de la Policía Armada.

Aquellos bigotes, ¿se acuerda? Aquellas miradas duras, las porras y los cascos, las armas que a mi imaginación adolescente le costaba concebir fuera de las películas de indios y vaqueros. Este pensamiento se lo declaré a mi tía a la vista de varios furgones policiales, saliendo ella y yo un sábado por la mañana del mercado de San Martín.

—Pues hazte cargo —me respondió— de que nosotros somos los indios, y esos señores de uniforme, los vaqueros.

Mis tíos, no le quepa la menor duda, ignoraban las actividades en que su hijo estaba implicado; pero, ojo, no eran tontos, tenían sus barruntos y presentían que Julen, en compañía de Peio Garmendia y de otros amigos y compinches, hacía algo que podría acarrearle serios problemas con las autoridades del régimen.

Recuerdo a mi tío Vicente en la cocina, taciturno, abstraído, meneando de vez en cuando la cabeza al modo de quien se muestra disconforme con alguna cosa oída en sus cavilaciones.

Podía suceder que preguntase de repente:

—¿Y el hijo?

—No ha venido —le respondía su mujer fingiéndose tranquila.

La cabeza gacha, las manos callosas de obrero fabril, mi tío se quedaba mirando fijamente el plato como si buscara señales de Julen entre los fideos.

—Vicente —le decía mi tía—, ¿no comes?

—¿Eh?

—Que se te va a enfriar la sopa.

—El caso es que no tengo ni gorda de hambre.

—No te estarás poniendo enfermo, ¿eh?

—Pues igual.

Y ella, consciente de lo que preocupaba a su marido, por levantarle el ánimo le decía:

—Bueno, bueno, ya vendrá.

Por aquella época, Julen pasaba muchas noches fuera de casa, también en los días laborables, sin que su familia supiera por dónde andaba ni con quién, y cuando por fin reaparecía, ojeroso, desaliñado, muerto de sueño, se apresuraba a mostrar mediante movimientos displicentes de la mano que no pensaba responder a preguntas sobre su vida privada. Su madre, siguiéndolo hasta la habitación, insistía.

—Por lo menos habrás ido a trabajar.

—Puede.

Lo cierto es que mis tíos no sabían nada de las correrías de su hijo ni daban con el modo de sonsacarle información. Me percaté de que Julen, por las noches, acostado en su cama, aunque todavía gustaba de entablar conversación conmigo, eludía revelarme pormenores de sus actos.

Ya no se jactaba como antes de haber bebido tantas y cuantas copas, ni de haberle ganado una apuesta a fulano o una partida de pelota a mengano.

De pronto se arrancaba con frases enigmáticas del tipo:

—Acción-represión-acción. Dime, Txiki, ¿tú sabes lo que es eso?

—No.

—No te preocupes —sonreía guiñándome un ojo—. Algún día lo sabrás.

O estas otras, que al punto atribuí a su talante bromista:

—Tarde o temprano habrá en esta ciudad una calle con mi nombre. Ya estoy viendo la placa: Julen Barriola *kalea*. Y si me apuras hasta una estatua en la plaza de Guipúzcoa, junto al estanque de los patos: Al héroe Julen Barriola. ¿Cómo se dice héroe en euskera?

Me encogí de hombros.

—Menudo primo te ha tocado, ¿eh? La gente te parará por la calle para felicitarte, ya lo vas a ver.

Cierta noche, a principios de aquel año, nos sacó a todos de la cama, y fue de esta manera: que entró en casa a horas indispuestas dando trompicones, pero no borracho; profiriendo gemidos y llamando con voz entrecortada a su madre. Y salimos todos, uno tras otro, alarmados, descalzos y en ropa de dormir al comedor, y vimos que traía la mano derecha envuelta en unas tiras sanguinolentas de su propia zamarra.

Justo él que venía lloroso y lastimero mandó que no hiciéramos ruido para no llamar la atención de la vecindad y, entre mecagüendioses, putas hostias y otras blasfemias por el estilo, la cara contraída de dolor, le rogó a su madre que lo curase.

Mi tía y Mari Nieves, que por esos días no se hablaban o solamente lo hacían para levantarse la voz, estuvieron de acuerdo en que convenía despertar a algún conocido del barrio que tuviese coche y pudiera llevar a Julen sin falta al hospital. Mi primo replicó irritado que si alguien, fuera de nosotros, se enteraba de lo que le había ocurrido, él se tendría que ausentar por fuerza de casa durante una larga temporada o para siempre. A este punto, incluso yo, a mi corta edad, deduje que Julen debía de haberse puesto a malas con la ley.

Mari Nieves, por orden de su madre, fue a llenar una palangana con agua caliente y después a limpiar las posibles manchas de sangre que hubiese en las escaleras del edificio. Mi tía retiró entretanto las tiras de tela. Al descubierto quedó una desgarradura que tenía mi primo en el pulpejo de la mano, debajo del dedo pulgar, por la que asomaba la carne viva. Mi tío dijo nada más ver la herida:

—A ti te han pegado un tiro.

Julen se apresuró a negar mediante una sacudida vehemente de la cabeza.

—Pues si no te han pegado un tiro, te lo has pegado tú enredando con un arma.

A Julen le sobrevino una arcada. Mi tía intercedió:

—Vicente, no empeores las cosas. Vete a la cama.

Mi tío se volvió obediente a su habitación. Por el trayecto dijo:

—Este anda con pistolas.

Una vez que hubo lavado la herida, mi tía procedió a desinfectarla con alcohol de farmacia, y para ello vertió el contenido de una botella de medio litro en un cuenco, dentro del cual sumergió a continuación la mano maltrecha de mi primo. Este apretaba los dientes tratando de ahogar las quejas. Pasados unos instantes, se conoce que ya no era capaz de resistir el dolor. Intentó entonces sacar la mano del líquido mordiente, pero su madre se la mantuvo apretada sin compasión contra el fondo del recipiente.

—Lo que tarde en rezar dos avemarías has de tener la mano en remojo.

—¡Amá, hostia!

—Que no se diga, Julen. ¡A tu edad estos remilgos!

Los ojos de mi tía repararon de pronto en mí, que estaba observando la escena desde un rincón.

—¿Qué haces levantado a estas horas?

Mandó que me acostara de inmediato. Al cuarto de hora, sobre poco más o menos, sentí llegar a Julen y tumbarse encima de su cama sin encender la luz, desvestirse ni apartar la colcha. No fumó; tampoco me dirigió la palabra ni se dedicó a sus ejercicios masturbatorios bajo la manta, quizá por no tener en condiciones la mano de darse gusto.

Un rato después lo oí hablar dormido, a la manera de los que deliran. Picado por una intensa curiosidad, presté atención a sus rumores y balbuceos en la esperanza de que delatasen lo que le había sucedido aquella noche; pero me fue imposible discernir nada semejante a una palabra entre los ruidos confusos que salían de su boca.

De amanecida se fue a trabajar con la mano vendada, y por la noche, durante la cena, sin que ninguno de mis parientes se lo hubiera preguntado contó que de víspera, subiendo en moto con un amigo al barrio de Ayete, habían tenido un accidente y a él se le había incrustado una piedra en la mano. Sus padres escucharon el episodio sin decir nada. Tan sólo mi tío le preguntó al final si su amigo se había hecho daño.

—No, ese ha tenido suerte.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—¿Qué más te da, aitá, si no lo conoces?

Terminada la cena, Julen salió a la calle como acostumbraba. No bien se apagó el ruido de sus pasos en las escaleras, oí a mi tío decir:

—Una piedra, sí, sí. Este anda con pistolas, Maripuy. Si lo sabré yo.

—¿Tú qué coño vas a saber?

—Cualquier día tendremos un disgusto.

—Hala, cállate, que estás más guapo.

Y ahora sí, ahora ha llegado el momento de relatarle el episodio (supongo que fue la comidilla del barrio cuando se produjo) que usted dijo conocer a medias la última vez que nos vimos y por el cual me confesó que experimenta un vivo interés.

Corría el 1 de marzo de 1969, un sábado de nubes y claros, de tiempo fresco, tirando a frío. Se celebra en tal día la fiesta anual del Ángel de la Guarda. Yo había subido hasta la ermita a primera hora de la tarde para comprar por encargo de mi tía media docena de rosquillas blancas en uno de los puestos de la pequeña feria.

Gracias a que por cumplir aquel mandado me acerqué al lugar, supe más tarde encontrar a Julen con rapidez, pues lo había visto junto a sus amigos y unas chicas para mí desconocidas, compartiendo todos una bota de vino y bailando a la manera tradicional delante del tablado sobre el que un hombre tocaba el acordeón y otro ponía la voz y lo acompañaba con una pandereta.

Una ráfaga de timbrazos rompió la paz de casa pasadas las cinco de la tarde. A dicha hora tan sólo mi tía y yo estábamos en la vivienda. Sentada a la mesa del comedor, ella confeccionaba una de tantas prendas de punto para el nieto venidero, mientras escuchaba la radio (algunas zonas de España habían sido sacudidas de víspera por un terremoto sin graves consecuencias). Ajeno de preocupaciones y de tareas escolares, yo jugaba a los ciclistas en el suelo de mi habitación.

Nuestra vecina del piso de enfrente había visto por la ventana que varios furgones de la Policía Armada se habían detenido delante del portal y, recelando que los agentes venían a registrar nuestra casa, como así era en verdad, se apresuró a ponernos sobre aviso.

—Maripuy, los grises. Mira si te da tiempo de esconder alguna cosa mala de tu hijo.

Dicho lo cual, se volvió a su casa, y transcurridos seis o siete largos minutos, sonaron gritos conminatorios en el descansillo y, en vez del timbre, unos recios manotazos contra la puerta.

Mientras esperábamos la llegada de los policías, mi tía aprovechó para colocar aquí y allá diversos objetos religiosos, así como una banderita de España con su pequeño legionario y su mástil sujetos a una base de escayola. Nunca antes había visto yo el patriótico chirimbolo. Imagino que lo compró a escondidas en previsión de que aconteciera lo que finalmente aconteció.

¿Por qué le costó a la policía tanto tiempo subir al piso de mis tíos? La tardanza, como después supimos, se debió a un fallo grotesco que cometieron los agentes, y fue de este modo: que llamaron por equivocación al segundo derecha, justo debajo de nosotros, donde, para más inri, vivía un matrimonio mayor con el cual mis tíos no se hablaban. Total, que en aquellos momentos los inquilinos se hallaban ausentes, lo cual fue interpretado por los policías como señal de que no les querían abrir la puerta y, en consecuencia, después de unos cuantos gritos y amenazas, la derribaron.

Cuando sonó el estruendo, mi tía se encontraba a mi lado.

—¡Tratar de esta manera a la gente humilde! —murmuró.

Su cara traslucía una especie de serenidad enojada. Admito que no sé expresar esto con precisión; pero, fuera como fuese, yo no la dejaba de mirar por cuanto algo que emanaba de sus facciones (¿dignidad, temple, contención?) y, sobre todo, de sus ojos, me preservaba del miedo.

De pronto apretó contra la palma de mi mano mil trescientas pesetas en billetes enrollados y, mandándomelos esconder en el bolsillo del pantalón, me dijo que a la menor oportunidad saliera en busca de Julen y no volviese a casa sin haberle entregado antes aquel dinero. Me preguntó si la había entendido; respondí que sí. No me dio mayores explicaciones ni me pidió que le transmitiera mensaje alguno a su hijo.

Un rato después la casa se llenó de policías.

—¿Adónde va este niño?

—No vive aquí.

—¿Cómo que no vive aquí?

—Es el hijo de una vecina.

El policía me clavó una mirada feroz.

—Esfúmate, chaval, no sea que me empiece a disgustar la cara de mono que tienes.

Dos o tres metros más allá me cerró el paso otro policía.

—¿Adónde *cohone creej que vaj*, eh?

Y el anterior le contestó:

—Déjelo, Gutiérrez. No vive en esta pocilga.

Salí a la calle sin prenda de abrigo y con las zapatillas de casa, y a todo lo más correr que pude, pisando por medio de los huertos con pensamiento de hacer el camino más corto, me llegué monte arriba hasta la ermita del Ángel de la Guarda.

Enseguida divisé a Julen con su cuadrilla de amigos, atentos todos a un duelo jocoso de bersolaris. Viéndome llegar apurado, y quizá por otras señales de mi cara, comprendió que le traía malas noticias. Tras llevarse un dedo a los labios en demanda de silencio, me indicó que lo siguiera hasta detrás de una meta de heno, en el borde de la carretera, donde sin que nadie me pudiese escuchar, jadeante y con el corazón alocado, le conté lo que pasaba en casa y le di el dinero.

Visiblemente nervioso me susurró al oído que hiciera venir a Peio Garmendia. No sé qué hablaron los dos detrás de la meta, no volví a ver a mi primo sino transcurrido un largo tiempo, y lo último que me dijo, después de estrecharme entre sus brazos y antes de perderse de vista por la cuesta abajo en compañía de Peio Garmendia, fue:

—Txiki, eres un buen *gudari*. —Y, volviéndose a su amigo, agregó—: ¿A que sí?

Pero Peio Garmendia no estaba con ánimo de emociones y despedidas.

—Déjate de hostias y vámonos.

Entre temblar de frío o temblar de miedo, escogí la primera opción, y por dicho motivo no regresé a casa de mis parientes sino cuando ya el cielo era más negro que

morado. Tuve la prudencia de comprobar de lejos que no quedaban furgones de la policía delante del portal.

Me encogió el corazón encontrar a mi tío llorando en la cocina, con la cabeza entre las manos. Lloraba, se lo juro, con unos gemidos roncós de niño grande. Por primera vez, que yo sepa, salvo en las contadas ocasiones en que se lo hubiera impedido algún problema de salud, no acudió como todos los sábados a su sociedad gastronómica.

A mi llegada todavía reinaba el desorden en la vivienda: cajones volcados, ropa desparramada, camas deshechas. Mi tía por un lado y Mari Nieves por otro se atareaban por restituir cada cosa a su sitio.

Al verme, mi tía me preguntó con sequedad:

—¿Has hecho lo que te he pedido?

Mi respuesta no bastó para desenojar sus cejas; pero sé, porque no podía ser de otro modo, que la esperaba y le debió de procurar alivio.

No quiero robarle a usted tiempo ni fatigar su paciencia haciéndole una descripción pormenorizada del desorden y los destrozos que encontré en mi habitación. Créame, habría sido necesario un terremoto de notable magnitud para dejarla como la dejó la policía.

Hasta el día siguiente, con la claridad de la mañana, no pude llevar a cabo el recuento de mis ciclistas: seis rotos, supuse que pisoteados; uno del equipo de Eddy Merckx descabezado y algunos torcidos que mal que bien conseguí enderezar.

El dado, un dado azul celeste con los puntos dorados, por el que yo sentía especial apego, no lo encontré, ni ese día ni nunca, y no será porque no mirase y remirase debajo de los muebles, en todos los recovecos y, en fin, por toda la casa.

Ya sé que la pérdida de un juguete es la cosa menos parecida a un acontecimiento histórico, que no vale nada frente al sufrimiento de tantas personas durante la dictadura aquella que tuvimos y que a usted no le puede interesar para su libro. Pero, mire, a mí me dolió sobremanera, dejándome dentro de la boca un sabor seco, arenoso, a injusticia que no he olvidado.

Por aquel entonces, cuando veía policías por las calles, los miraba con la secreta, con la candorosa esperanza de adivinar cuál de ellos se habría apoderado de mi dado azul, y soñaba que al pasar cerca de mí se le caía al suelo sin darse cuenta y yo lo recuperaba.

Seis años después, cuando murió el Generalísimo, le pedí a Dios muy seriamente, en el curso de una de las últimas misas a las que recuerdo haber asistido, que lo primero de todo le pidiera cuentas a aquel señor, jefe de todos los policías de España, por el hurto de mi dado.

Nunca sabré si fue atendida mi petición.

Apunte 18

ACCIÓN: frente a la villa de Tres Forcas (detalle localista tal vez poco significativo y por tanto superfluo, puesto que la casa fue derribada hace muchos años y no podría mencionarse en la novela sin añadir alguna explicación, lo cual es paja), a las afueras del barrio, hay un huerto (higueras, manzanos, quizá perales) circundado por una tapia de piedras colocadas a hueso. La parte trasera colinda con una balsa. Ranas (¿en marzo?), juncos, ya veré. Allí, casi a ras del suelo, en un escondrijo tapado con hierbajos, guarda Julen Barriola una vieja pistola Astra del 7, 65, medio oxidada y sin munición.

Tesis de Peio Garmendia: perdemos el tiempo. Ya deberíamos estar lejos. ¿Para qué quieres una pistola si te faltan las balas? Como nos pare la policía y te la encuentren estamos perdidos. No es hora de jugar a guerras tontas, sino de poner tierra por medio.

Tesis de Julen Barriola: la pistola me da seguridad. Nos puede sacar de apuros. Apuntamos a un taxista y viajamos gratis. Apuntamos a unos ciclistas y les quitamos las bicis. Apuntamos a un policía o a un guardia civil, le exigimos su pistola y así tenemos una que vale. También la puedo usar para pegarte con la culata en la coronilla porque me estás hinchando las pelotas.

Consecuencia: primer enfado entre los dos huidos.

Apunte 19

ACCIÓN: *se paran a pensar. Sitio propicio para un diálogo a salvo de miradas y oídos ajenos. Aunque me cueste, haré lo posible por resistir la tentación de meterlos en una escena risible a lo Valle-Inclán. Cuentan el dinero. Mil trescientas pesetas que le ha dado a Julen su amatxo, más lo que pudiera llevar cada uno en el bolsillo. Esto hace cierta cantidad que determinaré en su momento. Ni tan excesiva que les permita vivir con lujo, ni tan corta que les impida pasar razonablemente los primeros días de fuga.*

Tesis de Peio Garmendia: hacemos caja común. Este dinero es de la causa. A un hostel no vamos. ¿Cenar? Unos bocadillos. Hay que tirar lo más que se pueda con lo que tenemos hasta que ya no nos puedan coger.

Tesis de Julen Barriola: mi dinero me lo puede confiscar Euskadi ta Askatasuna. Tú, no. Vamos a escote, de acuerdo, porque somos amigos, pero yo decido lo que se hace con lo que me ha dado mi madre. No intentes jugar a jefe conmigo. Y para que sepas: tengo hambre, tengo sed y no quiero ir a dormir al monte con el frío (con el puto frío) que hace.

Consecuencia: fuertes reproches de Peio, que amenaza con marcharse por su cuenta. Una hora andando por San Sebastián sin dirigirse la palabra. Se ponen de acuerdo para abastecerse de tabaco en abundancia. Se reconcilian exhalando bocanadas.

Apunte 20

DE anohecida, los dos amigos llaman al timbre en un domicilio de la calle 31 de Agosto (por ejemplo). Una mujer: No está, no ha vuelto, ¿quiénes sois?, esperad en la puerta de San Vicente. Toman vino en dos bares cercanos. Peio Garmendia insiste en pagar una ronda. Conato de discusión que no prospera. A las nueve y cuarto se acerca X al atrio de la iglesia, les hace una seña con disimulo y ellos lo siguen durante largo rato, como a cincuenta pasos de distancia, hasta un lugar recogido del monte Urgull.

X: Bronca. ¿Cómo se os ocurre ir a mi casa, cabrones? Sois unos aficionados, etcétera. ¡A que no os ayudo (aquí una blasfemia)! Tengo mujer y tres hijos, ¿eh? ¡Cómo se os ocurre!

ELLOS: Perdona, necesitamos a alguien que nos lleve al otro lado y una dirección allí.

X: ¿No sabéis nadar o qué? Pues pasar el Bidasoa a nado.

ELLOS: Si nos pescan, nos sacarán información a hostias. Seguro que decimos dónde vives.

X: Mañana aquí a la misma hora.

ELLOS: ¿Mañana?

X: Mañana si hay suerte. No prometo nada.

ELLOS: ¿Y dónde dormimos? No podemos volver a casa.

X: Dormir es fácil. Sólo hay que cerrar los ojos. No moveros del monte. No estar juntos, joder, que llamáis la atención más que un burro verde. Uno aquí y otro por allá arriba. Igual tenéis suerte y llueve y podéis beber. Y, si no, joderos.

Fin del pasaje: a las once de la noche bajan a la Parte Vieja. Comen un bocadillo y beben vino. Al principio hacen como que no van juntos. Luego les da igual. A la hora en que empiezan a cerrar los bares, Peio Garmendia propone ir a la Estación del Norte. Al cruzar la Avenida de España ven una fila de furgones de la policía. Nadie les echa el alto. Bastante borrachos, pernoctan en el interior de un polvoriento vagón de mercancías parado en una vía muerta.

Apunte 21

A horas avanzadas, en el vagón. Oscuridad completa.

JULEN: ¿Qué pasa? ¿Por qué me despiertas?

PEIO: Ponte los zapatos ahora mismo.

JULEN: ¿Has oído algo? ¿Viene alguien?

PEIO: Que te los pongas, redíos. No sé para qué llevas pistola si con el olor de tus pies podrías matar a un elefante.

Escena quizá demasiado chusca, aunque nunca se sabe. Anotada queda por si se le pudiera sacar provecho literario.

Apunte 22

ACCIÓN: bajan del autobús de línea junto al puente sobre el Bidasoa, donde arranca la carretera que conduce a Lesaca (hoy Lesaka). Es un sitio muy expuesto. Dominios de la Guardia Civil. El autobús continúa su viaje hacia Elizondo. Ellos se quedan solos. Sucios, desaliñados, sin equipaje, es imposible que no levanten sospechas. Paraje natural, pájaros, densas arboledas, silencio, todo ello embutido en una breve descripción. Deciden apartarse de la carretera, que transcurre pegada al río. Un silbido. Sin duda los llama el mugalari, pero ¿desde dónde? Al otro lado, ladera arriba, entre los pinos, algo se mueve. Un pañuelo blanco. Un brazo. Una chapela. Una cara. Allí está. Vamos. Espera. Ruido de motor. Se acerca un coche. El coche pasa.

Saludo en euskera.

ÉL: ¿Barriola y Garmendia?

Asienten.

ÉL: Detrás de mí (o a la manera de la tierra: detrás mío) y ya no hablamos más, ¿eh?

El terreno es escarpado. Caminan en fila india, por angostas veredas que serpean entre los helechos y los troncos innumerables. Imitan al mugalari. Si el mugalari se para, ellos también. Si aprieta el paso, si disminuye la velocidad, ellos lo mismo. Tardan alrededor de una hora (o algo menos) en subir hasta la frontera con Francia. Si no me equivoco, subiendo desde la carretera que va a Santesteban y Elizondo son como tres kilómetros en línea recta (comprobar el dato antes de redactar el capítulo correspondiente). De ahí para allá es Francia, dice señalando con el dedo algún detalle orográfico poco distante. Le dan las gracias, le dan la mano. El mugalari se vuelve por donde ha venido. Julen y Peio solos en suelo francés. Lo primero de todo, encender un cigarrillo.

JULEN (al par que echa humo): La libertad.

PEIO: ¿Por qué no le has dado una propina al mugalari? Aunque fueran dos duros. Mira que eres taba.

JULEN: Pero ¿qué dices? Esto es una lucha armada, no un paseo de turistas. ¿A nosotros alguien nos da algo por el sacrificio que hacemos?

PEIO: El pobre hombre seguro que no ha ido a trabajar por traernos aquí.

JULEN: Pobres hombres somos nosotros, que llevamos dos días como perros vagabundos, comiendo de puta pena, cagando en la calle, helados de frío y con la ropa hecha un Cristo.

PEIO: Pues no haberte metido en esto.

JULEN: Me lo había imaginado diferente.

Desenlace del episodio: se adentran en Francia discutiendo. Antes de llegar al primer pueblo, ya no se hablan ni se miran.

Los casaron

PUES sepa usted que en las ocasiones especiales mi tía acostumbraba asar un pollo de caserío, y como no le gustaba que le diesen a elegir entre pocos y acaso viejos, en lugar de comprarlos en los puestos del mercado lo hacía en un caserío de las proximidades de Ibaeta, llamado Errotaburu.

Me ofreció acompañarla unas cuantas veces y por distraerme acepté. En el corral del caserío la veía discutir el precio con la casera, la una más tozuda que la otra, y no he olvidado el día en que nos marchamos sin el pollo porque entre las dos no llegaban a un acuerdo. Cuando casi habíamos terminado de bajar la cuesta, oímos que la casera nos llamaba desde arriba agitando el pollo en el aire y diciendo a gritos, en castellano defectuoso, que aceptaba la oferta de mi tía.

Los pollos los llevábamos a casa atados por las patas. Yo jugaba con ellos haciéndolos correr por el balcón. La víspera de cocinarlos mi tía les rebanaba el pescuezo en el fregadero y, cuando se habían desangrado, me dejaba desplumarlos. Esto entonces era normal y yo ni siquiera lo sentía como cruel; pero prefiero que mis hijos no lo sepan.

Traigo lo del pollo a colación debido a que mi tía decidió asar uno el domingo en que Chacho fue invitado a comer a la mesa de mis parientes en calidad de prometido de Mari Nieves.

No era la primera vez que ponía los pies en casa. Convenida la boda con mi prima, al chaval le había dado por hacerse el encontradizo en la parada del trolebús, donde esperaba a mi tía para llevarle las bolsas de la compra, y de esta manera se esforzaba por reunir méritos y caer bien.

Le decía mi tía a su hija, estando las dos solas y yo cerca:

—Te saldrá buen marido, alégrate. Lo mismo que carga a gusto con mis bolsas cargará con la criatura y con todo lo que le echas.

Chacho, en aquellas ocasiones, apenas permanecía unos minutos en la cocina. Mi tía le daba de beber (era un apasionado de la gaseosa) y, enumerándole los quehaceres que tenía pendientes, lo apremiaba a apurar el vaso y marcharse. Mari Nieves, a menos que su madre la llamara, no salía de su habitación para saludar al hombre con quien se casó poco tiempo después.

Pero a lo que iba. Aquel domingo del pollo asado fue el de la presentación formal de Chacho como futuro miembro de la familia. Yo ayudé a poner el mantel, la vajilla y las servilletas sobre la mesa del comedor. A Mari Nieves le tocó quitar el polvo a los muebles, lo que hizo de mala gana, y a mi tío Vicente traer unos pasteles encargados en una pastelería del barrio de El Antiguo. Por el camino se le aplastaron; pero nadie se lo recriminó por no agrandarle la pena que lo corroía desde la desaparición de Julen, de quien llevábamos dos semanas sin recibir noticias. Ignorábamos su paradero, si lo habrían detenido, si estaría bien de salud, si vivía. Con

el fin de procurarle protección divina, ardía en la habitación de mis tíos, encima de la cómoda, una vela colocada junto a una estampa de santa Rita.

Chacho llegó puntual, enfundado en un traje de su padre, el pantalón demasiado largo; la americana demasiado grande, además de gastada; la corbata rugosa, con el nudo mal hecho. En el momento de servir el café, mi tía descubrió que se le había picado la leche. Meses después aún atribuía el percance a la excesiva agua de colonia que se había puesto el invitado.

Se notaba que recientemente un peluquero apenas celoso en el cumplimiento de su oficio le había o bien achicado la cabeza, o bien agrandado las orejas. Mostraba, además, en las mejillas punteadas de acné y en el cuello salpicado de barrillos unas cuantas desolladuras debidas a su impericia en el manejo de la cuchilla de afeitar. En su favor diré que se había lavado más de lo que solía: ni se le veían las uñas negras ni grasiento el poco pelo que le había dejado el peluquero.

Entregó a Mari Nieves, sin atreverse a mirarla a los ojos, un paquete de regalo cuyo contenido no llegué a conocer. Ella se lo agradeció con sequedad; tras darle vueltas entre los dedos durante la breve y embarazosa conversación, lo depositó, sin tomarse la molestia de abrirlo, encima de la carbonera, donde seguía intacto al día siguiente.

No se estrecharon la mano, no se besaron, no los vi en ningún momento hablar a solas como es normal que se hablen los novios cuando se apartan para intercambiar intimidades.

Pronto cometió Chacho la primera torpeza, y fue de este modo: que no se le ocurrió sino tomar asiento junto a mi tío Vicente sin esperar a que le fuera asignado un sitio. ¿Lo apretaría tanto el hambre que olvidó guardar ciertas formas de educación también cultivadas en hogares humildes? Quizá quiso tan sólo mostrarle a su futuro suegro simpatía y complicidad entre varones colocándose a su lado. El caso es que plantó sus carnosas posaderas en la silla que habitualmente ocupaba Julen.

A mi tío le faltó tiempo para clavar sus ojos desconcertados en los de su mujer, como suplicándole con la mirada que pusiera fin a la profanación. Mi tía, que así lo debió de entender, valiéndose de una sencilla astucia logró que el chaval se levantara.

Y fue que le preguntó si no le parecía bien desprenderse de la americana para evitar que se le ensuciase durante la comida. A lo cual Chacho contestó, entre bobalicón y campechano, que no le preocupaban las manchas, pues la americana era una prenda vieja de su padre. Y como prueba de sus palabras, mostró un remiendo en el forro.

Mi tía insistió con el tono de voz levemente más tenso y la sonrisa levemente menos amable. Entonces Chacho, sin percatarse seguramente de aquellos matices, como era dócil y de no muy agudas entendederas, se avino a cumplir la orden disfrazada de consejo.

Habiéndose apartado algunos pasos de la mesa, mi tía me urgió por señas a que tomara asiento en la silla de mi primo; pero como yo al pronto no comprendiese lo

que me pedía, me acerqué a su lado con el fin de que pudiera traducirme sus gestos en voz baja. No hizo ella esto sino que, agarrándome por los hombros, de un recio empujón me obligó a sentarme en la silla que no debía ocupar el invitado.

A Chacho mi tío Vicente lo llamaba Anselmo.

—Hala, Anselmo, come.

Mi tía prefería decirle Anselmito.

—Anselmito, para ti es la última alcachofa. Cógela, que así me llevo el plato.

Él agradecía adulador:

—Están buenísimas. En esta casa se come mejor que en la mía.

Para mí, como para todos los chavales del barrio, incluida mi prima, que aquel domingo no dirigió la palabra a su prometido sino impelida por las miradas conminatorias de su madre, y puede que por algún que otro puntapié debajo de la mesa, él era simplemente Chacho.

Mi tío hizo ademán de servirle vino; él declinó el ofrecimiento con una violenta sacudida de cabeza que hizo temblar su labio colgante. Se conformaba, según dijo, con la gaseosa y, antes del plato principal, ya se había trincado una botella.

No era voraz, se lo aseguro, aunque tampoco comedido; era, sí, rápido y certero al lanzar la mano para apoderarse de los mejores trozos de comida, instinto que yo supongo perfeccionado en la práctica diaria de la rivalidad con sus cuatro hermanos.

De repente, creyendo tal vez que ya pertenecía a la familia de sus anfitriones, se adueñó sin miramientos de los muslos del pollo asado. No de uno, señor Aramburu; de los dos, créame. Los cuales, desde mi llegada a la casa, al igual que los ojos del pescado, solían corresponder en justo reparto a Mari Nieves y a quien esto escribe.

Mi prima volvió la mirada hacia mí, yo volví la mía hacia ella y, sin decirnos nada, miramos los dos a un tiempo a Chacho, que para entonces ya había empezado a saborear con calma aquellas partes blandas, jugosas y doradas de aceite que tanto nos apetecían, y aun se me figura que también los muslos nos miraban a nosotros con lástima de no estar en nuestras manos y pronto en nuestras bocas y al fin dentro de nuestros cuerpos.

Durante la comida, mi tía estrechó a Chacho a preguntas sobre su padre y su madre, sobre su casa y sus hermanos, así como sobre un sinfín de minucias domésticas, y de vez en cuando mi tío metía baza en la conversación para preguntarle sobre su trabajo en el taller de automóviles.

El bueno de Chacho, que tenía menos malicia que un cordero lechal, a todo respondía con abundancia de detalles, sorprendiéndonos a menudo con confidencias que no se le habían solicitado.

—Anselmito —le dijo mi tía, señalando a Mari Nieves—, espero que cuando seas el marido de esta la cuides bien y la hagas feliz.

—Lo prometo —se apresuró a responder él con la boca llena de pollo.

—No lo dirás por decir, ¿eh?

—Lo juro por Dios.

—Y con nosotros, tus suegros, ¿serás amable?

—Eso también lo prometo.

A este punto mi tía se volvió hacia Mari Nieves para preguntarle qué le parecían las palabras de su novio.

—Bien.

Se conoce que a mi tía la habría complacido una respuesta menos lacónica.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

A mi tío Vicente se le enfadaron las cejas:

—¿Qué más quieres que diga? Ha dicho bien, pues bien.

Terminada la comida, retirados los platos, tomamos el postre y, quien quiso, café. Se produjo entonces un pequeño incidente sin mayores consecuencias, que puede darle a usted idea del tipo de matrimonio que habrían de formar Chacho y Mari Nieves.

Y fue que en el montón de pasteles informes había uno entero, apenas manchado por la nata y la crema de los otros, hacia el cual, desde lados opuestos de la mesa, alargaron los novios la mano al mismo tiempo.

Le repito que Chacho, en contraste con la parsimonia de sus gestos y palabras, podía lanzar con mucha rapidez la mano, que no parecía sino que la tenía hecha lengua de camaleón. Aunque por poco, logró tomarle la delantera a su futura esposa.

Percatándose esta de que su prometido se disponía a arrebatarse el pastel como le había arrebatado un rato antes el muslo de pollo, le tiró un grito repentino:

—¡Chacho!

El aludido retiró la mano con no menos ligereza que si la hubiera puesto en una brasa; dio un respingo y se quedó paralizado, al tiempo que Mari Nieves, con triunfal tranquilidad, retiró de la bandeja de cartón el pastel que codiciaba. Ya para entonces estaba claro a cuál de los dos habría de corresponder la jefatura matrimonial.

Los casó don Victoriano un domingo azul de mayo. La fecha de la boda se pospuso en varias ocasiones a petición de mis tíos, movidos por la ingenua esperanza de que Julen pudiera asistir al enlace de su hermana; pero la proximidad del parto y la impaciencia cada vez mayor de Txomin Ezeizabarrena, que llegó a insinuar un ultimátum, obligaron a tomar una decisión.

Debido a la obesidad agravada por el embarazo, mi prima estaba tan impedida de esforzarse que sin ayuda no habría podido subir las escaleras de la parroquia. Mis hermanos no conocían al novio. El mayor, cuando lo vio apearse del coche de su padre, no pudo resistir la tentación de proferir un «¡Vivan los gordos!» en voz lo suficientemente alta como para que la oyera mi tía, que estuvo en un tris de arrearle una bofetada.

A media mañana, mientras se vestía de novia, mi prima lloraba y daba voces en su habitación diciendo que no quería casarse; mi tío lloraba en la suya con sollozos no menos aparatosos porque su hijo ausente no podía asistir a la boda. Mi madre iba de uno a otro con palabras de consuelo y por el camino se cruzaba con mi tía, que hacía

el mismo recorrido en dirección contraria regañando y metiendo prisa.

Mi tía salió a la calle muy estirada de cuello y como retando con miradas de refilón a los vecinos asomados a las ventanas. Algunos jalearon a Mari Nieves. Ella agradeció las felicitaciones con mohín risueño, agitando blandamente su ramo de novia a modo de saludo.

El vestido se lo había confeccionado su madre con tela blanca comprada en una tienda del Bulevar llamada Sederías de Oriente, adonde la acompañé. Se lo hizo holgado para tapar (con poco éxito, la verdad sea dicha) la hinchazón del vientre, y le puso unas puntillas la mar de aparentes en el borde del escote y en las mangas. Es posible que mi madre guarde alguna foto; si tiene usted interés, se lo preguntaré.

Fui con mis hermanos andando a la iglesia. Se supone que debía enseñarles el camino; pero, no sé por qué, se retrasaban aposta y yo los tenía que esperar. Estando así parado, echaban a correr muertos de risa hasta adelantarse cincuenta, cien metros, y cuando les daba alcance se hablaban al oído, hacían muecas de burla, quizá parodiando la expresión de mi cara, y no tardaban en separarse nuevamente de mí.

No bien perdimos de vista a nuestros parientes, me pisaron los zapatos recién estrenados. Estaban los dos de acuerdo en que el charol era cosa de niñas y maricas, y en que si me dejaba acicalar conforme al gusto de nuestra tía acabaría convirtiéndome en un hombre llorón como el tío Vicente. Más adelante, junto a la villa de Tres Forcas, se empeñaron en derribar un nido a pedradas.

Mi tía echó en cara a mi madre que no los hubiera vestido para la ocasión. Vestían y calzaban, es verdad, con evidente pobreza que a juicio de mi tía se habría podido disimular. Mis hermanos desprendían, además, un olor a madera seca que me hacía harto difícil reconocerlos. Estaban flacos, pálidos, ojerosos, y no paraban de mofarse de mí, de ponerme apodos y pellizcarme. En fin, no me explayo en estos recuerdos tristes porque ya sé que a usted le interesan otros asuntos.

Por la parte nuestra éramos ocho, incluyendo a Begoña, amiga íntima de mi prima. De la familia de mi tío no vino nadie porque nadie fue invitado; de los de Navarra, sólo mi madre y mis hermanos con un permiso especial de la Casa de Misericordia.

Le aseguro, por si juzga conveniente relatar una boda multitudinaria, que podíamos habernos juntado ciento y la madre. Que no ocurriera así no significa que la boda se hubiese celebrado en secreto. Toda la parentela fue a su debido tiempo informada del porqué y del cómo del acontecimiento.

Sucedió lo de costumbre entre parientes, que unos se enfadaron, otros se mostraron más o menos comprensivos y a otros les dio igual. Hubo quien envió al domicilio de mis tíos un regalo para la novia pese a no haber recibido invitación y quien, además de no enviar nada, se resarcía excluyendo a mis tíos de sus celebraciones. A mi padre no se le mandó aviso por motivos que no vienen al caso.

Los invitados del novio formaban una tropa de casi cuarenta personas, algunas venidas del interior de la provincia (de Azpeitia y por ahí), gente robusta, muy vasca,

de semblantes colorados y orejas de soplillo. Es poco lo que le puedo contar al respecto puesto que tanto en la iglesia como después, durante la comida, apenas nos rozamos con ellos. Mi tía Maripuy no paraba de decir que zampaban como bueyes. Oí primero a uno y más tarde a otro dar a Chacho la enhorabuena, medio en broma, medio en serio, por la tripa que le había hecho a la novia, de donde deduje que la verdad no debía de haber llegado hasta sus pueblos.

Por poco se me olvida contarle que el banquete tuvo lugar en un asador del barrio de Igara. Dicho asador se albergaba en una especie de caserío remozado que todavía conservaba la cuadra con vacas y desde cuyo balcón, por encima de las copas de los árboles, se divisaban los tejados de la fábrica de leche Gurelesa. Cada familia apechó con los gastos de sus invitados. No estoy seguro, pero es probable que la actuación del acordeonista y el plato del cura fueran costeados a medias.

Como detalle anecdótico puedo referirle que en el momento de cortar la tarta, los circunstantes reclamaron a los novios, uniendo sus voces a coro según se estila en tales ocasiones, que se besasen. Más tarde supe que era la primera vez que Chacho y Mari Nieves juntaban los labios. A Chacho le dedicaron algunas burlas por lo rojos que se le pusieron los mofletes. De pronto se envalentonó y repitió la acción. Mi prima se sometió al rito con visible repugnancia.

Mustio y silencioso, mi tío Vicente apenas levantó la mirada del plato durante toda la comida. A los primeros compases del acordeón, mi tía se acercó a echarle la bronca porque se negaba a bailar con su hija. Mi madre contribuyó a persuadirlo con palabras más suaves. Luego, en medio de la improvisada pista de baile, padre e hija, enlazados y sin apenas moverse, rompieron a llorar a lágrima viva y todo el mundo preguntaba qué les pasaba. Mi madre fue de corrillo en corrillo diciendo en castellano de Navarra que seguramente les habría dado la *cariñadica*.

En un momento dado, oí que don Victoriano trataba de consolar a mi tío.

—Tu hijo volverá, Visentico. No te preocupes.

A Chacho un pariente suyo le cortó la corbata para vendérsela en trozos a los invitados. Otro le aplastó un trozo de tarta en la frente, ignoro si en cumplimiento de alguna tradición. Y hacia las seis de la tarde, cuando algunos ya se habían despedido y otros se agarraban a sus copas y vasos para no caerse, el novio entró en el local con los pantalones empapados, ya que al parecer dos primos suyos lo habían metido en un abrevadero.

Terminada la fiesta, como estuviera la tarde buena, nos fuimos todos andando a casa. Poco después llegó Mari Nieves, a quien su madre, con ostensible suspicacia, preguntó si se había despedido de su marido.

—¿Y a ti qué te importa? —le replicó—. ¿No pensarás meterte en mis asuntos matrimoniales?

Tras quitarse el vestido y los zapatos de novia, se puso su ropa habitual y se marchó, apoyándose en un brazo de Begoña, a la calle.

En cuanto a Chacho, al día siguiente tenía que trabajar y se fue a dormir a casa de

sus padres.

Los recién casados no hicieron viaje de luna de miel. Hablaban de ir un fin de semana a Zaragoza, incluso Txomin Ezeizabarrena se ofreció a llevarlos en su coche si aceptaban desplazarse más cerca, a Pamplona o Vitoria; pero al final no fueron a ninguna parte, decía el cándido de Chacho que para evitar que a Mari Nieves le «entraran ganas de parir lejos de casa».

Apunte 23

CHACHO intervendrá en la trama al modo del cura, sólo en función de los personajes principales. Si pusiera a uno y otro, a los Ezeizabarrena, a Peio Garmendia y a la madre que los parió a protagonizar sus propios episodios, el libro se alargaría fácilmente hasta las quinientas o seiscientas páginas.

Me prometí ofrecer en cada diálogo, en cada peripecia, en cada reflexión, la menor cantidad posible de masa verbal. Mantendré la promesa. La novela será corta o no será.

Apunte 24

CONVENDRÍA introducir una escena íntima de Chacho y Mari Nieves en los días previos a la boda para que la relación de ambos gane en matices.

Apunte 25

SE me ocurre que en un momento determinado la madre de ella los deja adrede solos en la vivienda; por ejemplo, en una de esas ocasiones en que él le trae las bolsas de la compra. Esto suena bien, aunque no tiene ni leches de vigor narrativo. Aún más sosa resultaría una cita convencional.

A ver cómo coño arreglo esto. Cabe la posibilidad de que Chacho se ofrezca a ayudar a Mari Nieves a envolver pastillas de jabón. Es entonces cuando la madre de ella, con una excusa que ya se me ocurrirá (espero), los deja solos.

Apunte 26

—**P**UES a mí me han dicho que tu padre le pega a tu madre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se oyen las palizas por toda la vecindad.

—Eso era antes del paralís. Ahora no le pega.

—¿Y por qué le pegaba?

—Para que haría las cosas bien y no le conteste, pero ya no le contesta.

—Tú a mí no me vas a pegar, ¿eh? Porque te acuerdas.

—No, yo no... ¿Visentico le pega a tu madre?

—Mi madre una vez le rompió a mi padre el palo de la escoba en la espalda. Te lo cuento para que te hagas una idea de lo que te podría pasar.

—Yo me caso contigo para quererte.

—Huy, qué tierno.

—Y para que me quieras.

—Si eres romántico me gustarás. Y si te lavas.

—¿Tú para qué te casas?

—Para darle un padre a mi hijo.

—Aparte de eso, ¿no me vas a querer?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De si eres cariñoso y no me pones en ridículo cuando vayamos por la calle.

—Bueno, yo hago lo que tú digas si por las noches me das eso.

—¿No has visto mi barriga?

—Digo después de tener el niño.

—Todo lo que yo te dé te lo tienes que ganar.

—Eso no es problema para mí. Me lo ganaré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo quiero mucho.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que por las noches me lo des.

—Caramba con el Chacho. Y parecías tan inocente.

Etcétera.

Apunte 27

VISENTICO: *Hay cosas peores que estar casada. Tú piensa que él es buena persona. Tiene esa manera de ser, pero ¿qué quieres que te diga? Tampoco tú eres un ángel, ¿eh? Anselmo es de buen corazón. Os arreglaréis. Ya lo verás. No le falta trabajo. Con el sueldo suyo y lo que te paguen a ti en la peluquería saldréis adelante. Te ayudaremos todo lo que podamos. Yo ayudaré, no te preocupes.*

MARIPUY: *Huy, chica, qué cara de funeral. No sabía que se nos hubiera muerto nadie. Ahora sí, ahora ya puedes dar a luz con tranquilidad y pasear a tu hijo con orgullo por la calle. Y cuando el niño crezca y lo mandes al colegio, no se tendrá que avergonzar como otros que no pueden lucir el apellido de un padre. Y tú, no digamos. ¿Qué habría sido de ti soltera y con una criatura? ¿Crees que habrías encontrado marido? Deberías estar agradecida a Anselmito. ¡Menudo favor te ha hecho!*

DON VICTORIANO: *Dios te ha concedido una segunda oportunidad. No lo decepciones de nuevo. Conságrate a la vida del hogar, sirve a Dios sirviendo a tu marido y educa al fruto de tu vientre de modo que nunca se aparte de la senda de la religión. Te lo bautizaré en euskera. Hay que empezar de pequeñitos con el idioma.*

LA TÍA DE NAVARRA: *Si es trabajador y te respeta, quiérela porque mejor hombre no ibas a encontrar. Reza al santo Javier o a quien tú quieras para que no te pase lo que me ha pasado a mí. Lo mío sí que es triste.*

TXOMIN EZEIZABARRENA: *¿Qué, nuera, cómo se porta el marido? Si te da guerra me lo mandas. Ya verás tú qué rápido te lo enderezo.*

BEGOÑA: *Pobre Mari Nieves, yo no sé cómo vas a aguantar.*

Devoción y frontera

LAS velas, como eran delgadas, se consumían con rapidez, y por dicho motivo mi tía Maripuy decidió sustituirlas por un cirio que le proporcionó don Victoriano. El cirio permanecía encendido día y noche, apoyado, para evitar accidentes, sobre una sartén ancha que cumplía la función de palmatoria. Ni el cirio ni la sartén tenían nada de particular, así que no hace falta que se los describa.

Cierta tarde, poco antes de la boda de Mari Nieves, al volver a casa encontramos el cirio apagado. El hecho se repitió a los pocos días, sin que tanto en una como en otra ocasión las ventanas cerradas dejaran entrar un hilo de corriente. A mi tía le vinieron unos ahogos de angustia pensando que a Julen se le habría torcido la suerte durante las horas en que le había faltado la protección de santa Rita.

El episodio del cirio desató en mi tía malos presagios. Por entonces, un encuentro casual con la madre de Peio Garmendia acabó con los últimos restos de su entereza. De hacerse la fuerte, la tranquila, la que confiaba en que Julen se valiera por sí solo, pasó de golpe a mostrar alarma y temor, a tal punto que una noche mi tío, estando todos cenando a la mesa de la cocina, harto de palabras aciagas (mi tía llegó a insinuar que a su hijo lo podrían haber matado), la mandó callar.

No era ella mujer propensa a admitir órdenes ni reconvenciones, y menos de su marido; con todo, guardó silencio, un silencio grave, tenso y un punto ofendido, y al rato vi que a escondidas se enjugaba una lágrima con el borde del delantal.

Huelga decir que al día siguiente reanudó sus funestos vaticinios en voz alta; pero noté que se esforzaba por comedirse en presencia del marido, no porque le tuviese miedo y ni siquiera respeto; antes, creo yo, por no darle ocasión de sumirse en uno de sus accesos habituales de melancolía.

Recuerdo a mi tío Vicente sentado algunas tardes en el sillón del comedor, escrutándose durante largo rato los pies embutidos en unas zapatillas de felpa.

Todos los días, a la vuelta de la fábrica, preguntaba si se sabía algo de Julen. Al escuchar la respuesta negativa soltaba una palabrota que, con el transcurrir de las semanas, se fue haciendo cada vez menos rotunda. Aquellas manifestaciones diarias de decepción y enfado fueron debilitándose hasta quedar reducidas a un resignado arqueado de las cejas, y otro tanto vino a ocurrir con la pregunta, que terminó semejando un brusco chasquido.

—¿Qué?

—Nada.

Una tarde de tantas lo vi sentado en una silla junto a la puerta del bar Artola. Sus amigos jugaban al bote cerca de él, formando un corro alegre, y mientras lanzaban las fichas, disputaban, intercambiaban bromas y reían, mi tío, con gesto petrificado, pelaba cacahuets y se los llevaba lentamente a la boca. Se me ha quedado grabada en la memoria aquella imagen del hombre entristecido que comía cacahuets

(*cascaqüeses*, decía él) con la solemnidad de un comulgante y hacía una figura solitaria al lado de sus amigos parlanchines.

En cierta ocasión, su pregunta lacónica de costumbre fue correspondida por unos bisbiseos misteriosos de mi tía. Los dos se encerraron con unas extrañas prisas en su habitación y, tras hablar a solas durante varios minutos, volvieron a salir.

Observé que mi tío Vicente mostraba una expresión aliviada, ligeramente risueña, mientras que a su mujer se le advertía el alborozo por todos los salientes y recovecos del semblante. Al fin, tras largas semanas de inquietud, les habían transmitido noticias de Julen, pocas pero tranquilizadoras.

Y fue de esta manera: que todos los años, por mayo, mi tía asistía a la novena de santa Rita en la capilla del colegio de los agustinos en El Antiguo. Profesaba grandísima devoción a la abogada de los imposibles, ya se lo he contado a usted. El 22, por la tarde, llevó un buen mazo de rosas a bendecir. Las rosas no eran suyas sino de una familia acomodada del barrio, de apellido Marichalar, con villa y jardín enfrente del centro Ibai. A la vuelta del oficio religioso, mi tía solía devolver una parte de las flores bendecidas a los Marichalar; ella conservaba unas cuantas, con las cuales adornaba una especie de altar casero montado en honor de su santa predilecta, y el resto lo repartía en el vecindario a razón de una rosa por familia. Perdone estos detalles tal vez superfluos.

Acudió, como le digo, con las rosas a la capilla referida; hizo sus ruegos y oraciones, y con tanto fervor imploró en sus adentros un milagro a santa Rita que logró conmovérla. El milagro, según nos contó más tarde con jubiloso convencimiento, ocurrió pasados diez minutos de su salida de la capilla, en el camino de vuelta a casa.

Y fue que, a la altura de la fábrica Suchard, un Seat 600 se detuvo a su costado. Viajaban dentro dos jóvenes de estas y las otras características (usted se las puede imaginar); el más cercano a la acera bajó la ventanilla para preguntarle a mi tía, medio susurrando, si era la madre de Peio Garmendia.

Ella, que no se fiaba, replicó con otra pregunta:

—¿Quién sois?

Se persuadió, por las palabras y por no sé qué señas de los dos desconocidos, que estos la habían buscado de parte del amigo de su hijo. Al parecer no era la primera vez que le seguían los pasos. Llevada de la esperanza de recibir noticias de Julen y con permiso de santa Rita para mentir, según nos contó, les dijo que sí, que era la madre de Peio, que lo echaba mucho en falta, etcétera.

Le contaron que Peio estaba sano y salvo en un lugar de Francia que no le podían revelar; agregaron que por favor no cometiera la imprudencia de ir a buscarlo ni de emprender indagaciones por su cuenta, que tan pronto como fuera posible su hijo le mandaría aviso con un intermediario de confianza sobre la hora y el sitio donde ella lo pudiera visitar sin riesgo de que la policía española se enterase.

Por último le rogaron que transmitiese a la familia de Julen Barriola las mismas

noticias. Deseosa de averiguar pormenores del presunto amigo de su hijo, mi tía formuló algunas preguntas sobre él, simulando contención para no delatarse como madre; pero los jóvenes, cada vez más impacientes por dar término a la conversación, no le dijeron sino que el mensaje que les habían encargado comunicar era que los tales Peio Garmendia y Julen Barriola se encontraban a buen recaudo en Francia, y fuera de eso ellos no sabían nada.

Mi tía trató de convencerlos para que llevarsen sendas rosas bendecidas a los dos refugiados. Le contestaron que, sintiéndolo mucho, no podían hacerle aquel favor ya que no tenían previsto dirigirse a Francia; ella insistió con tales extremos que al fin, supongo que por perderla de vista, los jóvenes aceptaron las rosas y se despidieron.

Por lo que nos contó después en casa, a mi tía, cuando se quedó sola, le sobrevino una emoción tan fuerte que tuvo que sentarse en el pretil, junto al río de aguas negras. Hasta tal punto le temblaban las rodillas que temió caerse al suelo si seguía de pie, o al menos eso es lo que nos dijo. Estuvo allí sentada un rato largo agradeciendo a santa Rita el milagro que acababa de concederle y derramando lágrimas de alegría con la cara escondida tras el mazo de rosas para que ningún transeúnte la viera llorar.

Pasó otro mes, llegó el calor. Se me hace que todo el mundo iba a la playa menos nosotros. A mi tía Maripuy, que no salía más que lo justo a la calle, segura de que la espían, le entró la obsesión de bajar cada dos por tres al portal a echar un vistazo dentro del buzón, creyendo ingenuamente que una posible carta de su hijo escaparía al control policial.

A veces, mientras preparaba la comida o hacía labor de punto, me llamaba a su lado y me decía:

—Sobrino, vete a mirar si hay algún papel en el buzón.

A finales de junio seguíamos sin noticias de Julen. Mis tíos no se lo podían explicar. En mis recuerdos de aquellos días resuena la palabra *raro*, que a todas horas asomaba a los labios de unos y otros.

—¡Qué raro! —decía mi tía.

También mi tío, como hablando para sí:

—Pues sí que es raro.

Llegaba mi prima a casa y, puesta al corriente de la falta de novedades, sentenciaba:

—Amá, esto es muy raro.

E incluso algunas vecinas:

—Ay, mujer, me parece rarísimo.

Con frecuencia, mi tía y la madre de Peio Garmendia se juntaban para hablar a solas en casa de una u otra. Cuando así sucedía sabíamos de antemano que por la noche la cena tendría un fuerte regusto a temor, a rumores desalentadores, a malos presentimientos. Mi tío se acostumbró a escuchar las peroratas agoreras de su mujer sin menear un músculo de la cara.

Junto a la estampa de santa Rita, secos dentro de una fuente los pétalos de las

rosas bendecidas, no cesaban de arder y consumirse, uno tras otro, los gruesos cirios. Mi tía los compraba ahora en una tienda de ornamentos religiosos, cerca de la catedral del Buen Pastor, pues descubrió que allá los vendían por menos dinero que «el ladrón del cura», como ella a veces motejaba a don Victoriano.

En julio se produjo la ansiada novedad. No hubo carta, ni papelito, ni encuentro con intermediarios a tres o cuatro millas de la costa, ni lances novelescos a medianoche del tipo de los que he oído contar alguna vez, referidos a otros refugiados; sino que la madre de Peio Garmendia se llegó a casa de mis parientes con instrucciones encaminadas a facilitarles un encuentro con su hijo en un bar de Bayona. No me pregunte usted de dónde había sacado aquella señora la información porque no le puedo contestar.

Tiempo después, mis tíos tomaron a primera hora de la mañana el tren de Francia. Como no estaba previsto que volvieran antes del anochecer, mi tía nos dejó a Mari Nieves y a mí la comida preparada. Mi prima, que un mes antes había dado a luz, aprovechó la ausencia de sus padres para endilgarle el bebé al bueno de Chacho y marcharse al monte con su cuadrilla. La escapada le salió mal; pero quizá en consideración a su condición de madre y mujer casada, o por lo tristes que estaban sus padres, tanto ella como los oídos de los vecinos se libraron de los gritos habituales.

En torno a la una de la tarde mis tíos volvieron de improviso a casa. No les había sido posible reunirse con Julen porque los guardias civiles de la aduana les impidieron cruzar la frontera. Nada más bajarse del tren para someterse a los controles de rigor, mi tía, según contaba, le susurró una plegaria a su santa protectora.

Estaba convencida de que no le había faltado ayuda del cielo, puesto que a ella el guardia le hizo la señal de que podía continuar, mientras que a su marido, en castigo porque nunca pisaba la iglesia salvo para asistir a funerales, Dios lo desamparó.

—¿Qué quieres —protestaba él—, que me *colgaría* un rosario del cuello?

Uno de los guardias civiles encargados de registrar el equipaje de los pasajeros se retiró con el pasaporte de mi tío al despacho donde presumiblemente pidió informes por teléfono y, a la vuelta, sin darle explicaciones, lo mandó para atrás y a mi tía, al percatarse de que iba con él, también.

Al día siguiente, más tranquilos y resignados, se pusieron de acuerdo en que había sido un fallo emprender el viaje con dos maletas cada uno, atiborradas de ropa, alimentos y numerosos utensilios. Abiertas las maletas sobre el mostrador de la aduana, a la vista de los embutidos, los botes de conserva y demás provisiones, así como de diverso calzado y prendas de vestir (algunas, al parecer, de invierno), les preguntaron con ostensible suspicacia adónde iban con todo aquello.

Mis tíos, ya se lo imaginará usted, contestaron con la poca malicia que tenían. Les siguieron preguntando, ellos siguieron mintiendo torpemente y al fin los guardias, recelosos y bruscos, los obligaron a retroceder.

Transcurrieron dos o tres semanas hasta que pudieron concertar otra cita, de

nuevo por mediación de la madre de Peio Garmendia, que por entonces pasaba a Francia con cierta regularidad. Chacho se ofreció a llevarlos en el coche de su padre. En esta ocasión, escarmentados, cruzaron la frontera sin apenas equipaje.

Si la primera vez volvieron tristes por no haber podido ver a su hijo, la segunda volvieron igual, si no más desolados, por haberlo visto. Lo encontraron tan desmejorado, sucio y alicaído que les daba picor de ojos sostenerle la mirada.

Ya le adelanté, señor Aramburu, en el curso de nuestra anterior conversación, que Julen lo pasó muy mal en Francia. De forma que si usted necesita para su libro la historia de un militante aventurero, emprendedor, protagonista de innumerables lances más o menos heroicos, le advierto que la de mi primo no le va a servir a menos que usted la exagere.

La cosa cambiaría si estuviera usted interesado en las pesadillas de un pobre chaval, que es lo que en realidad era mi primo, aunque yo entonces, propenso a idolatrarlo, no me daba cuenta; un pobre y sumiso chaval sin cultura, más apto seguramente como objeto de estudio psiquiátrico que para sostener con sus vulgares y anodinas peripecias la trama de una novela.

A mi primo le tocó padecer las duras condiciones de vida de todos o casi todos los refugiados de entonces, agravadas en su caso por la soledad en que lo dejaron sus compañeros por razones que no están del todo claras. Esta soledad suya quizá habría podido él mitigarla relacionándose con la gente del lugar, pero es que Julen no hablaba una palabra de francés ni dominaba el euskera como Peio Garmendia, que en casa, con sus padres y sus hermanos, no se comunicaba en otro idioma.

Huidos a Francia los dos amigos, el cura que se ocupaba de acoger a los refugiados les entregó un vale e intervino para que se alojaran de forma provisional en una vivienda de las afueras de Bayona, donde coincidieron con otros jóvenes de su misma condición.

Sé que, por los días en que sus respectivas madres los visitaban a menudo, aún residían en la susodicha ciudad, aunque en otro alojamiento, y que entretenidos en trabajos ocasionales, haciendo vida austera, se sostenían mal que bien.

No era fácil seguirle el rastro a mi primo mientras estuvo exiliado. La cautela y secretismo propios de la gente clandestina, las reiteradas mudanzas de domicilio, los lapsos a veces prolongados en que no recibíamos noticias suyas e ignorábamos, por tanto, dónde paraba y qué hacía, abrían en mi imaginación infantil un hueco oscuro que yo trataba en vano de alumbrar con suposiciones y fantasías.

Mis parientes hablaban poco de Julen, al menos en mi presencia, y siempre en voz baja, como con miedo a que hubiese un policía acechando detrás de las paredes.

Me consta que, pasados unos meses desde su llegada a Francia, Julen y Peio Garmendia se apuntaron a la vendimia en una región próxima al Mediterráneo; que de modo temporal Peio Garmendia formó parte de la tripulación de un barco pesquero y Julen fue peón en una serrería, y que los dos, acabando el año, presenciaron la boda del jefe de ETA Txomin Iturbe, oficiada por el mismo cura que

los había acogido a ellos a su llegada a Francia, el cual por lo visto ejercía una gran influencia sobre los refugiados.

No hay duda de que, entrado el año 70, a Julen se le terminó de torcer la suerte a raíz de una discusión con su mejor amigo por causas que no han llegado a mi conocimiento. Lo que sí sé con bastante seguridad es que, como consecuencia de la pelea, los dos amigos dejaron de serlo. Mi primo, que apenas se relacionaba con nadie que no fuera aquel chaval de su barrio o que tuviera que ver directamente con él, se hundió sin remedio en la soledad y la melancolía.

Al parecer algunos empezaron a retirarle el saludo y él a desesperarse, y fue presumiblemente inducido por aquel estado de desesperación y tristeza como fue gestando en sus cavilaciones la idea obsesiva de volver a casa a cualquier precio.

Lo visité una vez en compañía de mi tía, a finales de febrero de aquel año. Él solía preguntar por mí, por Txiki, como gustaba de llamarme, y yo le pedí en una ocasión a mi tía que le llevase de mi parte un ciclista de plástico que había sido de los de su equipo cuando jugaba conmigo. Mandó a su madre que me transmitiera su agradecimiento, convencido de que el ciclista le daría suerte, pero no se la dio.

A ruego suyo, mi tía me llevó un domingo a verlo. Nos bajamos en la estación de Bayona y allí estaba él, mustio, demacrado, con una barba espesa que me impidió reconocerlo a la primera. Me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que al pronto pensé que me agredía. Enseguida, sin soltarme, rompió a llorar y, como sollozaba ruidosamente, mi tía le ordenó refrenarse porque llamaba mucho la atención.

Mi primo olía raro; no mal, raro. Y me parecía muy cambiado. Incluso su voz no sonaba como de costumbre.

También lloró cuando nos despedimos. Quiso decirme algo, pero le entró tal hipo que no pudo articular una palabra. En el tren de vuelta a San Sebastián, poco antes de llegar a la frontera, mi tía se volvió de pronto a mí para decirme:

—Si sé que le iba a afectar tanto no te traigo.

Apunte 28

¿QUÉ hago? Por un lado, compruebo que, efectivamente, es en 1969 cuando Telesforo Monzón y Piarres Larzabal fundaron Anai Arte en San Juan de Luz con el fin de acoger a los refugiados vascos que cruzaban la frontera huyendo de la policía franquista. Por otro, mi informante, que a veces me exaspera con su desmemoria y sus imprecisiones, no me sabe aclarar si aquella red de ayuda a los militantes exiliados ya funcionaba en marzo, cuando Julen Barriola escapó a Francia.

Ayer, por teléfono, me reiteró que el cura de Sokoa, el célebre Señor Oxia, que durante años cobró personalmente el impuesto revolucionario de ETA (¡menudo papo!), auxilió a su primo y al otro que iba con él, aunque no acierta a especificar si cumpliendo funciones dentro de Anai Arte o todavía por iniciativa parroquial.

El dato no carece de interés y hasta daría para una ramificación de la trama; pero 1) me niego a meter pacotilla histórica con propósitos meramente ornamentales, y 2) ojo con llenar de curas un libro breve.

Entiendo que con Victoriano Aseginolaza ya estará suficientemente tratada la implicación de los curas vascos en las maquinaciones del nacionalismo.

Estas sotanas, como diría mi madre, «tienen muuucho pecado».

Apunte 29

CUANDO me paro a repasar mis recuerdos de aquellos años, me vuelve una vieja sensación de lentitud. Se me figura que en la actualidad un minuto dura treinta o cuarenta segundos; en cambio, los minutos de la dictadura duraban un minuto y medio o dos. Tres décadas llevaba Franco en el poder, saludando a las dóciles y apolíticas multitudes con mano parsimoniosa, temblona y cada vez más decrepita (lo que no le impidió firmar sentencias de muerte), y aunque a finales de los sesenta ya empezaban a agitarse las aguas subterráneas, la historia de España todavía se arrastraba con pereza. En otros países parece como que se vivía más deprisa, las modas se sucedían con bastante rapidez, pasaban más cosas o simplemente pasaban cosas. Me tiento, al menos en algunos tramos de la novela, hacer un esfuerzo por transmitir mediante un estilo calculadamente moroso aquella sensación de marasmo histórico. ¿Se aburrirán los lectores? ¿Debería salpicar el libro de chistes a pie de página?

Apunte 30

POSIBLES penalidades de Julen Barriola en Francia:

- monotonía, aburrimiento
- accesos de nostalgia
- tensión con los compañeros (con algunos, se entiende)
- intimidación como no se someta (y si se somete, también)
- desconfianza hasta de la propia sombra
- presión para que no difunda opiniones (enseguida lo tachan a uno de disidente, de liquidacionista, de vendido)
- miedo a que los compañeros lo declaren traidor
- miedo a que un compañero lo delate a la policía
- miedo a dudar y que se note
- miedo a parecer cobarde (y serlo)
- miedo a ser detenido
- miedo a las crueldades durante el interrogatorio
- miedo a la pena capital, aunque él no ha matado a nadie
- desequilibrios mentales, comportamientos obsesivos, paranoia
- imposible trabar relación con una chica, llevarla al cine, echar un polvo (¿se usaba entonces esta expresión?) si no es adepta a la causa
- soledad
- limitación de movimientos
- estrecheces económicas apenas paliadas por las ocasionales y modestas aportaciones de su familia (familia que vive del sueldo de un obrero)
- alimentación deficiente
- otras penalidades que ahora no se me ocurren, pero que con toda seguridad existieron

No hace falta relatarlas todas. Apoyándome en criterios literarios, seleccionaré las tres o cuatro que mejor se dejen ilustrar por medio de acciones, cartas, reflexiones en voz alta, diálogos... Nada de pasajes explicativos, amiguito. ¿O es que has olvidado que escribes para adultos?

Apunte 31

BIEN por carta a sus padres, enviada, no directamente, sino a las señas postales de algún vecino o de la tía de Navarra; bien en conversación a solas con su madre (ya veré):

«Amá, es mejor que no vengas. Por el momento. Ya te avisaré. Entiéndeme. Claro que me gusta que me traigas cosas y que me des dinero. Pero es mejor que no vengas. Dos meses o tres. Luego, a lo mejor, todo se arregla. Me han dado a entender /piensan / dicen que vienes demasiado, que te podrían seguir, que igual te usan para enterarse de nuestros sitios de reunión y tal. No vengas. Pues claro que quiero que vengas. Ya te diré. En realidad no debería estar aquí contigo. ¿Por qué? Joé, pues porque hay normas y disciplina, y porque me lo han prohibido. Así de claro, amá».

La pequeña Julia

AUNQUE no exentos de brusquedad, mi tía Maripuy solía tener gestos de ternura cuando trataba a Julen o cuando me trataba a mí. Sin embargo, a su marido y no digamos a su hija les mostraba de costumbre su lado menos suave, y si alguno de ellos le reprochaba su aspereza, ella se defendía diciendo que cuando niña la hicieron trabajar en el campo como a una burra.

Sería por eso, digo yo, que un atardecer de junio dejó a Mari Nieves con dolores de parto sola en la maternidad, sin más pretexto que el de preparar la cena en casa, de lo cual tengo yo constancia porque transcurrido un tiempo mi prima se lo echó en cara con acritud delante de mí.

El caso es que aquella noche difícil para la muchacha su madre la privó de consuelo y compañía, y como mi tío, mientras cenábamos, no ocultara su inquietud, mi tía le replicó que Mari Nieves se había buscado su justo castigo por no haber sabido comportarse como una mujer decente.

Por la mañana temprano subió de nuevo a la residencia sanitaria a comprobar si ya era abuela, y lo era, en efecto, de una niña a la que, en recuerdo de mi primo, pusieron de nombre Julia.

Mi tía volvió a casa poco antes de la hora de la comida, corta de palabras, las cejas hoscas, y a mi tío, que estaba envolviendo jaboncillos conmigo en el comedor, le soltó de golpe, sin darle los buenos días:

—Mejor no te alegres.

Mi tío, que no podía entender lo que se escondía detrás de aquellas palabras, por salir de su asombro formuló una pregunta, y a su mujer le faltó tiempo para perder la paciencia.

—No me hagas dar explicaciones. Cuando la veas, entenderás.

Acto seguido, me mandó que me llegase a dar la noticia a casa de Chacho y sus parientes, advirtiéndome que no me extendiera en detalles, lo cual yo no habría podido hacer ni aunque me lo hubiese propuesto, pues quitando la noticia del nacimiento de una niña ignoraba lo que había sucedido.

Trajeron a casa otro día a la criatura envuelta en paños, no sé de qué tipo, no entiendo de ropas infantiles. En la calle, de lejos, vi a Chacho bajarse del coche delante de nuestro portal y abrir a continuación con maneras de chófer solícito la puerta a su esposa. Se apeó mi prima, ya sin la barriga de preñada, sólo con la suya de diario que todavía conserva. Llevaba en los brazos el bulto de tela y su madre, que también venía en el coche, alargó los suyos para tomárselo, pero la muchacha no se lo consintió.

Determiné acercarme a ellas confiado en que me permitieran echarle una mirada a la niña. Mis amigos me siguieron azuzados por la misma curiosidad, proclamando a voces que la Mari Nieves había tenido un hijo. A media carrera me detuve. Se me

figuró que a causa del griterío se poblaban de ojos las ventanas.

Recordé que desde el nacimiento de Julia, mi tía estaba a malas con Dios, con santa Rita y con la Virgen de la urna por no haber librado ninguno de ellos a la inocente criatura de no sé qué castigo que mis parientes consideraban inmerecido y yo aún desconocía.

Mayor era el enfado de mi tía con ciertos vecinos por sospechar que murmuraban a sus espaldas y porque no se le quitaba de la cabeza que algunos de ellos se alegraban de sus preocupaciones y quebrantos. Conque debido a estas razones y por no aumentar su irritación, paré de correr en seco. Mi cautela se reveló, sin embargo, inútil, ya que mis amigos prosiguieron su carrera hasta llegar al costado de mi prima.

Ni a mí ni a ellos nos fue mostrado el bebé, sino que por hurtarlo a la vista de todos entraron mis parientes a paso raudo en el portal y yo, como miembro de la familia, los seguí.

En la escalera esperaban las vecinas encontradizas. Estas sí se asomaron al hueco entre los paños, dispuestas a alabar y felicitar; pero lo que fuera que veían les impedía el habla, y por ciertos susurros y muecas de mi tía Maripuy comprendí que el contenido de los paños no se prestaba a enhorabuenas.

Yo no olvido la cara que puso mi tío Vicente cuando vio por vez primera a su nieta. Ya usted, con sus años en el oficio literario, se la imaginará sin ayuda de mi testimonio. No obstante, me vencen las ganas de contarle que él nos miraba a unos y otros con la boca abierta, silencioso y bobalicón, como suplicando, cercano a las lágrimas, que nos dignásemos declararle el engaño de sus ojos.

En lugar de eso, su mujer le mandó que se apartara, aunque no me parece a mí que en aquel momento el pobre hombre estuviera entorpeciendo el paso.

Mari Nieves se esforzó por aliviar su desconcierto:

—Es lo que tenemos, aitá.

—Pero...

Al punto mi tía lo interrumpió.

—Hala, estate calladito.

Por fin me mostraron la criatura.

—Mírala, pero no te asustes. Y no cuentes nada por ahí.

Don Victoriano la bautizó una mañana, casi como a escondidas, en ausencia de mi tío y de Chacho, que estaban trabajando, y por supuesto de los padres de este, a quienes aquella niña infortunada que llevaba su apellido nunca interesó.

A fin de hallarme presente en la modesta ceremonia fui dispensado de acudir al colegio, lo cual, si quiere usted que le diga la verdad, me pesó puesto que yo era estudiante aplicado, además de formal. Por dicho motivo los profesores no me quitaban las ganas de aprender arreándome las tortas que descargaban a diario en las mejillas de otros alumnos más díscolos y torpes. Me detengo aquí, pues noto que estoy incurriendo en una digresión. Perdone.

No recuerdo al cabo de tantos años las palabras exactas que le dirigió el cura a mi

prima en el instante de la despedida; pero el mensaje que le transmitió fue más o menos que Dios, en su infinita misericordia, le había hecho un regalo confiándole aquella niña para que la cuidara con no menos cariño y dedicación que si hubiera nacido normal, y que por medio de dicha prueba Dios le concedía una oportunidad de reformarse y así alcanzar, en premio a todos sus desvelos maternales, la gloria eterna por el atajo del sacrificio, al modo del santo Job, etcétera.

No bien perdimos de vista al cura, mi prima rompió a injurarlo y dijo:

—Le tenía que haber pegado dos hostias.

No sentó mejor la perorata de don Victoriano a mi tía, de suerte que madre e hija recorrieron el camino de vuelta a casa despotricando contra el cura. Yo andaba en silencio a la zaga de ellas, tan admirado de verlas conformes en un asunto como asombrado de que fuera posible lanzarle tamaños denuestos a un ministro del Señor.

Con Julia en casa, ya nada fue lo mismo. Al principio mis parientes se comunicaban apenas lo necesario, reducidas sus pláticas domésticas a vocablos sueltos y medias frases que, con frecuencia, flotaban un instante en el aire sin obtener contestación. Pensaba yo que se hablaban poco para no causar molestias a la niña, en lo cual a mí me parecía bien imitarlos; pero pronto comprendí que cada uno de ellos tenía la boca obstruida de su amargura particular.

Mi tía, que antes gustaba de acompañarse con los sonidos de la radio, ahora ya no la encendía; a mi tío, absorto y mustio desde la marcha de Julen, se le congeló un gesto de apenado cansancio en el semblante, y muchas veces yo lo veía de refilón mover los labios como quien conversa sin voz consigo mismo, haciendo extraños ademanes con las manos.

En cuanto a Mari Nieves, atareada en los cuidados de su hija, partido el entrecejo por dos arrugas hoscas, parecía haberse enfadado para siempre. Tan sólo se le borraba la expresión ceñuda cuando conseguía endilgarle el trabajo a su madre y salía a pasear con su amiga Begoña. A Chacho, que seguía viviendo con sus padres, apenas lo veíamos.

Así y todo, los dos primeros meses, día arriba, día abajo, reinó en casa un ambiente tranquilo, como de espesa y silenciosa resignación, no sé si usted me entiende, y ello debido seguramente a que la pequeña Julia apenas se hacía oír. Cuando no dormía se estaba calladita e inmóvil en el fondo de un cajón donde le habían instalado la cuna. Lo confeccionó Lucio con tablas barnizadas. ¿Se acuerda usted de Lucio, apodado Cartucho, el carpintero que vivía en el 7 y tenía el taller en un costado de la villa de los Marichalar? Pues ese.

Las tablas desprendían un olor penetrante debido a la sustancia con que estaban recubiertas y también a la cola. Mi tío sugirió que aquel olor podría hacer daño a la niña. En vano esperó una respuesta. Al cabo de un rato se caló la chapela y, metidas las manos en los bolsillos, bajó al bar. Entonces mi tía, creyendo acaso que nadie la escuchaba, dijo para sí:

—¿Qué va a dañar el olor de marras que no esté ya dañado?

De vez en cuando entraba yo a escondidas en la habitación de mi prima a mirar aquella insólita criatura, y sobrecogido de fascinación y también, por qué no decirlo, de repugnancia, la veía yacer con sus ojos negros puestos en nada, pues era ciega, aunque esto al principio no lo supimos. La niña ya le digo que los primeros meses callaba y dormía, dormía y callaba, siempre con un costado de la cara apoyado sobre una pila de trapos y pañuelos. Y la razón de esta medida es que no cesaba de babear.

Cumplidos los dos meses de edad, dio de pronto en gemir sin que hubiera forma de calmarla, aquejados tal vez por algún dolor continuo sus órganos defectuosos. La infeliz se congestionaba hasta ponerse granate, dicho sea esto sin propósito de exageración, se lo juro. A causa de la excitación y el esfuerzo, los vasos sanguíneos se le hinchaban bajo la piel, particularmente los de la cabeza, de tal manera que no parecía sino que en cualquier momento habrían de reventar.

La llantina nos taladraba durante horas, tanto de día como de noche; roía el ánimo de mis parientes, volviéndolos irritables, bruscos, discutidores. Todos estábamos marcados por idéntico cerco de fatiga alrededor de la mirada.

No éramos los únicos que padecían aquel suplicio acústico. Corrían por el barrio dudas sobre si la hija de Mari Nieves recibía el trato y alimento que no debe faltarle a ningún recién nacido. A mi tía la ponían de los nervios aquellas insinuaciones de las que se enteraba por vía indirecta. No se podía defender contra ellas por ignorar quién las propagaba, aunque tenía sus sospechas.

Un día le llegaron nuevas de que en la tienda de comestibles de los Artola la criticaban. Ya no se pudo contener; hecha un basilisco, pegó desde el portal unos gritos capaces de atravesar las paredes:

—¡Pena es lo que deberíamos dar! ¡Pena!

En cierta ocasión, mi tío sacudió un manotazo al tablero de la mesa mientras cenábamos. Temblaron los vasos, algunos trozos de pan salieron despedidos del cestillo y él volvió a atribuir los padecimientos de su nieta al aire venenoso que respiraba. Sacamos mi tía y yo sin demora el armatoste al balcón para que se ventilase y tres días después lo metimos de vuelta porque la niña lloraba lo mismo con cajón que sin cajón.

A principios de octubre, la vida en casa se nos complicó un poco más con la llegada repentina de un nuevo morador. Yo estaba sentado a la mesa de la cocina, saboreando un plato de aquellas estupendas alubias de caserío que constituían una de las especialidades culinarias de mi tía, cuando sonó el timbre.

La pequeña Julia lloraba como de costumbre, sola en la habitación de mi prima. Con las puertas cerradas y una manta extendida por encima del cajón, los gemidos de la niña nos llegaban amortiguados. Por aquella época, con idea de completar la protección de nuestros oídos, el aparato de radio volvía a sonar a diario en la casa, desde el amanecer hasta la noche y a mayor volumen que en tiempos anteriores.

Pero a lo que iba. Sonó el timbre y mi tía, en previsión de mendigos, acudió con un arranque de cólera a abrir la puerta.

—¡Huy, Anselmito! ¿Adónde vas con tanta maleta?

—Que dice mi padre que venga a vivir aquí, que tenemos la casa llena y que para qué me casé.

Vi a mi tía darse la vuelta y desentenderse de él con aire de derrota, puestos los ojos en blanco, como pensando: ¡lo que faltaba!, y eso que entre los dos hacían (y siguieron haciendo) buenas migas.

Chacho se apresuró a llevar los bultos al comedor. Se conoce que los había ido juntando en el descansillo y que, cuando los hubo subido todos, pulsó el timbre. Deseoso de recibir una cordial acogida, de agradar y hacerse el bueno, nos estampó primero a mi tía y luego a mí sendos besos, en nada diferentes a si nos hubiera restregado por la mejilla un cactus. Ni se afeitaba a diario ni era aficionado a lavarse.

—¿Has comido?

—Maripuy, no se lo va usted a creer. Subía yo por la escalera preguntándome: ¿de dónde viene ese olor tan rico de las alubias? Ojalá venga de casa de la señora Maripuy. Y fíjese qué casualidad y qué suerte la mía.

En repetidas ocasiones manifestó el propósito de cubrir con una parte de su sueldo los gastos que su estancia en la casa pudiese ocasionar. El resto se lo pensaba confiar a Mari Nieves para que lo administrase según su entender. Hacía mucho tiempo que yo no veía sonreír a mi prima.

Las dos primeras noches Chacho ejerció de marido. No le faltaron consejos para que se instalase en mi habitación; pero él venía animado de ciertos impulsos carnales, los mismos que al parecer lo persuadieron a contraer matrimonio con mujer preñada de otro, y por encamarse con ella pasó dos noches en claro. A la tercera, señalado por las ojeras que hinchaban y enrojecían los párpados de toda la familia, sucumbió, y de allí en adelante durmió a metro y medio de mí, en la cama de Julen.

Con frecuencia, cuando se desvestía por las noches para ponerse el pijama, me llegaba a la nariz una vaharada de sudor rancio, de axilas e ingles poco ventiladas; olor menos agresivo desde luego que el pestífero de los pies de mi primo, pero, ¿cómo le diría yo?, más denso en su envolvimiento, más reposado y minucioso en su capacidad de aturdir y, en definitiva, igual de repulsivo. Él trataba de paliarlo con aplicaciones abundantes de colonia barata, hasta que mi tía le regaló una distinta porque estaba convencida de que la que él usaba le picaba la leche y le ponía agrios los alimentos de la fresquera.

Lo que nunca se le consintió a Chacho en casa de mis parientes, antes incluso de trasladarse a vivir con ellos, en los días en que venía a comer o a buscar a Mari Nieves para salir de paseo, eran las uñas negras de mecánico. Mi tía colocó para él un pequeño cepillo en una repisa que había sobre el lavabo. Chacho se esforzaba en llevar las uñas decorosas tanto por no contrariar a su suegra como por evitar que Mari Nieves consumase una amenaza que le tenía hecha, y era que sin manos limpias no le habría de tocar un pelo del cuerpo.

Chacho se las lavaba de continuo, en el taller, al término del trabajo, y en casa, y

aun creo yo que se habría arrancado la piel de buena gana por no perder el premio a su limpieza. Nada lo complacía tanto ni lo hacía tan dócil, tan niño y tan feliz como el trato carnal con mi prima.

Lo que tenía de servicial y adulador lo tenía de parlanchín, y a diario, mientras esperaba el sueño, de cama a cama, a la manera de mi primo, aunque sin despertarme a deshoras, me abría sus pensamientos y me revelaba confidencias con desatada ingenuidad.

—Me casé con la Mari Nieves para joder. Porque yo, con lo feo que soy, ¿con quién iba a joder si no me caso?

La naturaleza lo había provisto de un miembro viril de proporciones inusitadas. Una noche que me sorprendió mirándolo anonadado, pues no era para menos, se lo aseguro, me dijo:

—Pues esto no es nada en comparación con el de mi padre. Mi padre dice que una vez se lo había metido a mi madre, y como mi madre estaba debajo con la boca abierta, él podía ver la punta de su cipote subir y bajar en la garganta de mi madre, por detrás de la campanilla. Yo a tanto no llego.

A veces intentaba entablar conversación con su suegro, tentándolo por el lado del fútbol, por el de las regatas de traineras o con cualquier asunto que le pudiese interesar; pero mi tío se había vuelto muy parco en palabras y, por regla general ensimismado, melancólico, lo despachaba con monosílabos, si no es que se hacía directamente el sordo.

Más fácil lo tenía Chacho para pegar la hebra con mi tía, con quien congeniaba. En ocasiones se ponían de acuerdo para que él acudiera a la parada del trolebús a hacerse cargo de las bolsas de la compra. No era raro ver a Chacho en casa con el delantal puesto o quitando el polvo a los muebles.

De atardecida, si la temperatura era agradable, gustaban de acodarse los dos en la ventana que se abría a la plazoleta del bar Artola y se pasaban largos ratos intercambiando chismes sobre la gente del barrio.

Yo espiaba de vez en cuando sus conversaciones.

—Mira, ahí va el tonto de Joserra. ¡Ay, no lo trago! ¿Tú crees que es el padre de Julia?

—Mucho no se parece.

—¡A quién se va a parecer semejante monstruo, con perdón!

—¿Sabe lo que le digo, Maripuy? Los hijos que yo le haga a Mari Nieves serán todos como Dios manda.

No hay duda de que Chacho se encontraba a gusto en casa de mis tíos, libre de la voz de mando y de la mano dura de su corpulento padre, libre también de otros incordios que ahora mismo no le sabría especificar a usted.

Acostumbrado a compartir con su familia numerosa un piso de tres habitaciones, Chacho no se percataba de lo apretados que vivíamos desde su llegada. Algunos días le daba por apoderarse de una balda de la nevera para colocar sus cinco o seis botellas

de gaseosa. Recuerdo asimismo las veces en que se encerraba en el retrete con el periódico, mientras los demás esperábamos fuera urgidos de nuestras respectivas necesidades. Al menor reproche mi tía salía en su defensa.

Lo que es por él, estoy seguro, se habría quedado a vivir para siempre con sus suegros; pero su mujer soñaba a todas horas, y no lo ocultaba, con alquilar un piso en cualquier barrio de la ciudad que no fuera Ibaeta; lejos, en cualquier caso, de su madre. Con dicho propósito apartaba una cantidad de dinero todas las semanas, no me pregunte usted cuánto porque no lo sé. Chacho también contribuía a la caja común.

A partir de noviembre se les abrieron nuevas posibilidades de aumentar sus ahorros, ya que fue por entonces cuando a mi prima la hicieron fija en la peluquería del barrio de Gros donde había aprendido el oficio.

Apunte 32

MARI Nieves Barriola deberá experimentar algún tipo de transformación en el tramo final de la novela. Un cambio de actitud, alguna decisión que modifique el rumbo de su vida (ruptura con el barrio, por ejemplo), nuevas formas de relacionarse con los demás y, en fin, un par de repercusiones en su personalidad como consecuencia de todo lo que le ha pasado me darán materia para el desenlace. Aún más, constituirán el desenlace, se entiende que de la parte de la historia correspondiente a dicho personaje. Si hay que apartarse del testimonio del informante, se hará. Primero la literatura; después, si queda sitio, la verdad.

Apunte 33

EN la trasera del centro Ibai. Julia nació hace unas cuantas semanas; por tanto, la acción transcurrirá en pleno verano de 1969, ya veré. El río, poco profundo, arrastra desperdicios. Breve descripción para introducir el episodio. Trozos de basura cuelgan de las ramas más bajas de los árboles, que se alargan por encima de la corriente, a escasos centímetros del agua. Recuerdo que era un río muerto. Ni un pez. Ni una rana. El río pasaba por debajo de la vieja fábrica de Plásticas Oramil (cartuchería para armas), en el barrio de El Infierno. A Ibaeta llegaba bastante negro y a veces de otros colores.

JOSERRA: Desengáñate, Mari Nieves. Lo que es gustar no me has gustado nunca. ¿Te has mirado en el espejo? No gustas a nadie y ahora que te has casado con ese idiota, menos.

MARI NIEVES: Pues bien que te arrimabas.

JOSERRA: Se lo has dado a todo Cristo.

MARI NIEVES: Tú has olvidado lo que me dijiste. Te gustabas de mí, por eso te lo di, y no puedes decir que no lo dijiste porque sí lo dijiste.

JOSERRA (cigarrillo pinzado entre los dientes, ademanes y tono de chulito): Eres una vaca.

MARI NIEVES: ¡Pues mira que tú! A lo mejor te has creído guapo.

JOSERRA: Piensa bien antes de hablar.

MARI NIEVES: Eres mala persona y no vales para hombre. Me has hecho una hija mal hecha.

JOSERRA: Eso te ha pasado porque fumas y bebes.

MARI NIEVES: No, por tu mala semilla. Nunca vas a tener los hijos sanos, entérate.

JOSERRA: ¿A ti quién te ha dicho que la mongolita te la he hecho yo?

MARI NIEVES: No es mongolita.

JOSERRA: Venga, lo dice todo el mundo.

MARI NIEVES: La gente ¿qué sabe?

JOSERRA: Me importa un pimiento si es mongolita o no lo es. ¿De dónde sacas que soy el padre?

MARI NIEVES: ¿Quién si no?

JOSERRA: Hostia, pues cualquiera. ¡Si se lo das a todo quisque, gorda, más que gorda!

MARI NIEVES: Nunca vas a tener hijos normales. Jódete.

JOSERRA: Jódete tú, que te has cargado con el fardo.

Apunte 34

¿DUERMES? Del cuerpo de Visentico, en su lado de la cama, se desprende un espeso olor a taberna: humo de tabaco, vino agrio, recinto sin airear. Maripuy le arrea un empujón. ¿Que si duermes, concho? ¿Cómo hostias quieres que duerma en esta casa? La oscuridad es completa. La niña llora en la cocina. Sus gemidos suenan lejanos. Un moscardoneo agudo, repetitivo. Últimamente la colocan allá por las noches, en su cajón envuelto en mantas, para que Mari Nieves pueda dormir. Se protegen los oídos con guata. Ayer un vecino dio golpes en la pared a las tres de la madrugada. Menuda desgracia nos ha caído encima. ¿Que pecado habremos cometido para que Dios nos castigue de esta manera? Habrá que hacer algo, Vicente. Así no podemos continuar. Tú, con ponerte triste y bajar al Artola, lo arreglas todo. Bonita ayuda. ¿Me pongo yo también triste y nos terminamos de hundir? Vicente, te estoy hablando. Siempre me quedo sola con los problemas. ¿Tienes algo que decir? Sí, que me dejes en paz de una puta vez.

Un desenlace

ME viene al recuerdo aquella escena de que le hablé, sucedida en el verano de 1970, durante mis vacaciones escolares. Como sabe, me aficioné por entonces a pescar en el puerto, en compañía de dos chavales de mi edad, amigos del barrio. Y era así que varias veces por semana íbamos andando los tres de Ibaeta a la ciudad por ahorrar el gasto del trolebús, y con gusanos (*chicharis* les decíamos) comprados en una tienda de la Parte Vieja cebábamos los anzuelos. En lugar de caña yo usaba un palo de avellano. El aparejo solía ponérmelo a punto mi tío Vicente, quien, según contaba, de joven había ido muchas veces a pescar a las rocas de Igueldo.

Una tarde de sol nos colocamos mis amigos y yo en el espigón exterior, el que da a la bahía, y en un momento en que me di la vuelta, ignoro ahora con qué motivo, divisé o me pareció divisar al otro lado del puerto, por la zona de las casas, a mi primo Julen sin barba.

Se puede usted imaginar mi sorpresa y alborozo. Le lancé sin malicia, pero con mucha fuerza, un grito y él, o la persona que yo creía que era él, se metió con cierta celeridad en los soportales, de forma que desapareció por completo de mi vista. Pensando en que no me había podido oír por causa de la distancia, eché a correr espigón adelante, y dando la vuelta entera al puerto, me llegué sin aliento al sitio donde yo esperaba encontrar a mi primo, pero allí no estaba.

—Sobrino —me dijo mi tía por la noche con una sonrisa triste y más o menos estas palabras—, ¿tú crees que le dejarían pasar la frontera así como así? ¡Buenos son los policías! Lo mandarían de cabeza a la cárcel.

Tres días después, al término de otra tarde de pesca con mis amigos, encontré a mi primo en casa, cenando a hora temprana con la voracidad de quien llevase más tiempo de la cuenta sin ingerir alimentos. Al verme se levantó para estrecharme entre sus brazos. A juzgar por la intensidad del estrujamiento, no hay duda de que me había echado en falta y me quería.

Dijo lo primero de todo que acababa de venir de Francia, así que no le hallé sentido a contarle que esa misma semana me había parecido reconocerlo en el puerto.

Luego, reanudando la cena, agregó en son de broma:

—Txiki, ¿a que no sabes por qué he vuelto? Pues porque se me perdió el ciclista que me diste. A ver si me regalas uno que no se pierda y me dé más suerte.

Sentado junto a él, mi tío Vicente lo escrutaba con ojos olvidados de pestañear, la sonrisa alelada, los rasgos faciales aquietados en una expresión de orgullo, felicidad... Usted ya me entiende.

Cuando no le ofrecía más vino, le ofrecía pan o le acercaba el salero o lo animaba a seguir comiendo.

—Hijo —le decía de repente, sin añadir más, y acto seguido le daba con vacilante y torpe ternura, como temeroso de hacerle daño, una palmada de aprobación en la

espalda.

Le preguntó en dos o tres ocasiones si había vuelto para quedarse.

—Que sí, aítá. ¿Cuántas veces quieres que lo repita?

Lo mismo que a mis tíos, tampoco a mí, muchacho de corta edad, dejaba de sorprenderme el regreso inesperado de Julen.

Por esos días se oía hablar a menudo de registros, de malos tratos en los cuartelillos y comisarías, de detenidos y fugados, y fíjese usted en que, a pesar de la marea represiva, de la numerosa presencia policial en las calles y del miedo colectivo, mi primo decide interrumpir su exilio o como se le quiera llamar a lo suyo; llega a casa en plena luz del día; bromea y se pone a cenar tan campante, como si hubiera estado fuera de casa unas horas en lugar de un año y cinco meses.

—¿Seguro que te quedas?

—Que sí, aítá.

—Oye, ya está bien —intervino mi tía—. Vas a hacer que se le corte la digestión.

La primera noche durmió en el comedor, acostado sobre un colchón de lana que le prestaron en la vecindad. Mi tía trató de organizar un nuevo reparto de las habitaciones, a su estilo: tú aquí, tú allá; pero mi primo se opuso. No le parecía bien que por su causa hubiéramos de poner la casa patas arriba; juzgó aún peor que yo, que ya me había acostado, tuviera que levantarme para cederle la cama. Se me figura, además, que le repelía la idea de pernoctar cerca de Chacho, a quien no profesaba ninguna estima.

Un día después, Chacho se ofreció a mudarse a casa de sus padres. Mi prima lo atajó:

—Tú no vas a ninguna parte.

Por entonces la pequeña Julia no lloraba con tanta frecuencia como algunos meses antes, y cuando lo hacía sus gemidos eran, con algunas excepciones, menos intensos y también duraban menos. De manera que por dicho motivo, así como por no ser imposible consolarla con trucos maternos, Mari Nieves se acostumbró a ponerla junto a su cama por las noches, sin sacarla del cajón, antes incluso del regreso de su hermano.

Había otro motivo para no dejarla demasiado tiempo sola. El médico encareció a mi prima que estuviese atenta a las babas de la niña, pues al ser tan abundantes existía riesgo de que la asfixiaran.

Total, que hubo acuerdo familiar para que Chacho se instalara con su ropa y sus cachivaches en la habitación de Mari Nieves y mi primo compartiera de nuevo la suya conmigo.

Desde el principio, Julen se esforzó por aparentar normalidad. Como en tiempos pasados, me daba conversación hasta horas avanzadas de la noche, fumaba en la cama el último cigarrillo del día y, apagada la luz, se entregaba en silencio a sus dos o tres minutos de concupiscencia bajo la manta. Con su llegada recobré la costumbre de arrebujarme hasta los ojos para no sucumbir a las hediondas emanaciones de sus

calcetines y sus pies.

A primera vista se dijera que nada había cambiado y sin embargo, señor Aramburu, mi primo ya no era el mismo. Yo se lo notaba sobre todo cuando trataba de reproducir los viejos hábitos. Mostraba entonces un comportamiento artificial, que vaya usted a saber si no nacía, como creo ahora, del empeño desesperado, quizá inconsciente, por negar el abismo que lo separaba de los días anteriores a su fuga a Francia.

A mí, desde la perspectiva que dan los muchos años transcurridos, mi primo Julen me recuerda el corcho de mi caña posado en el agua del mar, arrastrado de aquí para allá por fuerzas superiores a él; fuerzas que lo llevaban y traían a su antojo, sin que él pudiera determinar el rumbo de sus propios movimientos.

Varias veces prometió:

—Mañana te acompaño a pescar.

Nunca lo hizo.

Una tarde, viendo que me disponía a emprender una carrera de ciclistas por las tablas del suelo, me retó, jovial, fanfarrón, a una partida. No se concentraba. A los pocos minutos, perdido el interés por el juego, se tumbó en la cama a escuchar la radio, su principal ocupación de aquella época, además de irse por ahí sin revelar a nadie adónde. En busca de trabajo, le oí decir en una ocasión.

Mi tío desconfiaba.

—¿No te estarás metiendo en política otra vez, eh?

—Que no, aitá. ¿Te crees que soy tonto?

A mí me contaba por las noches muchas cosas de su vida, de cama a cama, pero todas o casi todas, se lo aseguro, de poco espesor confidencial, y ninguna, salvo bagatelas deportivas, culinarias, meteorológicas, sobre su estancia de año y pico en Francia.

Nunca le oí mencionar el nombre de ETA. Los compañeros, decía. Alguna vez, con la voz enturbiada de solemnidad: la organización. Cuando rozaba el asunto de su militancia, se extendía de ordinario en pormenores relativos a peripecias personales.

—¡El puto frío que pasé en invierno! —era una de sus frases más repetidas.

Las cuestiones referentes a su época en Francia las despachaba con rapidez. Él prefería otros asuntos que le permitieran mostrarse socarrón. Quizá no se fiaba de mí o, simplemente, me consideraba demasiado joven para entender todo lo que callaba.

En cambio, le tiraba mucho hablar de pelota, de la Real Sociedad, de bebidas y comidas, apenas de chicas y sólo de vez en cuando de su sobrina. Una noche en que la pequeña no nos dejaba dormir con sus quejidos, perdida la paciencia, dijo, no sé si en broma o en serio, una cosa que me causó estupor:

—Eso lo arreglaba yo para siempre en diez segundos y no se entera nadie. ¿No piensas tú lo mismo, Txiki?

—No sé.

Me viene al recuerdo una tarde veraniega de esas típicas de San Sebastián; tarde

de cielo azul, de temperatura agradable, con aquella brisa maravillosa que a menudo, al traerme hasta el olfato el olor del mar, me producía una especie de euforia, de ganas de henchirme de aire aromático y elevarme por encima de los árboles; una tarde en que, de camino al puerto con mis amigos, mi palo de avellano y la bolsa donde llevaba la merienda y los aparejos, vi a Julen en los jardines de Alderdi Eder.

Estaba a bastante distancia, no lo llamé. A la vuelta, pasadas tres o cuatro horas, seguía en el mismo sitio y en la misma postura, fumando un cigarrillo a la sombra de un tamarindo, cerca de donde jugaban los niños, frente al Ayuntamiento, no haciendo nada salvo mirar a la gente o al menos eso es lo que a mí me pareció.

Tiempo después, un domingo, a la salida de misa en capuchinos, adonde íbamos ahora mi tía y yo porque decía ella que o perdía de vista a don Victoriano o lo descrismaba de un garrotazo, encontramos a mi primo junto al estanque de los cisnes de la plaza de Guipúzcoa. Su madre le preguntó qué hacía allí. Él contestó que estaba esperando a un amigo. Se notaba que no le apetecía conversar. Tras despedirnos, no pude resistir la tentación de volver la mirada. Mi primo componía en aquellos momentos una imagen bastante lastimosa, la de un hombre solitario y sin oficio, y por primera vez en mi vida, yo, que lo tenía tan divinizado, sentí por él una violenta punzada de compasión.

El verano transcurrió sin novedades dignas de recuerdo. Mis parientes se habituaron lo mismo que yo a la vida ociosa de mi primo, a sus extrañas idas y venidas, sus largas horas tumbado en la cama con la radio puesta y a su soledad, pues era notorio que sus amigos no venían a buscarlo ni él iba a buscarlos a ellos.

Por octubre o noviembre, ya no me acuerdo bien, pero en cualquier caso por los días lluviosos del otoño, ocurrieron algunos incidentes por los cuales asomaron a nuestro conocimiento los primeros indicios de que mi primo se hallaba metido en asuntos turbios.

Y fue de este modo: que entrando mi tía una mañana en la tienda de los Artola, saludó y unas mujeres que había dentro no le respondieron, y lo mismo le sucedió días más tarde en el trolebús con una conocida del portal de al lado. Ella lo atribuyó a la envidia, a intrigas vecinales, a la maledicencia; en fin, a bobadas que pensaba aclarar, según decía y repetía arreándose golpes en la pechera del delantal con la mano abierta, tan pronto como fuera posible.

No dio al caso mayor importancia, hasta que otro día, al cruzarse con la madre de Peio Garmendia por la calle, esta le dijo unas palabras ofensivas. No me pregunte usted cuáles porque nunca las he sabido. Se las tendrá usted que imaginar cuando escriba su novela.

Despotricaba mi tía en la cocina:

—¡Qué habrá pensado la idiota esa!

Mi tío la escuchaba en silencio, y como su mujer lo requiriese para que manifestara su opinión, entonces, con voz temblorosa, el pobre hombre reveló que el sábado anterior, en la sociedad gastronómica, el padre de Peio Garmendia le había

dirigido similares insultos y acusaciones. Pensó que Garmendia había bebido más de la cuenta y que, como otras veces en situación parecida, le tomaba el pelo.

Al fin los rumores alcanzaron a los niños, y hubo uno, tan bajito como avieso, de los de las casas que decíamos de adelante, las más cercanas a la carretera, que a raíz de un balonazo que le di en la cara sin querer se resarcí declarando delante de todos que mi primo Julen era un mal vasco y seguro que yo también. Lleno de rabia, me eché hacia él por derribarlo; pero los que estaban a su alrededor me contuvieron y, diciéndome algunos de ellos que ya no querían jugar nunca más conmigo, me tuve que retirar.

Salí humillado de la explanada, junto al río, donde estábamos jugando no menos de treinta chavales, sin que ninguno de los que formaban mi equipo me acompañara. Eso me dolió. Callé el suceso en casa por no empeorar el mal ambiente que teníamos.

La parte peor del odio se la llevó mi primo, a tal punto que en breve tiempo se vio obligado a abandonar Ibaeta. Y fue así: que volviendo a casa una noche, procedente de donde nadie sino él sabía, le salieron varios mozos al camino, como que ya lo estaban esperando, y sin decirle palabra, medio tapados para que no los reconociera, lo agredieron con los puños y los pies, y si no lo baldaron para toda la vida fue porque él rompió a pedir socorro. Con los gritos empezaron a encenderse las ventanas. Entonces a sus agresores les pareció conveniente que nadie los viese, conque dando uno de ellos la voz de retirada, se escabulleron a toda prisa en la oscuridad.

Julen entró con sigilo en casa para no despertar a su familia. La espalda recostada en los barrotes de la cama, fumó su cigarrillo de costumbre a la luz amarillenta de la lámpara, manchándose el pijama con la sangre que le salía de una ceja.

Sonreía, no sé por qué, contándome lo que le habían hecho. Y de pronto empezó a decirme cosas que yo no entendía y otras que sí, de las cuales recuerdo con exactitud algunas:

—Aprende mucho en el colegio, Txiki. Tú aprende y aprende. No pares. Si no aprendes estás perdido, hazme caso.

Nunca se franqueó conmigo ni con sus familiares acerca de lo que le había ocurrido en Francia. No lo hizo entonces, mientras estuvo en casa, ni más tarde, cuando, libre y lejano, ¿ya qué trabas podían impedir su sinceridad? Ni siquiera se molestó en inventar una versión honrosa que confortara a sus padres y desmintiera o contrarrestase la mala fama que le pusieron en el barrio.

Por lo demás, qué quiere usted que le diga, tampoco mis tíos mostraron empeño en emprender averiguaciones sobre un asunto del cual, por el mal olor que desprendía, prefirieron no saber nada o saber lo menos posible.

Amigos desde la niñez, Peio Garmendia y Julen se malquistaron quizá por política, como pensaba mi tío («la puta política», decía), quizá a consecuencia de alguna nadería cotidiana, pues si en algo se parecían los dos como un grano de uva a otro era en su propensión a discutir. Tan rápidos eran entablando controversias como

reconciliándose, sin que las divergencias de opinión ni las palabras gruesas, a veces muy gruesas, llegaran jamás a desunirlos.

Pero se conoce que un día, en Francia, castigados por la nostalgia, el miedo, los celos, las incomodidades, en fin, por cuanto se sufre de ordinario cuando uno está forzado a vivir lejos de su casa y de su gente, no atinaron a encontrar el camino por el que, al término de las discusiones, solían volver a la armonía, y entonces su amistad de tantos años se rompió como se rompe una vasija, que luego no hay quien junte los pedazos.

Peor situado que Peio Garmendia en la organización, sin los amigos, ni el carácter fuerte, ni el prestigio combativo de aquel, mi primo, un pobre diablo a fin de cuentas, salió perdiendo. Los compañeros, quizá incitados por Peio Garmendia, se pusieron de acuerdo para hacerle el vacío. Dejó, no sé si obligado o por su propio pie, el piso que compartía con algunos de ellos. De pronto se encontró en penosa situación, arrastrando su desesperación y su soledad por las calles de Bayona. Parece ser que acudió al cura que se ocupaba de los refugiados. Si el cura lo ayudó, lo ignoro. Se contaba, se decía, se rumoreaba que había sido visto varias veces hablando con unos tipos raros y que no mucho tiempo después estaba en San Sebastián. Saque usted sus propias conclusiones.

A primeros de diciembre, Julen abandonó la casa de sus padres. Su marcha del barrio, no del todo repentina, pues llevaba varias semanas dándole vueltas a la idea de instalarse en otra parte, la determinó un incidente que tuvo con don Victoriano, con quien se topó una mañana en el cruce de Zapatari.

Mi primo venía andando de El Antiguo a casa; al llegar a la altura del taller de carrocería de Sorrondegui, vio bajar al cura por la cuesta del asilo. En lugar de doblar la esquina hacia la carretera general, juzgó lo más razonable del mundo esperar al cura para saludarlo. A su vuelta de Francia, una de las primeras cosas que hizo fue mantener con él una larga y por lo visto grata conversación en la oficina del centro Ibai. Desde entonces no se habían vuelto a ver.

Julen se quedó parado junto a la entrada del taller con su sonrisa y sus ganas de charlar un rato con el cura, a quien profesaba un respeto rayano en la veneración. ¿Qué hace don Victoriano? Negándose ostensiblemente a contestar al saludo de Julen, pasa de largo por el borde opuesto de la carretera. A duras penas lograba mi primo contener las lágrimas en casa, cuando nos refirió la escena.

Dolido en lo más hondo, dio alcance al cura y, colocándose a su costado, le suplicó que le dijese por qué no quería hablarle, a lo que don Victoriano, sin detener el paso ni volver la cabeza, le replicó con sequedad una frase en euskera que mi primo no comprendió.

Intuyó, no obstante, que aquellas palabras entrañaban una sentencia condenatoria. Durante varios días no supimos nada de él, hasta que mi tía vino un sábado de la compra y dijo:

—Vive en Rentería y está bien.

Mi tío quiso averiguar más detalles.

—Trabaja en Pasajes, en el puerto.

—¿Y en qué trabaja?

—Vete y se lo preguntas.

Julen nos visitó unas cuantas veces aprovechando que por aquellos días oscurecía temprano. Llegaba al atardecer, cuando el cielo ya estaba negro y la gente recogida. Cenábamos todos juntos, no sin que él nos moviera a risa con sus bromas, y hacia las diez o diez y media de la noche, después de darnos un beso a su madre y a mí, se marchaba.

Mi tía no le permitía salir de la vivienda sin antes haberse cerciorado de que no había vecinos en la escalera. A modo de despedida, Julen solía arrearle a su padre una afectuosa palmada en el hombro. A Mari Nieves, como mucho, le hacía un gesto, y a Chacho ni lo miraba. Ahora que lo pienso, me cuesta recordar a mis primos unidos en una conversación, y no porque se llevaran mal, se lo aseguro; es que desde pequeños se habían acostumbrado a mantener una relación similar a la de dos árboles que crecen uno al lado del otro.

Julen acudió por última vez a casa de sus padres el día de Navidad del año 70. Después ya no quiso volver debido a una pena muy grande que le dio cuando supo por su madre que a media tarde el coro del Olentzero, al que él había pertenecido antes de escaparse a Francia, no se había detenido como el año anterior, hallándose él ausente, bajo el balcón de casa a cantarle con don Victoriano de director. Por las rendijas de la persiana, mi tía y yo vimos al grupo de mozos ataviados con sus blusas, sus chapelas y abarcas de caseros pasar de largo en dirección al edificio donde vivían los Garmendia, bajo cuyo balcón cantaron varias piezas, intercaladas con *goras* a Peio y otras exclamaciones de aliento y adhesión.

Cerca de dos meses estuvo mi primo Julen trabajando de operario en el puerto de Pasajes. Lo vi poco durante ese tiempo. Mi tía le lavaba la ropa, le fregaba los suelos, le dejaba la comida preparada, y dos o tres veces me preguntó si quería acompañarla y la acompañé.

A mi primo no le iba bien, no tenía amigos, se le había parado en el semblante una expresión de fatiga. La última vez que fui a su piso de alquiler nos contó que andaban buscando sustituto a un marinero hospitalizado por causa de un accidente. Le pedían una respuesta rápida puesto que el barco estaba a punto de partir. Que qué nos parecía.

—Tú sabrás —le dijo su madre, y ahí terminó la conversación.

Se conoce que mi tía le leyó los pensamientos a través de la frente. Nada más llegar a casa le dijo a su marido que fuera a Rentería a despedirse del hijo sin falta.

—¿Pues?

—Ese se nos marcha para siempre.

Esto fue un lunes. El viernes 20 de febrero Julen se embarcó con mar movida en el *Juan María Artaza*, una motonave mercante de casco negro que salió cargada de

potasa con rumbo a La Coruña. Nos citó a su madre y a mí a la entrada del puerto con la excusa de que yo le llevase uno de mis ciclistas como amuleto.

—Aprende mucho, estudia —fue lo último que me dijo.

Su madre le preguntó cuándo estaría de vuelta.

—Eso depende del barco —respondió al tiempo que se miraba la punta de las botas.

Transcurridos más de cuatro meses desde su partida, nos llegó una carta suya sellada en Paranaguá. Estaba muy contento, había encontrado trabajo, conocido a una chica, etcétera. Le pedí a mi tía el sello para mi colección. Ella me regaló el sobre; la carta la llevó consigo a la tienda de los Artola como prueba de que Julen se había quedado a vivir en el Brasil. El mismo día, por la tarde, la gente del barrio empezó a saludarnos de nuevo.

Apunte 35

Y dale con los puñeteros tamarindos. Los árboles que pueblan Alderdi Eder son tamarices. Ta-ma-ri-ces. ¡Pues no hay diferencia ni nada!

Apunte 36

¿LES cambio el nombre? Cobardía. ¿Lo conservo? Crueldad. Visentico Barriola murió hace unos cuantos años. Su mujer vive, aunque con un pie en el otro barrio. En caso de escribir la novela (ya veremos) y publicarla, alguno de los hijos (o de los nietos) podría demandarme. Si es que leen. Inconvenientes de cultivar el realismo. Vamos, pusilánime, hay cosas peores.

Apunte 37

MI PADRE: Decían que si el hijo sería chivato. Pero ¿hay pruebas? Se encoge de hombros. Cree que si lo decían muchos algo tenía que haber. ¿Alguien fue detenido por su culpa? ¿Lo vieron hablando con policías? No sabe. Que pregunte a mi madre.

MI MADRE: Yo no sé si sería verdad. La madre tenía un genio que ni pa qué. Estaba enfadada con medio barrio. No le podías llevar la contraria. Le insisto en lo de la acusación de chivato a Julen Barriola. No le suena. Que pregunte a mi padre.

MI PADRE: Visentico, jugando a la toka, era un manta. Al bote algo mejor, pero también malo. Al mus parecía tonto, pero, hostias, si te confiabas al final te la daba. Le pregunto de qué murió. No sabe. Que pregunte a mi madre.

MI MADRE: De viejo. Bueno, y de beber y fumar. Ella está en el asilo Matías. Tiene esa enfermedad que se te olvida todo. Le pregunto si vendieron el piso. ¡Jesús, hace años!

Apunte 38

UN recuerdo personal que no debería faltar en la novela a menos que no la escriba. Soy adolescente y viajo en el autobús. Los trolebuses puede que ya los hubieran suprimido.

Cristales empañados, aire saturado de humo (entonces se fumaba en los medios públicos de transporte), muchedumbre de pasajeros. Fuera llueve o ha llovido. En cualquier caso guardo el recuerdo del cielo nublado y las aceras mojadas. Vuelvo a casa con mi bolsa de deportes del entrenamiento de fútbol en la playa. En El Antiguo, frente a cervezas El León, se monta Visentico. Chapela, camisa de cuadros, jersey a la espalda con las mangas anudadas sobre el pecho, mondadientes en la boca. Siento nada más verlo una aversión invencible. No me ha hecho nada. ¿A quién iba a hacer nada malo aquel obrero bondadoso e inculto? Se dice, se cuenta, se murmura. Me han contagiado el odio que le profesa a él y a su familia mucha gente en el barrio por causa del hijo supuestamente colaborador de la policía. Me ve, me saluda. En lugar de corresponder a su saludo le clavo una mirada de fuego. Comprende. Sin decir nada vuelve la cara hacia otro lado. De entonces acá han transcurrido cuarenta años. Me gustaría pedirle perdón, pero no vive. Así y todo me gustaría pedírselo y además públicamente, y ya sólo por dicho motivo debería escribir la novela.

Otro desenlace

FUE así. Cuando acabé el desayuno, ignoraba si debía acompañar a mis parientes al cementerio o acudir a mis obligaciones escolares como cualquier otro día de labor. Conque a la hora en que solía marcharme esperé junto a la puerta de casa a que alguno me dirigiera la palabra. Al verme allí parado, mi tía me reprendió diciendo que iba a llegar tarde. Mi tío, sorprendido, preguntó si yo no iba a ir con ellos al entierro.

—Para lo que hay que ver —le contestó ella—, mejor que vaya al colegio.

Desde el fondo de la casa nos llegó la voz adusta de mi prima:

—Que venga. ¿O es que no es de la familia? —Y ya no se habló más del asunto.

Chacho nos subió al cementerio de Polloe en el coche de su padre. Fue en mayo del 71, una mañana gris, tan apagada, tan mate, que daba pereza mover los párpados. La fecha exacta no la tengo ahora en la cabeza ni creo que importe demasiado. Caía un sirimiri desangelado, como sin ganas de caer.

Y en medio de aquella grisura y rocío flotante y silencio de todos mis parientes, la caja blanca.

Un cura anciano, de sobrepelliz y bonete, habló con desvaída solemnidad, echó varias hisopadas y al fin estrechó la mano de los circunstantes, la mía también. Dos hombres bajaron con cuerdas la pequeña caja hasta colocarla sobre el ataúd negro de la madre de mi tío Vicente. Aún había sitio para más.

Mi tío, que no había llorado hasta entonces, soltó de buenas a primeras un sollozo al asomarse a la sepultura. Yo lo entendí. Estaban allí su madre y, debajo, su padre y otro difunto desconocido para mí. Mi tía le hizo una mueca como para que dejara de portarse mal.

Tres días antes, por la tarde, yo leía encerrado en mi habitación *Los sueños* de Quevedo. El profesor de Lengua Española había impuesto a los alumnos la obligación de leer el libro en el plazo de una semana; transcurrido el cual, nos sometería a un examen consistente en resumir el argumento de cada una de las narraciones que integran el libro. De esa manera, nos advirtió, comprobaría si habíamos cumplido la tarea.

Lleno de confianza a causa de las buenas notas obtenidas al examinarme de los *Milagros de Nuestra Señora* y del *Lazarillo de Tormes*, fui retardando la lectura de *Los sueños*, hasta que la víspera del examen me encontré con que aún no había pasado de la página veinte.

Yo no entendía una jota de los abstrusos renglones que mis ojos recorrían con desgana. No me era posible consultar el diccionario, pues en casa de mis parientes no había ninguno, ni ellos estaban en condiciones de aclararme vocablos que jamás habían sonado en sus oídos.

Y ahí no se acababa el problema. Debía renunciar a una parte del tiempo

disponible para la lectura debido a que mi tía me había arrancado la promesa de ayudarla a envolver pastillas de jabón antes de la cena. Estaba resignado a que mis sueños de aquella noche me los dictase Francisco de Quevedo.

Leía sin comprender, leía a toda prisa y, a cada instante, mis pensamientos erraban en la niebla de gratas distracciones.

De vez en cuando, volviendo en mí de golpe, formaba propósito de fijar toda mi atención en el libro. Pero era en vano, pues lo impedían desde la habitación de Mari Nieves los gemidos de la pequeña Julia.

Las puertas cerradas los amortiguaban, pero sin acallarlos por completo. Me tapaba los oídos calándome la almohada como si fuera una capucha, sin otra consecuencia que aumentar mi incomodidad, mi desasosiego y el calor de mi cara. En consecuencia, la lectura me resultaba por demás enojosa, por no decir insoportable.

Sepa usted que, a punto de cumplir dos años, la niña lloraba bastante menos que en tiempos pasados. Con todo, todavía, cuando le daba por berrear, podía taladrarnos durante una hora o dos sin descanso. La última tarde de su vida fue especialmente tortuosa para los que estábamos en casa.

A mi llegada del colegio, oí su llanto frenético desde el portal, mezclado con las voces que proferían mi tía y mi prima, enzarzadas en una de sus discusiones habituales.

Abrí con mi llave, saludé, nadie me respondió. No tardé en averiguar que el motivo de la discordia era el mismo que el de la víspera y el de tantos otros días de por entonces. Mari Nieves se había citado con Begoña y el resto de su cuadrilla, y mi tía le reprochaba que saliera con amigos estando casada, se desentendiese de su hija y le endilgara a ella el trabajo de cuidarla. Decía la una estar harta; la otra, que no aguantaba más, y al fin, como de costumbre, Mari Nieves se marchó dando un portazo.

Mi tía se quedó despotricando en la cocina, como si prosiguiera la discusión a solas. Aunque no la podía entender desde mi habitación, con la puerta cerrada y la llantina incesante de la pequeña Julia, que atravesaba tabiques, horadaba tímpanos, hacía imposible la paciencia, la calma, acaso la cordura, me percaté de que en aquellos momentos la desazón de mi tía Maripuy había alcanzado proporciones inusuales. Tanto temor me infundían sus lamentos, su voz quebrada, que por no acercarme a su lado desistí de prepararme la merienda.

Me encerré, como le he dicho, a leer. Leía, otro inconveniente, con el estómago vacío, y al cabo de una hora irrumpió mi tía en la habitación. Con un destello de lágrimas en los ojos, me mandó bajar a la tienda de los Artola a comprar una botella de vinagre.

Añadió que si encontraba la tienda cerrada, como no podía ser de otro modo pasadas las siete de la tarde, hiciera el pedido por el bar. Me premió por adelantado con una peseta, dijo que para regaliz. Su generosidad no pudo menos de sorprenderme, pues ella no solía darme dinero entre semana ni tenía costumbre de

dulcificar sus órdenes con recompensas.

Deseoso de perder de vista el libro, me calcé deprisa y salí a la calle. Calculo que tardé cosa de quince o veinte minutos en estar de vuelta, más del doble de lo que habría necesitado pues me entretuve mirando a los hombres jugar a la *toka*.

En casa ya no se oían los gemidos de la pequeña Julia. Sin pérdida de tiempo volví a mi habitación, donde estuve leyendo por espacio de media hora, quizá un poco más, hasta que mi tía me llamó a su lado para que la ayudase con las pastillas de jabón. Poco antes de las nueve, se fue a la cocina a poner la mesa para la cena.

Separados por escasos minutos, fueron llegando los demás. Mi tío, alegre de vino vespertino, trató en broma de besar a su mujer, que lo rechazó de un empujón. A Chacho, que la obsequió con un mazo de puerros del huerto de su padre, le consintió en cambio un beso ritual en la mejilla. Y, cuando estábamos todos sentados a la mesa, llegó mi prima, que se fue directamente a su habitación después de musitar un rápido y borroso saludo.

Volvió de allí a poco para decirnos que la niña no se movía. No había en la cara ni en la voz de Mari Nieves atisbo alguno de alarma. En fin, esto es un pensamiento mío, no me haga usted mucho caso. Quizá por dentro le ardía un brasero de angustia, aunque a mí, a decir verdad, no me daba esa impresión. Mi tía no se dio por enterada.

—Bueno, qué, ¿empezamos? Se va a enfriar la sopa.

—Siéntate, hija —terció mi tío en tono afable—. La niña se habrá dormido.

Mari Nieves continuó de pie en el umbral. Buscaba sin la menor duda la mirada de su madre, pero su madre no cesaba de dar vueltas a la sopa con el cucharón. De pronto, sin perder el aplomo, mi prima dijo:

—No se mueve porque está muerta.

—Mi tío se asustó.

—Pero, hija, ¿por qué dices eso?

—Pues porque creo que no respira, aitá.

Instantes después nos juntamos los cinco en torno al cajón. En su interior, sobre una sábana blanca con corros amarillentos, yacía boca arriba, con la barbilla y el cuello mojados de baba, el cuerpecito deforme. Tenía los ojos negros y ciegos completamente abiertos. Mi prima le arreó varias sacudidas sin que la niña mostrase ninguna reacción.

—Mi tía sugirió llevarla a que la viera un médico. Volviéndose a Chacho, le preguntó si la podría llevar él. Chacho se apresuró a explicar que no era posible disponer del coche de su padre por no recuerdo ahora qué motivo. Y a continuación mi tío reanudó su cantilena de costumbre. Estaba seguro de que la pintura del cajón había corroído los pulmones de su nieta. Así y todo, no podía concebir que la pequeña hubiera muerto.

—Igual sólo está desmayada. Hay que hacer algo.

Sin miramientos maternales, antes bien con brusquedad como de persona ofendida, Mari Nieves envolvió el cuerpo menudo e inerte de su hija en una manta y,

pidiendo que nos quitáramos de en medio, salió con el bulto en brazos a la calle.

—¿Adónde ha ido? —preguntó mi tío, desconcertado.

Nadie le supo responder.

Más tarde averiguamos que Mari Nieves había llevado a su hija al hospital de la Cruz Roja, en El Antiguo. Yendo a paso vivo por la carretera vieja no creo que tardase menos de veinticinco minutos en llegar. Confirmado el fallecimiento de la niña, la dejó allí y volvió a casa. A eso de las once de la noche, cuando el resto de la familia estaba acostado, la sentí meter la llave en la cerradura. Yo seguía con la luz encendida, pasando los ojos irritados de cansancio por el libro de Quevedo.

Mi tío, a quien sospecho que no le era posible dormir, salió al encuentro de Mari Nieves.

—¿Qué te han dicho?

Hablaban en voz baja, a oscuras; pero, con la oreja pegada a la rendija de la puerta, yo no tenía dificultad para entender sus susurros.

—Muerta, aítá. Ya os lo había dicho.

—Cago en diez, qué mala suerte...

Ni mi tía ni Chacho salieron de sus respectivas habitaciones. La última en hablar fue Mari Nieves.

—Vete a la cama, aítá. Ya no hay remedio.

Siguieron al entierro de la pequeña Julia días grises en los que apenas se conversaba en casa. El mutismo general lo aprovechaba Chacho para ejercer sin continencia su propensión al parloteo. Durante largo tiempo madre e hija dejaron de discutir, aunque esta quizá sea una percepción mía que no se ajusta del todo a la verdad. La verdad es que rara vez se dirigían la palabra. Puede, no estoy seguro, que se evitasen mutuamente.

El más afectado me parece a mí que fue mi tío Vicente. Más o menos hecho a la idea de que su hijo residiera en un país remoto, tras la muerte de la pequeña Julia volvió a recluirse en sus silencios impenetrables. Le hablaban, no respondía. Estaba allí cerca de nosotros y era como si no estuviera. Comía poco, sin apetito, y algunas noches llegaba a casa tan cargado de alcohol que no se podía tener de pie, soltaba un gruñido a modo de saludo y, barbotando incoherencias, se metía en la cama sin cenar.

Semanas después del entierro, un sábado, ocurrió aquel incidente, escándalo, hecho vergonzoso o como quiera usted llamarlo, del que tanto se habló en el barrio sin que los chismosos, que eran muchedumbre, entendiesen las razones del suceso que yo le voy a contar a usted ahora en cumplimiento de la promesa que le hice.

Y fue de este modo y no de otro: que volvía yo con mi tía a media mañana del mercado de San Martín, adonde solía acompañarla algún que otro sábado cuando ella así me lo pedía por no poder contar con la ayuda de Chacho. Al bajarnos del trolebús nos dimos de manos a boca con don Victoriano, que nos estaba esperando detrás de un árbol.

Mi tía me susurró con disimulo:

—Sígueme, no le mires.

Y sin pararse a hablar con el cura ni dirigirle la mirada, sino imitando el desprecio que meses antes le había hecho él a su hijo, echó a caminar con sus bolsas de la compra hacia casa y yo con las mías a su lado, encogido de vergüenza. «Que Dios nos perdone», dije entre mí.

A todo esto, el cura le habló a mi tía por detrás requiriéndola a detenerse. Mi tía, por toda respuesta, apretó el paso.

Él se acercó y a corta distancia, caminando a nuestra zaga, dijo muy serio y con no muy santas intenciones:

—Rezo mucho por ti, Maripuy. Quiero creer que Dios se llevó a tu nieta y no que tú se la llevaste a él.

Al oír esto último, mi tía se paró de golpe. Sin perder la calma, pero visiblemente ofendida, depositó las bolsas en el suelo, se dio la vuelta y recorrió con pasos decididos los dos o tres metros que la separaban del cura.

Mi tía era baja y corpulenta, y el cura, mediano y delgado, maestro en la parsimonia gestual melosa y dolorida.

Al pronto pensé que entablarían conversación; pero mi tía no estaba con deseos de intercambiar palabras, sino que plantándose ante aquel hombre cincuentón vestido de sotana, que gobernaba las almas del barrio con poderosa y astuta dulzura, le sacudió un bofetón descomunal que produjo un restallido de carne maltratada.

Don Victoriano se tambaleó, rojo de bochorno, demudado de ira. Le faltó un tanto así para caerse al suelo. Vuelto en su postura natural, no pudo ver de su agresora sino la espalda que se alejaba.

Mi tía agarró sus bolsas y, diciendo como si tal cosa: «Vamos, sobrino, aquí hemos terminado», arrancó a caminar hacia casa y yo a su lado, cohibido, seguro de estar condenados los dos para toda la eternidad a la misma caldera del infierno.

Ya bien sabe usted que mi tía fue relacionada durante años, y puede que hoy todavía lo siga siendo entre los últimos viejos de Ibaeta, con el tortazo aquel que le arreó al cura en plena calle.

Sea por favor discreto con cuanto le he contado por escrito en estas hojas y con lo que me falta por contarle, que ya es poco.

Una sospecha me arde por dentro desde aquella época lejana. Pequeña al principio, se me agrandó al descubrir que también don Victoriano la profesaba. El otro día se la declaré a mi madre, cuando fui a pedirle datos para la novela que usted proyecta, por si ella me podía sacar de dudas.

Le referí que mi tía me mandó a comprar vinagre la tarde en que la pequeña Julia murió, y que cuando abandoné la casa la niña lloraba y a la vuelta ya no se la oía gemir.

Mi madre abriga el convencimiento de que la niña murió ahogada en sus babas, quizá mientras yo hacía el recado, y para demostrarme la veracidad de su versión alegó que así como me la contaba a mí se la había contado a ella su hermana.

—¿Por qué piensas mal, hijo mío? —me preguntó.

—Porque recuerdo muy bien lo que cenamos aquella noche.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

Respondí más o menos con estas palabras:

—Pues que en ninguno de los alimentos, ni en las rodajas de tomate con ajo, ni en la sopa de fideos, ni en el pescado rebozado hizo falta el vinagre que yo tuve que ir a comprar a toda prisa.

A mi madre la incomoda el tema y a ruego suyo lo dejamos. También yo dejo en este punto mi crónica, no sin antes contarle para terminar que mi prima Mari Nieves aguantó por así decir hasta finales del 71 en casa de sus padres. Para entonces ella y Chacho ganaban lo suficiente como para irse a vivir por su cuenta. Alquilaron un piso de tres habitaciones en Lasarte, donde residieron por espacio de varios años, hasta la disolución del matrimonio.

En 1972 mi prima dio a luz un niño, Aitor, el único de los cuatro suyos concebido por Chacho. Sobre esta cuestión no hay lugar a dudas. Basta con mirarle al muchacho el labio colgante y las orejas de soplillo. En cuanto a mí, continué viviendo en casa de mis parientes hasta después de la muerte de Franco, porque decía mi tía que no me había de mover de San Sebastián en tanto no hubiese terminado el bachillerato. Mi tía me profesó en todo aquel tiempo un gran cariño que yo he procurado agradecerle de mayor por la vía de correspondérselo tantas veces como me ha sido posible. Con frecuencia afirmaba que me tenía por hijo y que por nada del mundo me quería ver en la Misericordia como a mis hermanos.

En 1977 regresé a Navarra resignado a aprender un oficio manual. El destino, sin embargo, me deparó una sorpresa que habría de cambiar el rumbo de mi vida, y fue que por entonces mi primo Julen estuvo de improviso en San Sebastián. Tan corta y secreta fue su visita que no lo pudimos ver. Nos enteramos de ella porque nos lo dijo mi tía por teléfono cuando él ya se había marchado.

También nos dijo que Julen había dejado una suma cuantiosa de dinero con una nota dirigida a mí. La nota, que aún conservo, dice: «Gracias por el ciclista, Txiki. Este sí que me ha dado suerte. El dinero es para que estudies en una universidad lo que a ti te guste. Tu primo que no te olvida, Julen».

Mi madre consideró que aquella cantidad debía repartirse entre los hermanos y poco faltó para que consumara el propósito. A mi tía Maripuy le entró tal sofocón cuando lo supo que viajó sin demora al pueblo dispuesta a que se cumpliera la voluntad de su hijo.

Al año siguiente me establecí en Pamplona, en cuya universidad estudié. Y aquí me tiene, señor Aramburu, después de tantos años, con mi bata blanca, mi farmacia, mi mujer, que es una santa, y mis hijos, no tan santos, a los que quiero más que a mi vida.

¡Quién lo hubiera dicho conociendo mis orígenes humildes!

A mis hermanos no les hizo ninguna gracia la generosidad con que me favoreció

nuestro primo Julen; pero esa es otra historia que no tiene cabida en la novela de usted si es que finalmente se decide a escribirla.

Apunte 39

*N*INGUNA novela mía sin episodio de cementerio. Quizá era este el empujoncito que me estaba faltando.

Así pues, decidido. Mañana, al dentista. El jueves, tras el desayuno, los primeros teclazos. Si noto que la historia fluye, que se deja contar, que desea que la cuente, le dedicaré todo el mes.

Y, como de costumbre, si alcanzo la página cincuenta no habrá vuelta atrás.



FERNANDO ARAMBURU. (San Sebastián, 1959) se licenció en filología hispánica por la Universidad de Zaragoza y desde 1985 reside en Alemania. Fue miembro del Grupo CLOC de Arte y Desarte. Considerado ya uno de los narradores más destacados en lengua española, es autor de tres libros de relatos: *No ser no duele* (1997), *Los peces de la amargura* (2006) y *El vigilante del fiordo* (2011), y de seis novelas merecedoras de numerosos galardones: *Fuegos con limón* (1996), *Los ojos vacíos* (2000), *El trompetista del Utopía* (2003), *Bami sin sombra* (2005), *Viaje con Clara por Alemania* (2010) y *Años lentos* (2012, VII Premio Tusquets Editores de Novela, y Libro del Año 2012 según el Gremio de Libreros de Madrid). Ha escrito también libros para niños, como *Vida de un piojo llamado Matías* (2004). De aire orwelliano, *La gran Marivián* es una reconstrucción, trepidante y no exenta de humor, de la vida de una mujer huidiza y poliédrica que encarna el camino del éxito y sus amenazas, y la manipulación del pasado en beneficio de un Estado policial. Con ella Aramburu cierra magistralmente su «Trilogía de Antíbula», que incluye *Los ojos vacíos* y *Bami sin sombra*.